



Colegio San Bernardo

Lengua y Literatura



CUARTO AÑO "A", "B" y "C"
2026



**Prof. González,
Marianela
Zabala, Alicia**

" El hombre se esclaviza por el lujo y las vanidades. Y olvida que la felicidad está en las cosas sencillas de la vida " Don Quijote.





CONTRATO PEDAGÓGICO DEPARTAMENTO DE LENGUA Y LITERATURA Y LENGUA EXTRANJERA INGLÉS

EN CUANTO A LAS EVALUACIONES ORALES, ESCRITAS Y ACTITUDINALES

- Evaluaciones escritas y trabajos prácticos: se tendrá en cuenta:
 - Precisión en las respuestas de acuerdo con las consignas y preguntas planteadas.
 - Prolijidad (se recomienda no utilizar corrector ni lápiz, porque no podrá luego solicitar revisión de la nota).
 - Caligrafía: la letra debe ser clara y legible (en imprenta o manuscrita minúscula cuando corresponda) y el uso de signos de puntuación.
 - Presentar con puntualidad, compromiso y prolijidad los trabajos prácticos y evaluaciones escritas.
 - Ortografía: se restará de cada evaluación hasta 1 (un) punto por falla en este ítem. En casos donde el docente vea conveniente, las dificultades ortográficas se fortalecerán con **tareas reparadoras** con una injerencia directa en la nota actitudinal.
- Lecciones orales: éstas serán previamente avisadas a los alumnos y se tendrá en cuenta: precisión, fluidez y claridad para exponer los contenidos.
- Exámenes Finales: consta de dos instancias, los alumnos deberán aprobar con 6 (seis) el examen escrito para tener derecho al examen oral. **Para aprobar la materia es indispensable presentar el cuaderno**, carpeta y/o libro completo y prolijo.

Nota: se tendrá en cuenta las necesidades educativas particulares informadas por el gabinete.

- Evaluación diaria: cada día los alumnos serán evaluados con signos positivos, negativos, notas numéricas de acuerdo con:
 - Respeto por la situación comunicativa, es decir, utilización de un lenguaje pertinente y adecuado.
 - Escucha atenta de las explicaciones del profesor y los comentarios y preguntas de los compañeros (este punto se comprobará con preguntas sobre dichas explicaciones o comentarios).
 - Participación activa durante las clases (preguntas, acotaciones, respuestas de acuerdo con el tema desarrollado).
 - Concurrencia permanente con el material necesario para el desarrollo de las clases (cuaderno, libros, fotocopias, etc.).
 - Uso del celular: estará prohibido el uso del celular dentro del aula durante el horario de clase; deberá permanecer apagado y guardado en la mochila. Solo podrá utilizarse cuando la docente lo autorice expresamente y con fines pedagógicos específicos, tales como:
 - realización de investigaciones o consultas académicas,
 - uso de diccionarios o materiales digitales vinculados a la asignatura,



- acceso a recursos audiovisuales como complemento didáctico,
- participación en actividades interactivas propuestas en clase.

En todos los casos, el uso deberá limitarse exclusivamente a la actividad indicada. Durante las instancias de evaluación —ya sean escritas, prácticas u orales— el uso del celular está estrictamente prohibido, sin excepción.

- Realización de tareas áulicas y extraáulicas.
- Lectura: clara, precisa y fluida.
- Comportamiento en el aula: disciplina, postura al sentarse, respeto de las normas institucionales.

*Nota: la evaluación diaria con signos positivos, negativos y números dará como resultado una nota numérica final que figurará en la libreta con la denominación de **Desempeño áulico** o **Nota Actitudinal**. La misma será tomada en cuenta para el promedio del alumno en cada cuatrimestre.*

ACUERDOS DE CONVIVENCIA:

• **Profesor:**

- **Explicar** los temas y brindar el material de estudio necesario para que el estudiante lo comprenda.
- Si el alumno por motivos de viajes u otros, falta a clases, la clase NO se repite ni se recupera, el docente le dirá los temas abarcados y responderá a dudas puntuales.
- **Escuchar** las inquietudes de los alumnos cuando éstas sean pertinentes y coherentes con el tema desarrollado.
- **Respetar** las opiniones e interpretaciones personales de los alumnos emitidas con seriedad y compromiso sobre los temas tratados.
- **Dirigirse** a los alumnos con respeto.
- **Evaluar** a todos con un mismo criterio según los ítems mencionados anteriormente.
- En evaluación escrita, **explicitar** los temas, las capacidades y el puntaje.

• **Alumno:**

- **Respetar** la puntualidad en el horario de entrada y salida de clase (está prohibido salir antes del toque de timbre). Los alumnos que llegan fuera de horarios después del recreo sin una justificación calificada serán sancionados.
- No usar auriculares o reloj inteligente.
- **Repasar** los temas vistos durante clase.
- **Dirigirse** al profesor y a los compañeros de modo adecuado según el contexto escolarizado y formal en el cual se desenvuelven las clases.
- **Estudiar** con compromiso y responsabilidad.
- **Asistir con el material pedido por el profesor (cuaderno, libros, fotocopias, etc.)** y en caso de no asistir a clase, completar el cuaderno y realizar las actividades extra-áulicas.
- Presentar **certificado** en caso de no asistir a una evaluación (escrita, práctica u oral) previamente avisada.



- No ingerir alimentos durante la hora de clase, solo agua.
- Solamente puede salir un solo estudiante al baño por vez y en caso de urgencia.
- Es responsabilidad del alumno mantener su espacio en el aula limpio y cuidar el inmobiliario.
- **Asistir** con el uniforme correspondiente.

Uso del teléfono celular

Estará prohibido el uso del celular dentro del aula durante el horario de clase; deberá permanecer apagado y guardado en la mochila.

Solo podrá utilizarse cuando la docente lo autorice expresamente y con fines pedagógicos específicos, tales como:

- realización de investigaciones o consultas académicas,
- uso de diccionarios o materiales digitales vinculados a la asignatura,
- acceso a recursos audiovisuales como complemento didáctico,
- participación en actividades interactivas propuestas en clase.

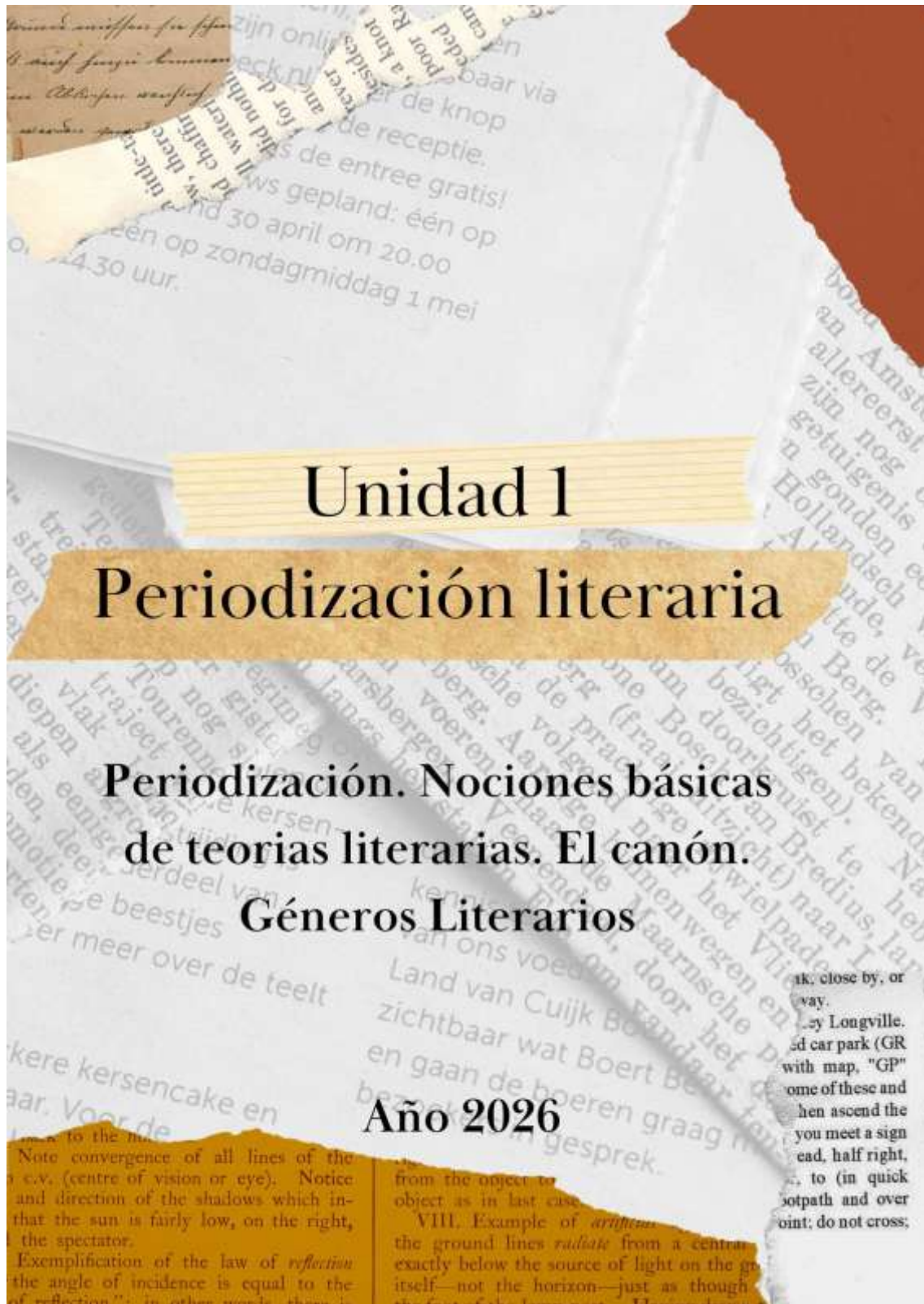
En todos los casos, el uso deberá limitarse exclusivamente a la actividad indicada.

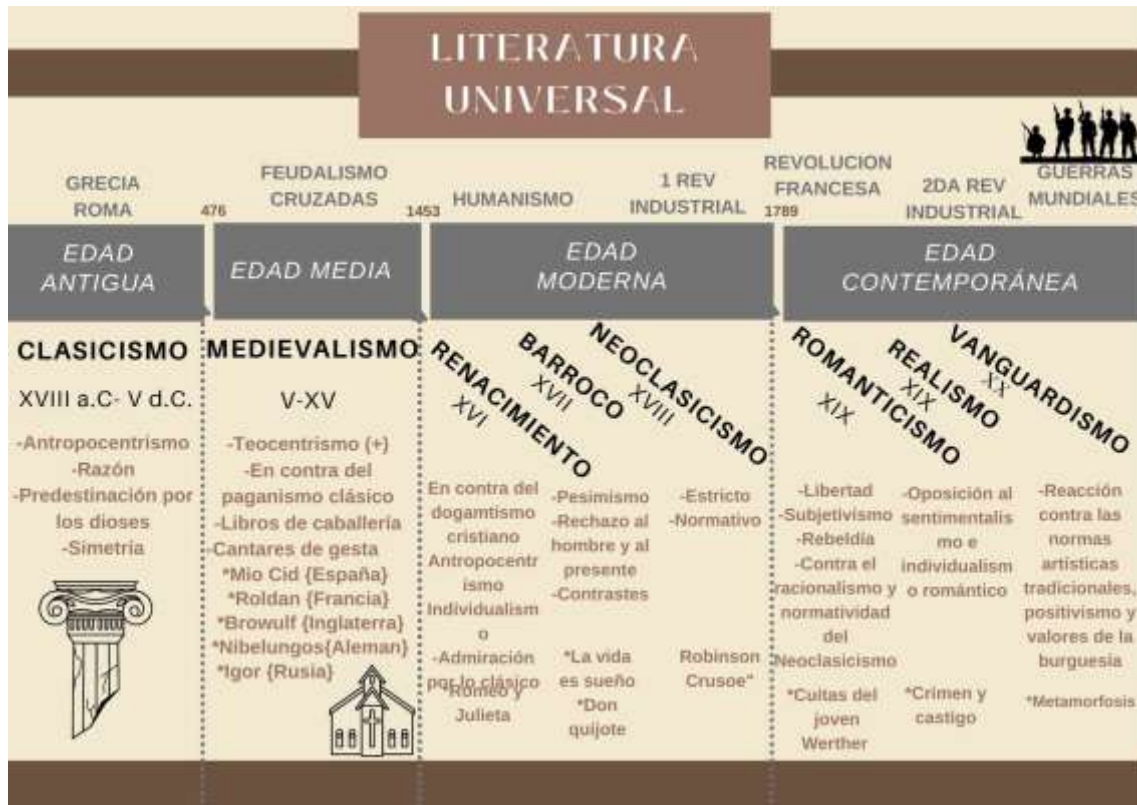
Durante las instancias de evaluación —ya sean escritas, prácticas u orales— el uso del celular está estrictamente prohibido, sin excepción.

.....
Firma del padre o tutor

.....
Firma del alumno

.....
Firma del profesor





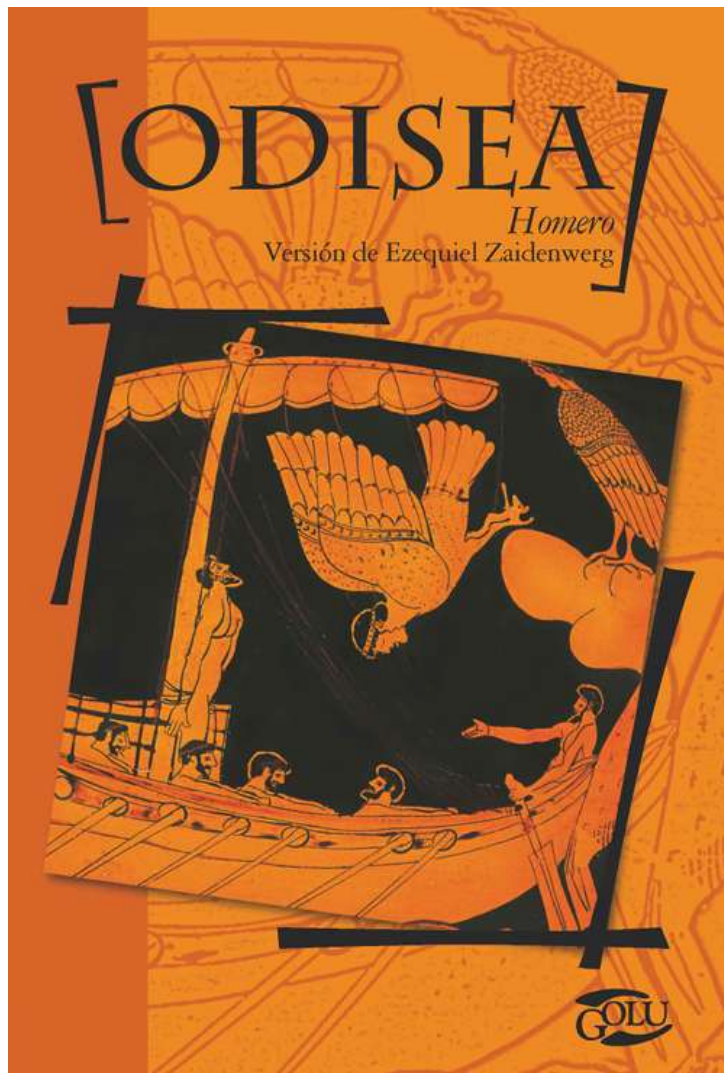


Unidad 2

La narrativa a lo largo de la historia

- Poema épico. El héroe y su relación con los dioses. El destino y las pruebas del héroe. Odiseo y el viaje como metáfora de la vida
- La narrativa de los siglos XV y XVI. Don Quijote: El héroe parodiado
- Crisis del individuo moderno en Relatos de Kafka

Año 2026



Canto I

Invocación.

Háblame, Musa,¹ del varón astuto que, luego de arrasar la ciudadela de Troya,² anduvo mucho tiempo errante y conoció los hábitos de numerosos pueblos, y soportó penurias, mientras surcaba el mar, pugnando por su vida e intentando ayudar a que los compañeros volvieran a la patria; pero los insensatos se comieron el rebaño del Sol,³ quien les negó el regreso.

La asamblea de los dioses.

Ya todos los que habían conseguido escapar de la muerte estaban sanos y salvos en sus casas, a excepción de Odiseo, que se hallaba cautivo de la ninfa⁴ Calipso. Ella lo tenía preso en la isla de Ogigia, deseosa de

- 1 **Musa:** cualquiera de las nueve diosas, hijas de Zeus y Mnemosine (la Memoria), que se ocupaban de inspirar la música y el canto.
- 2 **Troya:** ciudad del Asia Menor donde, según la leyenda, se llevó a cabo una de las guerras más famosas de los griegos.
- 3 **Sol:** en la mitología griega, el Sol era una divinidad; se lo imaginaba como un hermoso dios coronado con una aureola brillante, que cada día recorría el cielo en su carro.
- 4 **Ninjas:** diosas secundarias que pueblan los bosques, los campos y las aguas. Se las consideraba hijas de Zeus y representaban la belleza femenina y la fecundidad. A menudo se las representaba cantando e hilando.

relevo
álgebra
paralelogramo
incógnita
3.º año
Tercera?



Homero

tomarlo por esposo. Ya había llegado el tiempo decretado por los dioses para que regresara a Ítaca,⁵ su patria, y todas las deidades se apiadaban de él, excepto Poseidón,⁶ a cuyo hijo Polifemo⁷ había cegado.

Un día se reunió la asamblea de los dioses: todos se habían dado cita en el palacio del olímpico Zeus,⁸ excepto Poseidón, quien se encontraba en el lejano país de los etíopes, donde asistía a unos sacrificios que habían preparado en su honor. Recordando el ejemplo de Egisto,⁹ a quien Orestes había dado muerte, el padre de los hombres fue el primero en tomar la palabra:

—Los humanos nos echan la culpa de sus males, cuando en verdad son ellos quienes se los buscan con sus propias locuras. Aunque enviámos a Hermes¹⁰ para desalentarlo, Egisto se casó igualmente con la esposa de Agamenón¹¹ y lo mató cuando este volvía a su casa.

- 5 **Ítaca:** isla griega emplazada en el mar Jónico. Es la patria de Odiseo, en donde ruina junto a Penélope. A menudo se la describe como una isla montañosa, árida y apta para criar cabras.
- 6 **Poseidón:** dios del mar. Es hijo de Crono y Rea, y, por lo tanto, hermano de Zeus, Hades y Hera. Es un dios irascible; a menudo suscita tormentas y remueve las aguas con ayuda de su tridente. Está enojado con Odiseo, puesto que este ha cegado a su hijo amado, Polifemo.
- 7 **Polifemo:** hijo de Poseidón y de la ninfa Toosa, es un gigante salvaje y horrible, que desconoce los lazos sociales más básicos, se alimenta de carne cruda y vive aislado en una caverna (ver canto 9).
- 8 **Zeus:** es el rey del Olimpo, la divinidad más importante, que domina el cielo y la tierra. Está casado con Hera, pero es un dios muy enamorado y tiene incontables hijos con otras diosas y con mujeres mortales. Preside la asamblea de los dioses, vela por el respeto de los juramentos y de la hospitalidad.
- 9 **Egisto:** primo de Agamenón y Menelao. Cuando estos parten hacia Troya, Egisto se queda en el palacio junto a Clitemestra, a quien finalmente seduce. Cuando Agamenón vuelve de la guerra, lo recibe con un banquete y lo asesina. Reina durante siete años más hasta que Orestes (el hijo de Agamenón y Clitemestra) lo mata.
- 10 **Hermes:** hijo de Zeus y Maya. Inventor de la lira y la flauta, Hermes es el mensajero de los dioses. Se lo representa con sandalias aladas y un sombrero de ala ancha. Una de sus funciones consiste en guiar a las almas de los muertos hacia el Hades.
- 11 **Agamenón:** llamado Atrida por ser hijo de Atreo, Agamenón es hermano de Menelao y jefe del ejército aqueo en la guerra de Troya. Es el rey de Argos, marido de Clitemestra y padre de Orestes, Ifigenia y Electra. Su disputa con Aquiles por el botín obtenido en un saqueo da comienzo al relato de la *Ilíada*.

• 28 •

Odiseo

Le respondió Atenea,¹² la diosa de ojos glaucos:¹³

—Has dicho la verdad. Y ojalá perezcan igual que él quienes se atreven a imitar su ejemplo. Pero es distinto el caso de Odiseo. ¿Acaso olvidó hacerte un sacrificio? ¿Tan enojado estás con él?

Y Zeus, el que junta las nubes, respondió:

—¿Qué palabras son esas, hija mía? ¿Cómo podría olvidarme del divino Odiseo, que por su ingenio y sus ofrendas a los dioses siempre se destacó entre los demás hombres? Es Poseidón, el que sacude el suelo, el que sigue enojado con él, a causa de su hijo Polifemo, ya que lo dejó ciego el héroe. Por eso es que le impide retornar a la patria. Pero ya es momento de que regrese. Dispongamos su vuelta. Que Poseidón renuncie a su rencor, porque él solo no podrá contra la voluntad del resto de los dioses.

Le respondió Atenea, la diosa de ojos glaucos:

—Padre Zeus, si al resto de los dioses les complace su regreso, enviemos a Hermes a la isla de Ogiqia, para que le transmita nuestras órdenes a la ninfa Calipso y ella le permita irse. Yo, por mi parte, partiré hacia Ítaca, donde le infundiré a su hijo Telémaco¹⁴ coraje para que llame a una asamblea¹⁵ y se enfrente a los crueles pretendientes¹⁶ que consumen su hacienda; más tarde lo haré ir a

- 12 **Atenea:** hija de Zeus y Metis, Atenea es la diosa de la sabiduría, las labores, la inteligencia y la guerra. Al igual que Zeus, lleva la égida, con la cual atemoriza a los enemigos en el campo de batalla. Es la compañera inseparable de Odiseo, a quien aconseja y guía en su vuelta a Ítaca.
- 13 **Glaucos:** de color verde claro, como el del mar.
- 14 **Telémaco:** hijo de Penélope y Odiseo, tiene veinte años cuando comienza el relato. Al igual que su madre, sufre al ver a los pretendientes saquear las riquezas de su palacio, pero no puede hacer nada al respecto.
- 15 **Asamblea:** reunión de los ciudadanos en la que se discutían temas de importancia y se decidía qué rumbo de acción tomar.
- 16 **Pretendientes:** jóvenes ricos y solteros de Ítaca que quieren casarse con Penélope. Son maleducados, groseros y se pasan todo el día festejando y dilapidando los recursos del palacio de Odiseo.

• 29 •



Homero

la arenosa Pilos¹⁷ y a Esparta,¹⁸ la de anchos valles, para buscar noticias del regreso de su querido padre, y para que se haga fama y renombre entre la gente.

Atenea visita a Telémaco.

Así dijo, y se colocó en los pies las hermosas sandalias inmortales, con las que podía volar, transportada en el viento, sobre las aguas y la tierra. Y tras tomar la lanza, dio un gran salto desde la cumbre del nevado Olimpo y, rauda, se posó frente a las puertas del palacio de Odiseo, en Ítaca, tomando la apariencia de Mentos, el señor de los tafios.



Atenea

Atenea desciende del Olimpo hacia Ítaca. Ilustración de John Flaxman, 1850.

Encontró a los soberbios pretendientes que jugaban a los dados frente a la puerta del palacio. Hacía mucho tiempo que pasaban el día consumiendo la despensa de la casa de Odiseo, de banquete en banquete,

17 **Pilos:** ciudad ubicada al sudoeste del Peloponeso, en donde reina Néstor.

18 **Esparta:** ciudad del sur de Grecia continental; allí se encuentra el palacio de Menelao.

Odiseo

en tanto que esperaban que su esposa Penélope escogiera a uno de ellos para que la desposara. Telémaco, con el corazón angustiado por la ausencia del varón que, en caso de que volviera, expulsaría a aquellos insolentes, fue quien notó primero la presencia de la diosa. Hizo ingresar al huésped al vestíbulo y le tendió la mano, saludándolo:

—Sé bienvenido, huésped. Aquí te trataremos como a un amigo. Pero antes de que nos digas a qué has venido, come y sacia tu apetito.

Dicho esto, Telémaco hizo entrar a la diosa en el palacio y le ofreció un sillón para sentarse, en un sitio alejado de los pretendientes, para que el griterío de aquellos sinvergüenzas no los perturbara, con la idea de solicitarle al extranjero noticias de su padre, y el mismo tomó asiento junto a ella en una hermosa silla. Tras lavarse las manos, disfrutaron de exquisitos manjares. Poco después, entraron en la sala los viles pretendientes, y luego de que hubieron comido hasta llenarse, Femió, el divino aedo,¹⁹ entonó un hermoso canto.

—Querido huésped —le dijo Telémaco a la diosa—, espero que no te enojas por lo que te voy a decir. Estos no tienen otra ocupación más que la música y el canto, y nada les importa, pues consumen impunemente la hacienda de otro hombre, un varón cuyos huesos se pudren lejos en alguna playa, o las olas arrastran por los mares. Pero ahora dime por favor quién eres y cómo y con qué fin has llegado a mi casa.

Le respondió Atenea, la diosa de ojos glaucos:

—Soy Mentos, y me jacto de reinar sobre los tafios. Me dirigía a Temesa a buscar bronce, y me detuve aquí porque me aseguraron que tu padre había regresado. Sin duda que los dioses se oponen a su vuelta; porque lo cierto es que Odiseo vive, aunque está prisionero del océano, en una fértil isla. Yo no soy adivino ni intérprete de sueños, pero igual te diré lo que va a suceder: no estará mucho tiempo alejado

19 **Aedo:** recitador de poesía. Los aedos cuentan con una gran memoria que les permite recordar extensos relatos a medida que cantan y tocan la lira. En la *Odiseo* hay dos: Femió y Demódoco. Su tarea es entretener a los comensales en los banquetes contándoles historias famosas, como las de la guerra de Troya.



Homero

de su patria, por más fuertes que sean las cadenas que lo tienen sujeto. Pero dime, ¿qué clase de reunión es esta? ¿Acaso se celebra un casamiento? ¿Por qué permites semejante despilfarro?

—Ya que preguntas, huésped, yo te responderé: esta casa fue antaño respetada, mientras vivió mi padre con nosotros. Ahora todos los hijos de las familias nobles de Duliquio, de Same, de Zaquinto y de la áspera Itaca pretenden a mi madre y arruinan nuestra casa. Mi madre, sin embargo, no rechaza las nupcias ni sabe poner freno a este atropello, y mientras tanto estos odiosos hombres consumen nuestra hacienda, y pronto acabarán conmigo mismo.

—¡Oh dioses! ¡Si el ausente regresara! ¡Qué amargas bodas se celebrarían entonces! ¡Las vidas de estos necios cuánto se abreviarían! Pero ahora depende de los dioses que tu padre regrese y se cobre venganza; tú debes meditar cómo habrás de expulsar a estos insolentes de tu casa. Presta atención a lo que te voy a decir: convoca a una asamblea en el ágora²⁰ mañana, e intima a los pretendientes a que abandonen tu palacio; y si tu madre acaso busca segundas nupcias, que regrese a la casa de su padre, que habrá de decretar su casamiento y fijar su dote.²¹ En cuanto a ti, dispón tu mejor nave, y vete a preguntar por Odiseo; primero irás a Pilos, que es la morada del divino Néstor,²² y luego rumbo a Esparta, donde reina Menelao.²³ Si uno y otro te dicen que tu padre está vivo, soporta todo esto un año más, aunque estés afligido; pero si acaso oyes que

20 **Ágora:** plaza pública donde se realizan las asambleas.

21 **Dote:** conjunto de bienes y derechos aportados por la mujer al matrimonio.

22 **Néstor:** rey de Pilos, es el prototipo del anciano sabio al que todos acuden a pedir consejo.

23 **Menelao:** hermano de Agamenón y esposo de Helena, Menelao es rey de Esparta. La leyenda cuenta que la guerra de Troya se originó porque Helena, la más hermosa de las mortales, se escapó a Troya junto con el apuesto Paris. Esto suscitó la ira de los Atridas, que juntaron todas las fuerzas aqueas y se embarcaron rumbo a Ilión para recuperar el honor perdido.

Canto IV

Telémaco en Esparta.

Apenas llegaron a Esparta, la de valles profundos, dirigieron sus pasos al palacio del rubio Menelao, quien se encontraba allí con amigos, festejando las bodas de su hijo y las de su hija. Mientras todos gozaban del banquete, un aedo divino cantaba acompañado de la cítara, y un dúo de bailarines recorría la sala al ritmo de la música entre la muchedumbre, como entretenimiento. Al notar la presencia de los dos compañeros, los hicieron sentar y les sirvieron abundante comida y rojo vino. El rubio Menelao, saludándolos con la mano, les dijo estas palabras:

—Coman y regocijense. Después que hayan comido nos dirán quiénes son entre los hombres, pues se advierte que son hijos de reyes por su estampa y figura.

Dicho esto, les dio a probar un trozo de suculento lomo asado, que solo a él le habían servido. Los jóvenes comieron y bebieron, y cuando se saciaron, Telémaco acercó la cabeza a Pisístrato para no ser oído, y le dijo estas cosas:

—¡Observa, hijo de Néstor, buen amigo, cómo reluce el bronce en el palacio, a la par del ámbar, la plata y el marfil! Así debe de ser por dentro la morada del olímpico Zeus.



Odiseo

El rubio Menelao oyó lo que decían y los amonestó:

—¡Hijos míos queridos! ¡Ningún mortal se puede comparar con el divino Zeus, cuya hacienda es eterna! Es cierto, sin embargo, que entre los hombres no hay quien me aventaje en riquezas, tantos son los tesoros que traje en mis navíos, tras pasar muchas penas y andar errante mucho, por Chipre, por Egipto, por Fenicia, por Libia, por Sidón, por Etiopía, al regreso de Troya. Pero ojalá viviera en mi palacio con la tercera parte de mis bienes, con tal de que se hubiesen salvado los que hallaron la muerte en la ciudad de Priamo. Por todos me entristezco, pero por nadie lloro como por Odiseo, el que más sufrió de todos. Seguramente penan por él su viejo padre, Laertes, la discreta Penélope y Telémaco, su hijo, a quien dejó recién nacido en casa.

Menelao y Helena reconocen a Telémaco.

Así habló y en Telémaco se despertó el deseo de llorar, al escuchar que hablaban de su padre. Rodó por sus mejillas una lágrima, y levantó el muchacho el manto color púrpura, para cubrirse el rostro. No dejó de advertirlo Menelao, y meditó en su mente si debía esperar a que Telémaco mencionara a su padre, o si sería mejor interrogarlo.

Entretanto, su esposa, la bellísima Helena, salió de su aposento perfumado y tomó asiento al lado de él. Al ver a los dos jóvenes, interrogó a su marido de este modo:

—¿Sabemos, Menelao, quiénes son esos hombres que han llegado hasta nuestra morada? Quizá me equivoque, pero nunca he visto un parecido semejante, en mujer, hombre o niño, como el que guarda este joven con Odiseo.

A lo que contestó el rubio Menelao:

—Ya se me había ocurrido lo que estás sugiriendo. Sus pies, sus manos, su mirada, la cabeza y los cabellos son los mismos de aquel. Y además, hace un rato, recordando a Odiseo, vi cómo lagrimeaba este muchacho; de hecho, se cubrió con el purpúreo manto para evitar ser visto.

* 47 *

Homero

Luego dijo Pisístrato:

—¡Oh Menelao, conductor de pueblos! Este que ves, por cierto, es Telémaco, el hijo de Odiseo. Pero, como es discreto y decoroso, ha sentido pudor de hablar en tu presencia. Con él me envía Néstor, mi padre, pues Telémaco busca tu consejo. Muchos males padece en casa el hijo cuyo padre está ausente, si no hay nadie que lo auxilie, como le ocurre a él: su padre falta en Ítaca, y no hay en todo el pueblo quien lo asista en la desgracia.

Contestó Menelao:

—¡Oh dioses! Ha llegado a mi morada el hijo del varón amado que por mí sostuvo tantas luchas, y a quien yo había prometido honrar por encima de todos los aqueos, si acaso llegaba a regresar. Yo le habría asignado una ciudad, en Argos, para que la habitase y se hiciera un palacio, y trajera a los suyos y a su pueblo, para que nos reuniéramos seguidos. Y habríamos sido siempre amigos y felices, sin que nada pudiera separarnos, a excepción de la muerte, si algún dios envidioso no lo hubiera privado, a él y solo a él, de volver a la patria. He visto muchas tierras y conocido diferentes pueblos, pero nunca vi a nadie como él, ninguno con su corazón y con su ingenio. ¡Las hazañas que en Troya realizó! Lo último que supe de él es que se hallaba prisionero en la isla de Calipso. El anciano Proteo,⁴¹ que habita cerca de la costa egipcia, me lo hizo saber, cuando yo regresaba con mis naves, tras afrontar peligros incontables.

Acto seguido, el rubio Menelao les contó su regreso, plagado de peligros y penurias. Cuando al fin su relato concluyó, se había hecho muy tarde, y Helena encomendó a sus esclavas que dispusieran camas para los invitados. En ellas se acostaron Telémaco y Pisístrato. Y el rubio Menelao y la divina Helena se fueron a su cuarto.

⁴¹ Proteo: divinidad marítima que posee el don de la profecía. Como es reacio a que le pregunten acerca del futuro, puede metamorfosearse de mil maneras para intentar escapar de quienes esperan respuesta.

* 48 *



Odiseo

No bien se mostró Eos, de dedos sonrosados, hija de la mañana, Menelao se levantó del lecho y fue a sentarse al lado de Telémaco. Luego de saludarlo, le dijo estas palabras:

—Quédate en mi palacio algunos días más. Luego te irás repleto de regalos: tres caballos, un carro espléndido, una copa labrada para que hagas libaciones a los dioses inmortales y te acuerdes de mí todos los días.

A lo cual el discreto Telémaco repuso:

—Yo pasaría un año junto a ti sin extrañar mi casa ni a mis padres: tan gratas son para mí tus palabras. Pero no me retengas, porque mis compañeros deben de estar impacientes en la arenosa Pilos. Los caballos que ofrezcas te los agradezco mucho, pero no voy a llevarlos: solo hay cabras en Ítaca, no es tierra de caballos.

Así habló Telémaco, y el rubio Menelao le hizo una caricia en la cabeza y dijo:

—Hijo mío, se muestra en tus palabras que eres de sangre noble. Te daré otro regalo, el objeto más hermoso y más caro que hay en mi palacio: una vasija de plata bien labrada, con los bordes de oro, obra de Hefesto,⁴² que me dio el héroe Fédimo, el rey de los sidonios, cuando volvía a casa y me detuve en sus tierras. Es eso lo que quiero regalarte.

Mientras así decían, los invitados iban arribando al palacio. Unos traían ovejas y otros, vino, que reconforta el ánimo. Sus esposas venían con el pan, adornadas las cabezas con espléndidas cintas. Así se preparaba la comida.

Los pretendientes traman un plan.

En Ítaca, mientras tanto, en el palacio de Odiseo, se divertían los viles pretendientes lanzando jabalinas y discos en el patio. Antínoo y Eurímaco, que por su linaje eran los cabecillas, permanecían

⁴² **Hefesto:** dios del fuego, hijo de Zeus y Hera. Este dios, que suele ser representado como feo y deforme, es el encargado de forjar las armas de muchos héroes. Está casado con Afrodita, la diosa del amor y la belleza.

Homero

sentados. Noemón, hijo de Fronio, quien le había prestado a Telémaco la nave, se acercó adonde estaban y le preguntó a Antínoo:

—Antínoo, ¿sabemos por ventura cuándo piensa volver Telémaco de Pilos? Se marchó con mi nave y ahora la necesito.

Se quedaron atónitos cuando escucharon esto, dado que no sabían del viaje de Telémaco. Al fin contestó Antínoo:

—Responde y sé sincero. ¿Cuándo se fue y con quiénes?

Replicó Noemón:

—Iban con él los jóvenes más destacados del pueblo. Los lideraba Méntor... o tal vez fuera un dios, puesto que ayer lo vi por aquí nuevamente, y eso que ya había partido la nave de Telémaco.

Dichas estas palabras, Noemón se marchó. Antínoo y Eurímaco, con ánimo irritado, llamaron a los otros, que dejaron sus juegos para oírlos. Así les habló Antínoo, colérico, con fuego en la mirada:

—¡Oh dioses! ¡Gran proeza ha logrado Telémaco con semejante viaje! ¡Decíamos nosotros que sería incapaz de realizarlo! A pesar de que somos numerosos, se fue el muchachito y consiguió reunir a los mejores en su tripulación. De aquí en más deberíamos precavernos de él; ojalá quiera Zeus acabar con su vida antes de que madure. Pero, ¡vamos!, busquemos una nave con veinte tripulantes; procuraré tenderle una emboscada, de modo que, al regreso, en el estrecho que separa de Ítaca a la escarpada Samos, encuentre su final.

Así les dijo Antínoo, y todos aprobaron sus palabras y alentaron sus propósitos.

Sin embargo, Penélope no tardó en enterarse de sus planes. Creía que Telémaco había ido al campo, tal como acostumbraba. No bien tuvo noticia de lo que sucedía, el corazón se le llenó de angustia y ya no pudo contener el llanto. Cuando logró calmarse, se puso ropas limpias, y se marchó a su cuarto junto a sus criadas. Tras llenar una cesta con granos de cebada, le dirigió esta súplica a Palas Atenea:



Odiseo

—¡Oyeme, hija de Zeus, tú que llevas la égida⁴³ Si alguna vez te hizo sacrificios el astuto Odiseo dentro de este palacio, no te olvides de ellos y protege a mi hijo, y aparta de él a los perversos y orgullosos pretendientes.

Aquella misma noche, la diosa de ojos glaucos apareció en sus sueños, tomando la figura de una hermana de Penélope, Ifíma, y le habló de esta forma:

—Penélope, no temas. Los dioses no quieren que llores y te angusties. Tu hijo va a volver, pues nunca ha cometido ofensa contra ellos: Atenea ha escuchado tus plegarias.

No bien le dijo esto, la figura de Ifíma se disipó en el aire, y por la cerradura de la puerta dejó la habitación. Se despertó Penélope, aliviada, puesto que un sueño claro la había visitado entre las sombras de la noche.



Atenea se presenta en sueños a Penélope bajo la figura de Ifíma.
Ilustración de John Flaxman, 1810.

⁴³ **Égida:** piel de cabra adornada con la cabeza del monstruo Medusa, es el atributo con que se representa a Zeus y a su hija Atenea.

Homero

Mientras tanto, los viles pretendientes se habían embarcado, y surcaban la líquida llanura, meditando en su ánimo la muerte de Telémaco. Hay en el mar, entre Itaca y la escarpada Samos, una isla pedregosa a la que llaman Ásteris; allí se emboscaron los pretendientes aguardando a Telémaco.





Homero

Canto v

Nueva asamblea de los dioses.

Eos se levantaba de su lecho, dejando que Titón⁴⁴ les llevara la luz a mortales e inmortales, cuando los dioses convocaron a asamblea, presidida por Zeus, el que truena en el cielo. Atenea, trayendo a la memoria las muchas peripecias de Odiseo, les contó a las deidades cómo el héroe se hallaba prisionero en el palacio de la ninfa Calipso:

—¡Padre Zeus! ¡Felices dioses inmortales! Ojalá ningún rey vuelva a gobernar a los itacenses con clemencia y justicia, pues ninguno de ellos se acuerda del divino Odiseo, que reinaba en la isla con amor paternal. Se encuentra prisionero en una isla, cautivo en el palacio de la ninfa Calipso; el regreso a la patria es imposible, porque le faltan naves y una tripulación que lo conduzca por las anchas espaldas del océano. Y por si fuera poco, los crueles pretendientes de su esposa buscan matar al hijo, que ha ido a la sagrada Pilos y luego, a Esparta en busca de noticias de su padre.

Esto contestó Zeus, que amontona las nubes:

—¿Qué tonterías son esas, hija mía? ¿No habíamos convenido

⁴⁴ **Titón:** mortal muy hermoso, fue raptado por Eos (la Aurora), quien le pidió a Zeus la inmortalidad de su amado. Como olvidó pedirle también la juventud eterna, Titón envejeció cada vez más hasta convertirse en una cigarra.

* 53 *

que Odiseo volviera y se vengara de ellos? Acompaña a Telémaco para que vuelva sano y salvo a casa, y que los pretendientes en la nave tengan que regresar sin cumplir su objetivo.

Dirigiéndose a Hermes, su hijo amado, le habló de esta manera:

—Ya que eres mensajero, ve a casa de Calipso y dile que los dioses han decretado esto: que Odiseo regrese a su morada. Volverá en una balsa, sin ayuda de hombres o de dioses. Pasará por la tierra de los feacios, quienes le harán honores, brindándole una nave cargada de riquezas para volver a Ítaca. Su destino es regresar entre los suyos.

El mensajero Hermes no desobedeció el pedido de su padre: se colocó en los pies las hermosas sandalias de oro con que podía volar sobre la tierra y el océano, rápido como el viento; empuñó su cayado con el que era capaz de dormir o despertar los ojos de los hombres, y luego emprendió el vuelo a toda prisa, como hacen las gaviotas cuando pescan, mojándose las patas en su vuelo rasante.

El mensaje de Hermes.

Cuando llegó a la isla de Calipso, prosiguió su camino hasta la vasta gruta que ella tenía por casa. Rodeaba su morada un fértil bosque, y aves de todo tipo anidaban en las ramas de los árboles. Junto a la honda cueva había una hermosa viña cargada de racimos. Manaban cuatro fuentes cristalinas, que regaban los frescos prados de violetas que había alrededor. Era tan agradable el panorama, que hasta un dios que llegara a esos parajes se habría maravillado.

Halló a Calipso en casa. Adentro de la gruta, ardía en el hogar un fuego acogedor, y el cedro al chamuscarse perfumaba el ambiente. Al tiempo que tejía, Calipso entonaba una canción con melodiosa voz. Pero no encontró allí a Odiseo, que lloraba en la playa con los ojos fijos en el océano.

No bien vio entrar a Hermes, Calipso supo quién era él, pues por lejos que vivan unos de otros, los dioses siempre se conocen entre sí.

* 54 *



Odiseo

Hizo sentar al mensajero, y le sirvió ambrosía y rojo néctar.⁴⁵ Una vez que comió y bebió, le dijo esto:

—¿Por qué, querido Hermes, vienes a mi morada, cuando antes no solías frecuentarla?

Y Hermes le contestó:

—No es por mi voluntad que te visito, sino siguiendo órdenes de Zeus. Él dice que contigo hay un varón, el más infortunado de cuantos combatieron en la guerra de Troya durante nueve años. El viento y el oleaje lo trajeron aquí cuando intentaba regresar a casa. Zeus te ordena que lo dejes ir, puesto que su destino no es morir lejos de su familia, sino verlos de nuevo y regresar.

Se estremeció Calipso y respondió:

—¡Qué crueles y celosos son los dioses! Se irritan contra mí porque amo a un mortal, cuando Orión⁴⁶ amó a Eos, y la diosa Deméter a Yasión,⁴⁷ y cuando quien hundió la nave de Odiseo en el océano no fue otro que Zeus.⁴⁸ En el medio del mar murieron todos sus compañeros: no quedó ninguno. Él llegó aquí solo, traído por el viento y el oleaje. Yo misma lo cuidé y lo alimenté, y le hice la promesa de una vida eterna si decidía quedarse junto a mí. Pero no me es posible contrariar los designios de Zeus. Dejaré que se marche como me has ordenado, aunque antes le diré cómo llegar a tierra sano y salvo.

45 **Ambrosía y néctar:** alimento y bebida de los dioses del Olimpo.

46 **Orión:** personaje que también fue raptado por Eos, que lo llevó a Delos. Se dice que cierto día intentó violar a Artemis, y esta se defendió enviándole un escorpión que lo picó en el talón.

47 **Yasión:** hijo de Zeus y Electra, de sus amores con Deméter nació Plutón (la Riqueza).

48 **Quien hundió la nave de Odiseo en el océano no fue otro que Zeus:** referencia al episodio en que los compañeros de Odiseo se comen las vacas del Sol, en Trinacria. El Sol le implora a Zeus que castigue la ofensa, y por ello Zeus hace naufragar la embarcación de Odiseo.

Homero

Calipso y Odiseo.

Así dijo Calipso, y Hermes se marchó con la tarea cumplida. La ninfa fue a la playa, donde encontró a Odiseo llorando sin cesar: anhelaba el regreso, y aunque Calipso estaba enamorada de él, no la correspondía. Se pasaba los días sentado en unas rocas de la playa, con los ojos clavados en vano en el océano, llorando y suspirando.



Odiseo y Calipso. Pintura de Arnold Böcklin, 1883.

Ella le habló de esta manera:

—Desdichado Odiseo, no te lamentes más ni consumas tu vida de esta forma, puesto que gustosamente dejaré que partas. Corta grandes maderos y ensámbalos con bronce para hacerte una balsa. Yo la llenaré con pan y agua y rojo vino, que regocija el ánimo, y te daré vestidos para cubrir tu cuerpo. Haré que sople un viento favorable que te lleve a tu patria sano y salvo, si lo quieren los dioses de ese modo.

Al oír a la ninfa, el prudente Odiseo se estremeció y le dijo:

—Diosa, seguramente tramas algo, y no creo que sea mi partida, enviándome a surcar en una frágil balsa los abismos del mar, terrible



Odiseo

y peligroso, que otras naves de buenas proporciones y velas, a las que el mismo Zeus asistió con su soplo, no han logrado cruzar tan fácilmente. No subiría a tu balsa, salvo que me juraras que no tramas causarme ningún mal.

La diosa le sonrió y le acarició la mano, diciendo estas palabras:

—Eres astuto, por cierto. Por Gea⁴⁹ y por el cielo que la cubre, y por las aguas subterráneas de la Estigia,⁵⁰ juro que no maquino contra ti ningún daño. Ese es el juramento más solemne que puede hacer un dios. Es cierto que quisiera tenerte aquí conmigo para siempre, pero también entiendo que deseas regresar con tu esposa y con los tuyos.

Y le dijo Odiseo:

—Bien sabes que Penélope, que es de sangre mortal, no puede competir en hermosura y gracia contigo. Sin embargo, yo añoro día a día regresar a mi casa con los míos.

Así habló, y mientras tanto sobrevino la noche. Se fueron a acostar, disfrutando los goces del amor, y cuando salió el sol dieron comienzo a los preparativos. Cuatro días después, la balsa estaba lista. Al quinto día Calipso dejó que Odiseo se marchara, no sin antes lavarlo y vestirlo con ropas perfumadas, y enviarle una brisa favorable.

El desplegó las velas, contento, y navegó en el mar por diecisiete días. Al día dieciocho, ya era capaz de ver los montes del país de los feacios.

La tempestad.

Pero hete aquí que Poseidón volvía entonces de Etiopía, y pudo ver de lejos a Odiseo. El dios, lleno de cólera, sacudió la cabeza y se dijo a sí mismo:

—Parece que los dioses han cambiado de idea con respecto a Odiseo mientras yo me hallaba ausente. Ya está cerca del país de los

49 **Gea:** diosa que representa la Tierra.

50 **Estigia:** laguna infernal.

Homero

feacios, donde el destino quiere que se libre de todos sus pesares. Pero sospecho que le queda aún un sufrimiento más.

Eso dijo, y echando mano a su tridente⁵¹ juntó las nubes y agitó las olas, e hizo soplar un viento huracanado. Cubrió el mar y la tierra con nubes de tormenta, y de un momento a otro sobrevino la noche, al tiempo que unas olas gigantes sacudían la barca de Odiseo, quien se quejó amargamente en medio de la tempestad:

—¡Ay! ¿Qué será de mí? Parece que las predicciones de la diosa han sido equivocadas. Ahora me espera una terrible muerte. Ojalá hubiera perecido yo con los otros que cayeron en Troya: habría sido mejor que este final sin gloria.

Mientras decía esto, una ola gigantesca tumbó la embarcación. El héroe fue arrojado en medio del océano, mientras un torbellino destruía la nave. Permaneció Odiseo hundido mucho tiempo. Cuando al fin emergió, escupiendo agua amarga, atravesó las olas y se asió a los restos de la balsa, que era arrastrada por la corriente a su antojo.

Así lo encontró Ino,⁵² la de los bellos pies, que había sido mortal, y ahora vivía en las profundidades del océano. Apriadándose de él, surgió de las aguas y se posó en la balsa a su lado, diciendo estas palabras:

—¡Desdichado! ¿Por qué Poseidón, que sacude la tierra, se ha enojado contigo de este modo? Pero por mucho que lo intente, no logrará causarte daño. Haz lo que te digo: quítate esos vestidos, abandona la balsa a merced de los vientos y nada hasta la costa. Este velo inmortal que voy a darte extiéndelo debajo de tu pecho y ya no temas: no bien llegues a tierra, despójate de él y arrójalo en el mar.

51 **Tridente:** cetro en forma de arpón de tres puntas, atributo de Poseidón.

52 **Ino:** a causa de sus amores con Zeus, Hera hizo enloquecer a Ino al punto de impulsarla a arrojar a su propio hijo en una caldera de agua hirviendo. Al darse cuenta de sus actos se arrojó al mar, pero las divinidades marinas se apiadaron de ella, transformándola en nereida, y le dieron el nombre de Leucotea, que significa "la diosa blanca".



Odiseo

Tras darle el velo, Ino se sumergió en las aguas. En ese mismo instante, Poseidón levantó una ola colosal que cayó sobre el héroe. Aferrado a un madero, se quitó los vestidos que le había obsequiado Calipso y extendió el velo de Ino debajo de su pecho.

Dos días con sus noches anduvo así, perdido por el mar, hasta que al fin, al alba del tercero, las aguas se calmaron y pudo ver la tierra. Cuando ya parecía que llegaba a la orilla, una ola gigante lo arrojó contra las rocas; se habría hecho pedazos si Atenea no hubiera intervenido, infundiéndole la idea de aferrarse a una saliente. Cuando pasó la ola, siguió nadando en busca de una playa, hasta que llegó por fin a la boca de un río, en donde elevó una súplica:

—¡Óyeme, dios del río, quienquiera que seas! He llegado hasta ti escapando del mar embravecido: el que trama mi ruina es Poseidón.

El río lo aceptó y lo llevó en su seno hasta la orilla. Se encontraba agotado: le faltaba el aliento, tenía el cuerpo hinchado, y de su boca y su nariz manaba agua salada. Cuando al fin respiró y pudo volver en sí, se quitó el velo y lo arrojó en el río. Se lo llevó una ola hacia el océano, y pronto estuvo en manos de Ino nuevamente.

Entonces Odiseo se apartó del río, se inclinó al lado de unos juncos y besó la tierra. Agotado, se puso a buscar dónde dormir, y se tendió entre dos arbustos. Luego se cubrió con unas hojas verdes y Atenea derramó el sueño sanador sobre sus párpados, para que descansara de sus tribulaciones.



* 59 *

Canto IX

Odiseo se da a conocer ante los feacios.

Y el astuto Odiseo les relató lo que sigue.

—Mi nombre es Odiseo, y soy hijo de Laertes. Los hombres me conocen por mi ingenio. Tengo mi casa en Ítaca, la isla donde se alza el monte Nérito, que se ve desde el mar. Alrededor hay otras islas: Same, Duliquio y la umbrosa Zaquinto. Es áspera la tierra de Ítaca, mi patria, pero cría varones excelentes. No existe tierra alguna más dulce para mí.



Odiseo llora al escuchar el canto de Demódoco. Ilustración de John Flaxman, 1850.

* 75 *



Homero

"Y aun cuando Calipo me tuvo prisionero para hacerme su esposo, y la engañosa Circe⁶² me retuvo en su palacio, jamás me persuadieron en mi ánimo ni una ni la otra: para quien alejado de los suyos habita en tierra extraña, por más que sea en un palacio espléndido, nada es más grato que la propia casa y la propia familia.

Odiseo inicia el relato de sus aventuras. Los cicones.

"Pero te contaré cómo fue mi regreso desde Troya, decretado por Zeus, lleno de sufrimientos y pesares. De Troya me llevaron los vientos al país de los cicones,⁶³ en Ísmaro. Saqueamos la ciudad y matamos a quienes la habitaban. Luego nos repartimos equitativamente el botín y las mujeres. Insté a mis compañeros a que nos retiráramos con prisa. No pude persuadirlos. ¡Insensatos! Y mientras en la costa mis hombres comían y bebían con exceso, los cicones que habían conseguido escapar llamaron a los otros que vivían tierra adentro. Eran muy numerosos y valientes, además de más diestros en la lucha. Se presentaron al rayar el alba, innumerables como las hojas y las flores que en primavera brotan. Nos combatieron junto a los navíos. Logramos contenerlos durante todo el día; pero al atardecer nos derrotaron, y encontraron la muerte seis aqueos. Los demás escapamos como nos fue posible, esperando hasta último momento por si acaso volvían los que al fin no volvieron. Y una vez que zarparamos, Zeus, el que amontona las nubes, levantó una tempestad, que cubrió de neblina la tierra y el océano.

"Extraviamos el rumbo y los vientos rasgaron nuestras velas. Las recogimos, pues, y logramos llevar la nave hasta una playa, donde permanecemos dos días con sus noches, mientras la angustia y el cansancio nos roían el alma. Al tercer día, una vez más partimos con velas desplegadas.

62 Circe: diosa hechicera, hija del Sol y Perseis.

63 Cicones: tribu de Tracia.

Odiseo

Los lotófagos.

"Y habríamos llegado a salvo a nuestra patria, si el viento y el oleaje no hubieran desviado nuestra nave, al doblar en el cabo de Malea,⁶⁴ conduciéndonos lejos, más allá de Citera.⁶⁵ Durante nueve días nos arrastraron vientos enemigos. Al décimo llegamos al país de los lotófagos,⁶⁶ que solo comen flores. Bajamos a la costa y cargamos agua fresca. Después mis compañeros comieron al costado de las naves. Escogí a dos de ellos y a un heraldo, y los mandé a informarse quiénes vivían en aquellas tierras. Enseguida partieron, y pronto se toparon con los hombres comedores de loto, quienes, en vez de hacerles algún daño, les regalaron lotos para que los comiesen. Tan pronto como degustaron aquel fruto dulcísimo se olvidaron de todos los pesares y los abandonó el deseo del regreso, y prefirieron quedarse allí, con los lotófagos. A pesar de sus lágrimas, me los llevé conmigo y los até a los bancos de las cóncavas naves. Inmediatamente ordené a los otros que zarparan, temiendo que olvidasen el regreso si probaban la flor ellos también. Me hicieron caso y enseguida azotaban las olas con los remos.

Los ciclopes.

"Partimos con el ánimo afligido y muy pronto llegamos al país de los soberbios ciclopes,⁶⁷ pueblo sin ley que no cultiva el campo, confiándose a los dioses inmortales, al que todo le nace sin semilla ni arado. Ellos no deliberan en el ágora y carecen de leyes. Habitan en las cumbres de montes escarpados, y cada uno gobierna a su mujer y a sus hijos, sin importarles los demás en nada. Al lado de la isla

64 Malea: pequeña península del suroeste del Peloponeso.

65 Citera: isla griega al sudoeste del Peloponeso.

66 Lotófagos: pueblo legendario que solía identificarse con una población del noreste de África.

67 Ciclopes: hijos de Urano y Gea, son gigantes con un solo ojo en medio de la frente; viven aislados, en cuevas, cuidando de sus ovejas. Son salvajes y desconocen la vida en sociedad.



Homero

de los ciclopes hay otra más pequeña, apenas un islote. Allí desembarcamos en medio de la noche, y al punto nos echamos a dormir aguardando la aurora.

"No bien se mostró Eos, la de dedos rosados, hija de la mañana, recorrimos la isla, cazamos y comimos y bebimos del vino de los cícones. Cuando cayó la noche, nos acostamos a dormir de nuevo. Y cuando salió el sol, convoqué al ágora y dije a mis amigos:

"—Compañeros leales, permanezcan aquí. Con mi nave y mi gente iré a enterarme quién habita en la isla que vemos desde aquí, y si sus habitantes son soberbios, salvajes e injustos, o si acaso reciben a sus huéspedes con amistad y temen a los dioses.

"Después nos despedimos y subimos a las naves. Y una vez que llegamos a la cercana isla, divisamos una elevada gruta muy cerca de la orilla, rodeada de altos pinos, encinas y un laurel, que escondía la entrada. Un copioso rebaño de ovejas y de cabras pastaba alrededor. Allí vivía un monstruo alto como una montaña, que alejado de todo cuidaba sus rebaños, y nunca frecuentaba al resto de los ciclopes, porque era cruel de ánimo y albergaba siniestros pensamientos.

La cueva de Polifemo.

"Entonces ordené a mis compañeros que se quedaran a cuidar la nave y elegí solo a doce, los mejores. Nos pusimos a andar, llevando con nosotros algunas provisiones y un gran odre rebotante de dulce y negro vino, regalo de Marón, sacerdote de Apolo. Pronto llegamos a la enorme gruta, y como no había nadie, decidimos entrar e investigar. Nos sorprendió encontrar tanta abundancia: cestos llenos de quesos, y establos rebosantes de corderos y cabritos. Me insistieron mis hombres en que tomáramos de allí unos quesos y algunos animales. Pero yo me negué, aunque en verdad habría sido lo más prudente, porque deseaba conocer al ciclope y que me concediera dones hospitalarios.

• 78 •

Odiseo

"Encendimos el fuego, hicimos sacrificios, comimos de los quesos y esperamos. El ciclope llegó, transportando en sus brazos gran cantidad de leña que traía para hacer su comida. La arrojó con estrépito en la entrada, y presas del terror huimos hacia el fondo de la gruta. Hizo entrar el rebaño, y luego colocó un enorme peñasco a manera de puerta; tan grande era la roca, que ni veintidós carros de cuatro ruedas que tiraran juntos habrían sido capaces de moverla. Acto seguido se sentó a ordeñar las ovejas y las cabras. Después puso a cuajar la mitad de la leche, y el resto lo guardó para beberlo durante la comida. Finalmente hizo el fuego, y al vernos nos habló:

"—¿Quiénes son, forasteros? ¿Desde dónde han venido por el mar? ¿Los trae algún negocio, o van sin rumbo fijo, igual que los piratas?

"El miedo que nos daban su ronca voz y su espantoso aspecto nos encogía el corazón. De todos modos junté valor y pude hablarle:

"—Somos aqueos que venimos desde Troya, surcando el ancho mar. Los vientos, caprichosos, nos impidieron el regreso a casa, y nos trajeron hasta aquí. Luchamos en el ejército de Agamenón, famoso en todo el mundo por su triunfo. Hemos venido en calidad de suplicantes. Te abrazamos las rodillas, para que nos recibas con bondad y nos ofrezcas un regalo, como es costumbre entre los huéspedes. Sé respetuoso de los dioses, y en especial de Zeus, ya que venimos como suplicantes.

"Así hablé y él me dijo estas crueles palabras:

"—¿Eres tonto, extranjero, o vienes de muy lejos, que no sabes que a nosotros los ciclopes no nos importan Zeus ni los dioses felices, porque somos más fuertes? No les perdonaría la vida por temor a Zeus ni a nadie. Pero dime en qué sitio has dejado tu nave cuando llegaste aquí.

"Me dijo esas palabras procurando engañarme; pero yo me di cuenta de sus intenciones y así le respondí con otro engaño:

"—El que sacude el suelo, Poseidón, acabó con mi nave, tras hacerla chocar contra las rocas de esta isla, pero mis compañeros y yo fuimos capaces de salvar nuestras vidas.

• 79 •



Homero

"Por única respuesta, el ciclope atrapó a dos compañeros, como si hubieran sido dos cachorros, y los arrojó al suelo, partiéndoles el cráneo con el golpe. Acto seguido, los despedazó y se comió su carne y sus entrañas, y ni siquiera perdonó los huesos, como un león salvaje.

"Nosotros, aterrados, elevamos las manos, suplicándole a Zeus. Cuando se hubo saciado de leche y carne humana, se echó a dormir el ciclope. Entonces yo le hubiera atravesado el pecho con la espada hasta llegar al hígado. Empero, me contuve al darme cuenta de que no habríamos podido alzar la roca de la entrada y habríamos perecido sin remedio. De modo que aguardamos, sollozando, la aurora.

"Cuando surgió la hija de la mañana, Eos, la de dedos rosados, el ciclope hizo fuego y se sentó a ordeñar. Y después de cumplir esta tarea, agarró a dos compañeros y se los devoró. Luego sacó a pastar los animales, retirando la piedra de la entrada sin el menor esfuerzo, y volvió a cerrar.

"Yo me quedé tramando la venganza, por si acaso Atenea me otorgaba la victoria, hasta que al fin tomé una decisión. Al lado del establo, el ciclope había puesto un gran tronco de olivo para que se secara, del tamaño de un mástil. Yo separé una rama, del largo de dos brazos extendidos, y con los compañeros la pulimos, la aguzamos de un lado, luego la endurecimos en el fuego, y después la ocultamos debajo del estiércol que cubría la gruta.

"El ciclope regresó al atardecer, arriando sus rebaños. Volvió a cerrar la entrada con la puerta y se sentó a ordeñar como el día anterior; al terminar, tomó a dos compañeros y se los devoró a manera de cena. Entonces me acerqué, llevándole una copa del vino que traíamos, y le hablé de esta forma:

"—Escúchame, ¡oh ciclope! Toma este vino y bébelo. Verás que se acompaña muy bien con carne humana. Lo traía en la nave para ti, por si acaso querías ayudarnos. Pero nadie se iguala en cólera contigo. ¿Cómo se acercarán otros, en adelante, si no sabes lo que es la compasión?

• 80 •

Odiseo

"Así le hablé, y tomó la copa y bebió el vino. Y tanto le gustó que luego pidió más:

"—Dame más vino, huésped, y hazme saber tu nombre, para que pueda darte un don hospitalario.

"Yo obedecí y volví a servirle vino. Tres veces le serví, y tres veces más vació la copa. Y cuando el vino le nubló la mente, le hablé de esta manera:

"—Ciclope, me preguntas por mi nombre. Te lo revelaré, a cambio del regalo que prometes. Mi nombre es Nadie; Nadie me llaman mis amigos y mis padres.

"Me respondió con cruel talante el ciclope:

"—A Nadie me lo habré de comer último, y a todos los demás, antes que a él; ese será mi don hospitalario.

"Y tras hablar así, cayó ebrio de vino y eructó y se quedó dormido allí mismo, en el suelo. Entonces acerqué la punta de la estaca a las brasas ardientes para calentarla, mientras les daba ánimo a los otros, para que no temieran. Cuando ya estuvo al rojo vivo, ellos se la clavaron en el ojo al ciclope, y yo me apoyé encima y la hice girar. Mucha sangre brotaba alrededor de la caliente estaca mientras la revolvió.



Odiseo y sus hombres ciegan al ciclope Polifemo.
Detalle de un ánfora del siglo VI a. C.

• 81 •



Homero

"El cíclope dio un grito espeluznante, que retumbó por toda la caverna, y nosotros corrimos a escondernos, mientras él se arrancaba la estaca y la arrojaba lejos de allí con furia, y llamaba a los gritos al resto de los cíclopes. Cuando oyeron sus gritos acudieron algunos, y detrás de la roca le preguntaron qué lo atormentaba:

"—Polifemo, ¿por qué gritas de esa manera en la divina noche, tan enojado, despertándonos? ¿Algún hombre te roba las ovejas? ¿O acaso alguien intenta matarte con engaño o con la fuerza?

"Y respondió el robusto Polifemo desde adentro:

"—¿Amigos míos! Nadie me mata con engaño, no con fuerza.

"Y ellos le contestaron:

"—Pues si estás solo y nadie te hace daño, no podrás evitar la enfermedad que te ha enviado Zeus. ¡Pídele ayuda a Poseidón, tu padre!

"Y luego se marcharon.

"Yo me reía para mis adentros de cómo había logrado el engaño del nombre. El cíclope, gimiendo dolorido, retiró el gran peñasco de la puerta y se sentó en la entrada, por si lograba capturar a alguien que intentara salir con las ovejas. ¡Qué iluso, si esperaba que fuera tan ingenuo! Yo me puse a pensar cómo salir de aquella desgraciada situación, y se me ocurrió un plan: había unos carneros hermosos y muy bien alimentados; con varillas de mimbre los até de tres en tres, y cada compañero se colgaba del vientre del medio, mientras los otros dos lo protegían. Yo mismo me aferré al vientre del más grande. Así permanecimos, aguardando la aparición de Eos.

"Cuando al fin se mostró la hija de la mañana, los carneros salieron presurosos a pastar. El cíclope palpaba sus lomos para ver si estábamos nosotros sobre ellos. Así mis compañeros salieron de la cueva sin que él lo notara. El último en salir fue el que me transportaba, que era su favorito. Y tras palparlo, el cíclope le dijo:

"—¡Mi querido carnero! ¿Por qué hoy eres el último en salir de la cueva, cuando siempre salías el primero? Sin duda has de extrañar el ojo de tu amo, a quien cegó un malvado que se llamaba Nadie.

Odiseo

¡Si pudieras hablar y me dijeras dónde se está ocultando de mi cólera, esparciría sus sesos por la cueva!

"Y tras hablarle así, lo dejó ir. Cuando nos alejamos un trecho prudencial, me solté del carnero y luego hice lo propio con mis compañeros. Arriamos los carneros a la nave, apurándonos todo lo que nos fue posible y procurando no hacer ruido alguno.

"¡Qué alegría sintieron los demás al ver que habíamos vuelto! ¡Cómo lloraban por los otros, muertos! Una vez que cargamos el ganado, partimos en la nave a toda prisa. Cuando nos alejamos lo suficiente para estar a salvo, y que pudiera el cíclope escucharme todavía, le espeté estas palabras, hirientes y mordaces:

"—¡Cíclope! ¡No debiste emplear tu gran fuerza para comerte a los amigos de un varón indefenso! Han hallado castigo tus acciones, ya que te has atrevido a comerte a tus huéspedes en tu propia morada.

"Así dije, irritando aun más su corazón. Comenzó a arrojar rocas contra la embarcación, pero las esquivamos. Y aunque mis compañeros querían disuadirme e intentaban callarme, volví a gritar furioso:

"—Cíclope, si algún hombre te pregunta quién te ha dejado ciego, tú dile que Odiseo, el hijo de Laertes, habitante de Ítaca, te privó de tu ojo.

"Entonces, Polifemo lanzó un suspiro y dijo:

"—¡Oh dioses!, se han cumplido los pronósticos que me vaticinaron que sería privado de la vista por mano de Odiseo. Sin embargo, esperaba que fuera un hombre alto y fuerte; y es un hombre pequeño, débil y despreciable, quien me ha dejado ciego, con la ayuda del vino. Pero ayúdame, padre Poseidón, tú que abrazas la tierra. Cumple lo que te pido: que Odiseo, que tiene en Ítaca su casa, no regrese jamás a su palacio. Y si acaso los dioses ya han dispuesto que vuelva, que sea tarde y mal, en nave ajena, muertos sus compañeros, y que halle un nuevo mal en su morada.



Homero

"Así rogó, y su padre lo escuchó.

"Cuando al fin regresamos a la isla donde las otras naves aguardaban, bajamos el ganado y pasamos el día celebrando un banquete, no sin antes hacerle sacrificio a Zeus del carnero preferido del ciclope. Pero el dios no hizo caso de nuestro sacrificio, y meditaba ya cómo perder mis naves y a los fieles compañeros.

"Cuando llegó la noche nos echamos a dormir en la playa, y no bien surgió Eos, hija de la mañana, la de dedos de rosa, desatamos amarras y partimos, con el ánimo triste, pero felices de salvar la vida."



• 84 •

Canto x

Eolo.

"Arribamos a Eolia,⁶⁸ donde habitaba Eolo, el guardián de los vientos, querido por los dioses. Nos hospedó en su espléndido palacio, nos deleitó con música y banquetes y nos hizo preguntas sobre Troya, que yo le contesté como corresponde.

"Pasamos allí un mes, y al expresarle yo que deseaba partir, el rey no me retuvo. Por el contrario, me entregó un regalo valiosísimo: un cuero de buey de nueve años, en que había encerrado los mugidores vientos, con excepción del Céfito.⁶⁹ Ató el cuero a la nave con un hilo de plata a fin de que ninguno se escapara, y nos envió el Céfito para que nos llevara de regreso.

"Navegamos sin pausa nueve días con sus noches, y al décimo pudimos divisar la tierra patria, donde vimos hogueras encendidas en la costa. Todo ese tiempo yo había gobernado el timón de la nave, sin cedérselo a nadie, para llegar más rápido. Pero en aquel momento tan feliz, me sentí fatigado, y el sueño me venció.

⁶⁸ Eolia: isla flotante en donde se encuentra la mansión de Eolo, identificada con la actual isla de Strómboli, al norte de Sicilia.

⁶⁹ Céfito: viento del oeste, suave y agradable.

• 85 •



Homero

"Mientras yo dormitaba, mis hombres discutían, creyendo que en el cuero que Eolo me había dado yo guardaba riquezas. Uno de ellos dijo:

"—¡Cuán querido y honrado es este hombre! ¡Muchos y muy valiosos objetos se ha traído como botín⁷⁰ de Troya, y nosotros volvemos con las manos vacías! ¡Y ahora ha recibido esto de Eolo! Veamos cuánto oro y plata hay en el cuero.

"Fue así que desataron, ¡insensatos!, el cordón para ver lo que había dentro.

"Los vientos, desatados, soplaron a su antojo y nos llevaron lejos otra vez. Finalmente volvimos a la isla de Eolia, soportando vientos huracanados, mientras lloraba la tripulación y yo me lamentaba de su ingratitude. No bien desembarcamos, me presenté ante Eolo en el palacio.

"El rey, al verme entrar, me preguntó, asombrado:

"—¿Qué haces otra vez aquí, Odiseo? ¿Acaso no te di todo lo necesario para volver a casa?

"Y yo le contesté, con pesar en el alma:

"—La insensatez de mi tripulación y un sueño inoportuno han causado este daño. Sin embargo, este mal tiene remedio: tú puedes ayudarme una vez más.

"Tras un largo silencio, Eolo respondió, con el ánimo airado:

"—¡Vete de aquí cuanto antes, miserable! Yo no puedo ayudar a un hombre que se ha hecho odioso ante los dioses.

Los lestrigones.

"Al ver que era imposible conseguir el auxilio de Eolo, regresé cabizbajo. Volvimos a zarpar, y durante seis días navegamos, hasta que al fin al séptimo llegamos al país de Lestrigonia.⁷¹ Todos mis compañeros amarraron sus naves en el puerto, pero yo la dejé amarrada

70 **Botín:** conjunto de las armas, provisiones y demás posesiones de un ejército vencido y de los cuales se apodera el vencedor.

71 **Lestrigonia:** ciudad legendaria habitada por gigantes caníbales que devoraron a los extranjeros, y a la que se suele ubicar en la isla de Córcega.

Odiseo

a un peñasco, a bastante distancia. Luego envié a dos hombres junto con un heraldo, para que averiguaran qué gente vivía allí. Al punto se pusieron en camino, y enseguida encontraron a una joven que recogía agua de un arroyo. Ella les indicó dónde quedaba el palacio del rey, y fueron hacia allá.

"Al entrar, encontraron a la reina, que era mucho más alta que una mujer común, y más fornida. Ella no dijo nada, pero mandó a llamar al rey Antifates, que cuando entró y vio a mis compañeros, agarró a uno de ellos y se lo devoró. Los otros escaparon, aterrados, de regreso a las naves, mientras el rey Antifates daba gritos de aviso por toda la ciudad.

"Enseguida acudió una multitud de fuertes lestrigones, que más que hombres parecían gigantes, y se pusieron a arrojar peñascos de gran tamaño contra nuestras naves. Los fuertes lestrigones atrapaban a nuestros compañeros como a peces y se los devoraban. Yo corté las amarras de mi barco, y al punto insté a los hombres a remar. La nuestra fue la única nave que logró huir de la desgracia.

Circe.

"Luego llegamos a la isla de Eea,⁷² donde vive Circe, la hechicera de las hermosas trenzas. Tras atracar, bajamos de la nave y nos echamos a dormir dos días y dos noches seguidos, agotados por semejante esfuerzo. Al tercer día yo me levanté y busqué un mirador. Desde allí pude ver el palacio de Circe. Al volver, encontré a los compañeros con el ánimo triste, sollozando por los hechos del lestrigón Antifates y la violenta cólera del ciclope. De nada nos servía lamentarnos: los dividí en dos grupos y asigné a cada uno un capitán. Yo mandaría a uno, y Euriloco sería el capitán del otro. Hicimos un sorteo y le tocó al grupo de Euriloco inspeccionar el área.

"En el medio de un valle se encontraba el palacio de la hechicera Circe. Alrededor, había animales feroces, lobos y leones, a los que Circe

72 **Eea:** isla que suele localizarse en la costa oeste de Italia.



Homero

había hechizado dándoles un mágico brebaje. Pero estos animales no atacaron a los hombres de Euriloco, sino que con la cola les hicieron fiesta, como hacen los perros con sus amos. Los hombres, temerosos, se detuvieron ante las puertas del palacio. Oyeron desde allí a Circe que cantaba con voz melodiosa mientras tejía. Polites, uno de los hombres, dijo:

"—Debe ser una diosa o una mujer quien canta mientras teje. ¿Por qué no la llamamos?"

"Así les dijo y ellos la llamaron a voces. Circe vino enseguida, les abrió la puerta y los invitó a pasar. Los hombres la siguieron, todos menos Euriloco, que sospechaba que se trataba de alguna trampa. La diosa hizo sentar en cómodos sillones a los hombres y les dio de comer y de beber, pero con la comida mezcló un brebaje mágico, para hacer que los hombres se olvidaran completamente de su patria y del regreso. Una vez que comieron y bebieron, Circe los tocó con su varita, y al punto los convirtió en cerdos. Luego los encerró en unos chiqueros. Tenían de los cerdos la cabeza y el cuerpo, y la piel y la voz, pero aún conservaban la inteligencia humana. Encerrados, lloraban, mientras Circe les daba de comer bellotas y otras cosas que a los cerdos les gustan.

"Euriloco volvió sin demora a la cóncava nave, para informarme sobre lo ocurrido. Era incapaz de contener el llanto y se le había hecho un nudo en la garganta. Cuando al fin pudo relatarnos lo que había visto, me colgué la espada y le ordené que fuera conmigo, para indicarme cómo llegar a la mansión de Circe; pero él, abrazando mis rodillas, me dijo estas palabras:

"—No me obligues a ir, te lo suplico: pues yo sé que de allí no volverás trayendo de regreso a nuestros compañeros. Huyamos enseguida los que estamos presentes, que aún podemos escapar de aquí.

"Y yo le contesté:

"—Euriloco, tú quédate a comer y beber al lado de la nave. Pero yo iré, que así me lo exige el deber.

"Dicho esto, me alejé de la nave y del mar.

Odiseo



Circe transforma en cerdo a uno de los compañeros de Odiseo. Dibujo sobre un altar del siglo VI a. C.

"Cuando iba por el valle y me acercaba a la mansión de Circe, se apareció el dios Hermes, adoptando la figura de un joven radiante de hermosura. Tomándome la mano, me habló de esta manera:

"—¿Dónde vas, infeliz, sin conocer esta región? Transformados en cerdos, tus amigos se encuentran encerrados en sólidos chiqueros en la casa de Circe. De querer liberarlos, la misma suerte correrías tú. Pero quiero ayudarte: te daré esta raíz, que oficiará de antídoto contra cualquier brebaje que Circe quiera darte. Cuando ella te golpee con su vara, tú sacarás la espada y la amenazarás. Ella se asustará y te invitará a que duermas con ella. No la rechaces, pero pídele que te jure que no maquinará ningún mal contra ti.

"Luego de estas palabras, me hizo entrega de una planta: su raíz era negra y era blanca su flor, como la leche. Los dioses la conocen con el nombre de moly, y solo ellos pueden arrancarla. Luego el dios se marchó, y yo llegué al palacio de la hechicera Circe. Cuando llamé a la puerta, Circe vino, me abrió, y me invitó a pasar. Yo la seguí, confieso, con temor. Me hizo sentar en un sillón hermoso y me dio de beber en una copa de oro. Cuando hube bebido, me tocó con su vara y me espetó:



Homero

"—¡Anda, vete al chiquero a revolcarte junto a tus compañeros!
"Pero la poción no había hecho efecto. Saqué la espada y me abalancé sobre ella. Circe, lanzando un grito, se arrojó a mis rodillas y dijo, entre lamentos:

"—¿Quién eres y de qué país procedes? Ningún otro mortal resistió mis brebajes. Seguramente, tú eres Odiseo: Hermes ya me advirtió de tu venida. Pero vayamos a la cama ahora: que crezca entre nosotros la confianza.

"Así dijo la diosa, y yo le contesté:

"—¿Cómo me pides que confíe en ti, si has convertido en cerdos a los míos, y hace instantes quisiste hacerme a mí lo mismo? No enfundaré la espada ni dormiré contigo a menos que prometas por los dioses inmortales que no maquinárs ningún daño en mi contra.

"Eso le dije y ella elevó el juramento que yo le demandaba. Luego vinieron sus cuatro criadas, que calentaron agua para que me bañara, y me trajeron ropas limpias y me dieron comida. Pero yo no quería comer, y me quedé sentado, cabizbajo. Al verme en ese estado, Circe me preguntó qué me ocurría:

"—¿Por qué estás así, mudo, Odiseo y no quieres probar estos manjares? Ya no debes temer, pues te he jurado por los dioses que nada tramaría contra ti.

"Y yo le respondí:

"—¿Quién comería, Circe, mientras están los suyos transformados en cerdos? Si en verdad tienes buena voluntad, libera a mis amigos.

"Eso dije, y ella salió rumbo al chiquero y les untó a mis hombres un brebaje distinto. Enseguida perdieron la pelambre, el hocico y la cola, y recobraron su figura humana, aunque estaban más jóvenes y más altos que antes. Cuando me vieron, me reconocieron y me dieron la mano, agradecidos. Pronto en toda la casa resonaba un llanto conmovido, y hasta la misma Circe se apiadó, diciendo estas palabras:

• 90 •

Odiseo

"—Ingenioso Odiseo, de linaje divino, den tregua a sus pesares. Yo sé cuánto han sufrido en el mar y en la tierra. Pero ahora es momento de comer y beber y recobrar las fuerzas que tenían cuando partieron de sus casas, en Itaca.

"Así habló, y escuchamos su consejo. Pero, al cabo de un año, que pasamos de banquete en banquete, me llamaron aparte mis amigos y me dijeron esto:

"—Compañero, es momento de pensar en la patria, si acaso has de salvarte y volver con los tuyos.

"Así dijeron, y al ponerse el sol, subí al lecho de Circe y le rogué:

"—Circe, mi corazón está impaciente por retornar a casa, e iguales ansias sienten mis amigos. Es hora de que cumplas tu promesa de ayudarme a volver.

"Circe me respondió:

"—Ingenioso Odiseo, no permanezcan más en mi palacio si ya no lo desean. Pero antes de que vuelvas a tu casa, te espera un nuevo viaje: irás a la mansión de Hades⁷³ y Perséfone,⁷⁴ para pedirle oráculo⁷⁵ al alma de Tiresias,⁷⁶ el adivino ciego, que conserva su mente intacta todavía. Entre todos los muertos, solamente a él le concedió Perséfone razón e inteligencia. Los otros no son más que sombras pasajeras.

"Al oír sus palabras, mi corazón dio un vuelco. Rompí a llorar, y mi alma no quería vivir ni ver la luz del sol. Y cuando al fin las lágrimas cesaron, le dije estas palabras:

73 **Hades:** dios de los muertos, hermano de Zeus y Poseidón. Habita el mundo subterráneo, también llamado Hades, en el que reina junto con su esposa Perséfone.

74 **Perséfone:** hija de Zeus y Deméter, Perséfone fue raptada por Hades, su tío, mientras recogía flores en el campo. Su madre suplicó a Zeus que se la devolvieran, y este dispuso que la joven pasara mitad del año en el Hades y la otra mitad junto a su madre en el Olimpo.

75 **Oráculo:** mensaje profético inspirado por los dioses.

76 **Tiresias:** uno de los adivinos más famosos de la mitología griega. Fue cegado por Palas Atenea en castigo por haberla visto desnuda.

• 91 •



Homero

"—Circe, ¿quién va a guiarme en este viaje? Ningún hombre ha llegado hasta el Hades jamás en un negro navío.

"Me contestó la diosa:

"—Ingenioso Odiseo, no te preocupes más. No habrá necesidad de guía en este viaje. Tú despliega las velas de tu nave y siéntate en cubierta. El viento ha de llevarte a través del océano, hasta la playa donde crece el bosque tupido, propiedad de la diosa Perséfone, con sus árboles negros. Amarra allí tu nave y encamínate a la mansión de Hades. En el lugar en donde el Piriflegetón y el Cocito desaguan en el río Aqueronte,⁷⁷ hallarás una roca. Ve hasta allí, cava un hoyo y ofrece libaciones en honor de los muertos. Primero has de ofrecerles leche y miel, vino a continuación y finalmente agua. Espolvorea todo con harina y suplica a los muertos, prometiéndoles hacerles sacrificios cuando llegues a Ítaca, y también que a Tiresias le inmolarás aparte un buen carnero negro. Después presta atención a las aguas del río: por ellas observarás que vienen muchas almas de difuntos. Ordénales entonces a los tuyos que maten animales con la espada y que los quemem y supliquen a los dioses y a Hades y a Perséfone. Desenvaina la espada y no permitas que los muertos se acerquen a la sangre antes de interrogar al adivino. Cuando llegue Tiresias, te indicará el camino y la forma en que habrás de regresar a Ítaca, y cuánto tardarás.

"Así me dijo Circe, y pronto llegó Eos, la del trono de oro. Entonces fui a buscar a mis amigos que dormían. Pero tampoco pude regresar esta vez con la tripulación completa e íntegra. Elpénor, el más joven de mis hombres, había subido borracho a la terraza y se había quedado dormido. Cuando escuchó los ruidos que venían del palacio, trató de levantarse, pero se tropezó y se cayó del techo, se rompió las vértebras del cuello y su alma se hundió en la mansión de Hades.

⁷⁷ **Aqueronte:** río infernal que deben atravesar las almas en su ingreso al mundo de los muertos, con la ayuda del barquero Caronte.

Odiseo

"Antes de la partida, dije a mis compañeros:

"—Sin duda creerán que estamos yendo a casa, a la querida patria. Pues bien, Circe nos ha indicado que hemos de hacer un viaje a la mansión de Hades y Perséfone, a pedirle a Tiresias que nos dé su oráculo.

"Cuando les dije esto, rompieron a llorar y se tiraban del cabello. Pero con lamentarse no consiguieron nada. Afligidos, subimos a la nave. Circe se presentó y nos dejó un carnero y una oveja negros, y luego se alejó sin ser notada. ¿Quién puede ver a un dios si no quiere ser visto?"





Canto XI

En el Hades.

"Al llegar a la costa, echamos en el agua la negra embarcación, y tras izar el mástil desplegamos las velas. Cargamos el ganado, y por fin nos hicimos a la mar, con el alma angustiada y vertiendo muchas lágrimas. Impulsaba la nave una brisa propicia, enviada por Circe, la de las lindas trenzas, así que anduvimos a velas desplegadas durante todo el día, hasta que el sol se puso, y arribamos al confín del océano, de profunda corriente. Amarramos la nave y desde allí marchamos por la costa hasta el lugar que Circe nos había indicado.

"Entonces cavé un pozo con la espada y ofrecí libaciones a los muertos, con leche y miel primero, después con vino y al final con agua. Espolvoreé la harina, supliqué a los difuntos, y prometí que al regresar a Ítaca les sacrificaría la mejor vaca que poseyera en mis corrales y, en honor de Tiresias, un carnero negro. Acto seguido, degollé por encima del pozo las reses que habíamos traído en nuestra nave. Corrió la negra sangre y al instante vinieron desde el Erebo⁷⁸ las almas de los muertos: doncellas y muchachos fallecidos en la flor de la edad, ancianos agobiados por mil penas, y varones caídos en

78 **Erebo:** lugar infernal al que llegan las almas de los muertos.

Odiseo

combate, heridos por las lanzas, con la armadura toda ensangrentada. Se acercaban causando un gran estrépito, mientras daban aullidos terroríficos: al verlas, se adueñó de mi persona el pálido terror. Enseguida, exhorté a los compañeros a desollar las reses y a quemarlas de inmediato, en honor de Hades y Perséfone. Desenvainé la espada y me senté, para impedirles a las almas de los muertos que se acercaran a beber la sangre, antes de interrogar a Tiresias, el adivino ciego.

"La sombra que primero se acercó fue la de Elpénor, nuestro compañero, que yacía insepulto en la mansión de Circe. Al verlo, me cayeron unas lágrimas y le hablé de este modo:

"—¿Cómo has llegado, Elpénor, a esta tierra sombría? ¿Llegaste a pie, antes que nuestra nave?

"Y Elpénor suspiró, diciendo estas palabras:

"—¡Odiseo, hijo de Laertes, del linaje de Zeus! La saña de algún dios y el exceso de vino me han causado la ruina. Caí de una terraza del palacio de Circe; tras quebrármese el cuello, mi alma bajó al Hades. Pero sé que al regreso pasarás por Eea nuevamente: te suplico, Odiseo, que te acuerdes de mí y no dejes la isla sin llorarme ni darme sepultura. No sea que mi desgracia te atraiga a ti la cólera divina.

"Así me dijo él, y yo le prometí hacer lo que pedía.

"Vino después la sombra de mi madre, Anticlea, a la que dejé viva cuando partí hacia Troya. Cuando la vi, lloré copiosamente, pero me sobrepuse a mi congoja y le impedí acercarse hasta la sangre.

El oráculo de Tiresias.

"Por fin se acercó el alma de Tiresias, empuñando su cetro. Al verme, me habló así:

"—¡Odiseo, hijo de Laertes, del linaje de Zeus! ¡Ingenioso Odiseo! ¿Por qué has abandonado la dulce luz del sol y visitas la tierra de los muertos? Apártate del pozo y retira la espada, para que tras beber la negra sangre te pueda revelar lo que deseas saber.



Homero



Odiseo invoca el espíritu de Tiresias, que surge del mundo subterráneo.
Anfora del siglo IV a. C.

"Así lo hice yo, y el adivino bebió con fruición la negra sangre. Cuando hubo bebido, me dijo estas palabras:

"—Odiseo, tú buscas el regreso, pero un dios te lo impide: es Poseidón, que se irritó cuando cegaste al ciclope Polifemo, su hijo. Lo lograrás, tras soportar más penas, si logras contener te y contener a tu tripulación en la isla de Trinacria. Allí se encontrarán unos rebaños de vacas y de ovejas, cuyo dueño es el Sol, el que todo lo ve y todo lo escucha. Si se abstienen tus hombres de tocar el rebaño, llegarán a la patria; pero si le hacen daño, desde ahora te anuncio que perderás tu nave y a tus compañeros. Volverás a la patria en un barco extranjero, y allí te encontrarás con otra plaga en casa: unos hombres soberbios que se comen tu hacienda, pretenden a tu esposa y le ofrecen regalos. Al llegar vengarás sus insolencias, valiéndote de astucias o empuñando la espada. Cuando te hayas vengado, has de tomar un remo y te irás tierra adentro, donde viven los hombres que no saben lo que es el mar ni han visto nunca un barco, y que jamás probaron la comida con sal. Allí, cuando te salga al paso un caminante y te pregunte por el rastrillo que en el hombro cargas, clava el remo en la tierra y sacrifica tres animales al que mueve el suelo, Posidón soberano.

• 96 •

Odiseo

Luego vuelve a tu hogar y haz sacrificios para los otros dioses inmortales. Si cumples todas mis indicaciones, te llegará la muerte en la vejez, lejos del mar; y en Ítaca los ciudadanos vivirán felices. Todo lo que te he dicho es la verdad.

"Así dijo Tiresias, y yo le contesté:

"—¡Tiresias! Esas cosas las han dispuesto así los mismos dioses. Pero ahora respóndeme: allá está el alma de mi madre muerta, que se queda en silencio al lado de la sangre, negándose a mirar a su hijo de frente y a conversar con él. ¿Qué debo hacer para que me conozca?

"Me respondió Tiresias:

"—Es muy sencillo. Te lo explicaré: aquel de los difuntos a quien tú le permitas acercarse a la sangre conversará contigo y te dará noticias. Y a los que se la niegues, se alejarán sin más.

Odiseo habla con su madre.

"Diciendo estas palabras, y una vez concluidos sus oráculos, el alma de Tiresias volvió al Hades. Yo me quedé en silencio hasta que se acercó mi madre, que bebió la negra sangre. Me conocí inmediatamente y dijo, al tiempo que vertía muchas lágrimas:

"—¡Hijo mío! ¿Cómo llegaste aquí si todavía vives? ¿Regresas desde Troya, tras navegar sin rumbo durante mucho tiempo con tus compañeros? ¿Aún no llegaste a Ítaca ni viste a tu mujer en el palacio?

"Y yo le respondí de esta manera:

"—¡Madre mía! Fue la necesidad la que me trajo hasta el Hades, a consultar el alma del tebano Tiresias. La patria no la he visto desde que me embarqué, siguiendo a Agamenón, para luchar en Troya. Pero responde: ¿cómo te ha alcanzado la muerte? ¿Fue alguna enfermedad o las flechas de Artemis? Háblame de mi padre y de mi hijo, y dime si conservan mi dignidad real. Revélame también la voluntad y el pensamiento de mi esposa legítima: si vive con mi hijo y cuida bien mi casa, o si ya se casó con algún noble de Ítaca.

• 97 •



Homero

"Así dije, y mi madre respondió:

"—¡Hijo mío! Tu trono no lo ha ocupado nadie. Tu esposa continúa en el palacio, con ánimo paciente y angustiado. Telémaco se ocupa de tus bienes y asiste a los banquetes a los que es convidado. Tu padre permanece en el campo, sin bajar a la ciudad, y no acepta dormir en un cómodo lecho con abrigadas mantas, sino que las cenizas del hogar son su cama en invierno, y en el verano duerme sobre las hojas secas en el campo, afligido y llorándote, mientras le llega la vejez ingrata. En cuanto a mí, no fue una enfermedad ni las flechas de Ártemis lo que me trajo al Hades, sino la soledad que sentía sin ti, y el recuerdo de todos tus cuidados y la ternura con que me tratabas.

"Así dijo mi madre, y luego quise abrazarme a su alma. Tres veces me acerqué, puesto que así me lo pedía el ánimo; tres veces se escurrió de entre mis dedos, como se va volando una sombra o un sueño. Entonces se adueñó de mí un pesar muy hondo, que se iba acrecentando a cada instante. Le dije estas palabras:

"—¡Madre mía! ¿Por qué huyes de mí cuando intento abrazarte? ¿Eres un simulacro enviado por Perséfone para que se acrecienten mi llanto y mis lamentos?

"A lo que respondió:

"—¡Hijo mío! ¡Ay de mí! No te engaña Perséfone, sino que así les pasa a los mortales cuando les llega el trance de la muerte: los nervios ya no pueden sujetar los huesos ni la carne, y todo lo consume un fuego ardiente cuando la vida desampara al cuerpo: se va volando el alma, como un sueño. Ahora vuelve donde brilla el sol, para que un día puedas referirle a tu esposa lo que acabas de oír.

Otras almas.

"Me quedé viendo cómo se alejaba mi madre, y pronto comenzaron a acercarse otras almas de mujeres. Así fue que vi a Alcmena, la madre del gran Hércules; y Ariadna, que ayudó a Teseo a matar al

Odiseo

Minotauro. Vi a la hermosa Epicastro, que fue madre de Edipo, y pude ver y oír a numerosas almas de mujeres.

"Y cuando estas se fueron, se presentaron ante mí las almas de cuantos combatieron en Troya junto a mí. Primero apareció el glorioso Agamenón, a quien creía muerto en el océano, rota su embarcación por alguna tormenta. Pero él me relató su fatídica muerte, a manos de su esposa Clitemestra y de su amante Egisto. Después vino Patroclo y luego, Antíloco, y el gran Áyax tras ellos.

"Acto seguido, apareció la sombra del famoso héroe Aquiles, el de los pies veloces, que se acercó a beber la negra sangre. Cuando me conoció, me dijo estas palabras:

"—Ingenioso Odiseo, ¿qué estás tramando ahora? ¿Cómo te has atrevido a bajar hasta aquí, donde los muertos vagan como sombras?

"Así me dijo, y yo le respondí:

"—Aquiles, el mejor y el más valiente de todos los aqueos, he venido hasta aquí para hablar con Tiresias y que me dé su oráculo, pues no he vuelto a mi patria tras embarcar en Troya, y aún no se terminan mis trabajos. Tú fuiste más dichoso: los aqueos te honramos como a un dios, y aquí entre los difuntos sobresales también. No debes apenarte de estar muerto.

"Y él me respondió:

"—Odiseo, no intentes consolarme. Preferiría ser un labrador al servicio de un hombre miserable, que apenas puede mantener su hacienda, a mandar en el reino de los muertos. Pero dime qué ha sido de mi hijo, si se ha quedado en casa o acaso ha ido a la guerra, para ser el primero en la batalla. Y cuéntame también, si es que tienes noticias, de mi padre.

"A lo que contesté:

"—No he tenido noticias de Peleo, tu padre; pero sí puedo hablarte de tu hijo, Neoptólemo. Yo mismo lo llevé en mi cóncava nave desde Esciro hasta el campamento aqueo. En el consejo hablaba siempre antes que ninguno, y siempre con razón. Y no tenía rival en el combate.



Homero

"Así le dije, y su alma se fue por la pradera subterránea, feliz por lo que le había dicho de su hijo.

"Y luego vi al rey Minos, que juzga entre los muertos, quienes en su presencia le exponen sus historias. Y vi al gigante Orión, que sigue persiguiendo con su maza de bronce los animales que mató en su vida. Y vi también a Ticio, el hijo de la Tierra, acostado en el suelo: dos buitres le roían el hígado sin que él pudiera defenderse. Y vi después a Tántalo, el cual crueles tormentos padecía, sumergido en un lago cuya agua le llegaba al mentón: cada vez que el anciano intentaba beber, las aguas se esfumaban, absorbidas por la tierra; colgaban sobre él las frutas de altos árboles, y cuando alzaba el brazo para agarrar alguna, se las llevaba el viento a las sombrías nubes. Vi de igual modo a Sísifo, que soportaba una labor muy dura, empujando una piedra con las manos, intentando llevarla hasta la cima de un monte; sin embargo, cuando ya estaba cerca de la cumbre, una fuerza irresistible volvía a empujar la roca cuesta abajo; y nuevamente Sísifo emprendía la tarea, y el sudor le corría por el cuerpo y sobre su cabeza se levantaba el polvo. Y vi al fornido Heracles,⁷⁹ mejor dicho, su imagen, porque él está junto a los dioses, comparte sus banquetes y tiene como esposa a Hebe, de hermosos pies. Cuando me vio, me conoció enseguida y me habló de este modo:

"—¡Ingenioso Odiseo, hijo de Laertes, del linaje de Zeus! Sin duda te persigue algún hado funesto, como el que yo sufría mientras estaba vivo. Aunque era hijo de Zeus, tuve que padecer males sin cuenta, puesto que estaba sometido a un hombre muy inferior⁸⁰ que me ordenó trabajos penosos. Una vez me envió a estos parajes para

79 **Heracles:** también llamado Hércules, es el héroe por antonomasia. Hijo de Zeus y la mortal Alcmena, participó en infinitas aventuras, entre ellas la de los Doce Trabajos que le impuso su primo Euristeo, que le dieron gloria eterna. A su muerte fue convertido en un dios.

80 **Un hombre muy inferior:** se refiere a Euristeo, que es un hombre cobardo, feo e indigno de su posición de poder. Debido al odio que le tenía a Heracles, le impuso los famosos trabajos.

Odiseo

que me llevara al Cancerbero,⁸¹ creyendo que no habría trabajo más difícil para mí; y yo me lo llevé y lo saqué del Hades, con la ayuda de Hermes y Palas Atenea, la de los ojos glaucos.

"Así me dijo y luego volvió a hundirse en el Hades. Y yo habría conocido a los hombres antiguos, a quienes quería ver, a Teseo⁸² y Pirítoos,⁸³ si una turba de muertos no se hubiera congregado con griterío inmenso. El pálido terror se apoderó de mí, temiendo que Perséfone me enviase del Hades la cabeza de la horrible Gorgona.⁸⁴

"Volví enseguida al barco junto a mis compañeros, y soltamos amarras. Presurosos, mis hombres batieron el oleaje con los remos, y partimos de allí, con la ayuda de un viento favorable."



81 **Cancerbero:** monstruo horrible, pero de tres cabezas que custodia la entrada del Hades. Uno de los trabajos de Heracles consistió en sacarlo del Hades y llevarlo a la Tierra sin utilizar sus armas. Heracles cumplió con esto pero Euristeo se asustó tanto que ordenó devolver el monstruo a las tinieblas.

82 **Teseo:** hijo de Egeo y Etra, Teseo es uno de los héroes que participaron en la conquista del Vello de Oro. También mató al Minotauro con la ayuda de la hermana de este, Ariadna.

83 **Pirítoos:** amigo de Teseo, quiso raptar a Perséfone junto con este. Ambos pudieron llegar al Hades, pero quedaron prisioneros allí hasta que Heracles liberó a Teseo.

84 **Gorgona:** también llamada Medusa, es un monstruo cuya cabeza está poblada de serpientes. Su mirada es letal: no solo causa horror y espanto, sino que además quien la mira queda petrificado. Cuida que no se escapen las almas del Hades.



Odiseo

Canto XII

De regreso en la isla de Eea.

"Al regresar a Eea, no bien surgió la hija de la mañana, Eos, envié algunos hombres al palacio de Circe, para que recobraran el cadáver de Elpénor. Luego cortamos troncos y le hicimos una pira en la orilla. Y una vez que quemamos el cadáver y las armas del muerto, le erigimos un túmulo y clavamos el remo sobre él.

"En eso vino Circe, seguida de sus criadas, trayendo pan y carne y rojo vino. Comimos y bebimos todo el día, y cuando el sol se puso los demás se acostaron junto al barco. Pero a mi Circe me llevó del brazo a un lugar apartado, para que le contara todo lo sucedido. Y cuando hube terminado, me dijo estas palabras:

"—Ya ves que se ha cumplido todo lo que te dije. Ahora recuerda bien lo que voy a decirte. Cuando partas de aquí, primero encontrarás a las sirenas,⁸⁵ que hechizan a los hombres con su canto. Quien se acerca a escucharlas ya nunca vuelve a ver a su esposa ni disfruta a sus pequeños hijos jugando alrededor, celebrando felices el regreso del padre, puesto que las sirenas, sentadas en un prado junto a un montón de huesos

⁸⁵ **Sirenas:** criaturas marítimas mitológicas, mitad ave y mitad mujer. Con su hermoso canto atraen a los marineros, a quienes devoran una vez que los tienen cerca.

* 102 *

humanos putrefactos, lo atraen con su canto irresistible hacia los afilados peñascos de la costa. Tú pasarás de largo, y tatarás con cera los oídos de los tuyos. Sin embargo, si quieres deleitarte con su canto, hazte atar de pies y manos al mástil de tu nave. Cuando haya pasado este peligro, ya no puedo decirte qué camino escoger. Ante ti se presentan dos posibilidades: la primera es un estrecho que los dioses llaman Rocas Erráticas. Se trata de unas rocas prominentes, por donde los navíos no pasan sin peligro; ni siquiera las tímidas palomas que llevan la ambrosia al padre Zeus logran salir airosas, pues las rocas a veces arrebatan alguna. Solo la nave Argo,⁸⁶ por todos conocida, logró sortear con éxito este imponente escollo, y eso fue porque Hera⁸⁷ quería bien a Jasón. Por el otro camino, se alzan dos promontorios enfrentados. En uno habita Escila y en el otro, Caribdis. Para escapar de alguno de estos monstruos hay que acercarse al otro. Escila tiene doce pies deformes y seis cuellos larguísimo, y en cada uno de ellos, una horrible cabeza, en cuya boca hay tres filas de dientes filosos y apretados. Caribdis vive enfrente, sobre las turbias aguas; una higuera silvestre la oculta de la vista. Tres veces cada día sorbe agua y tres veces la vomita horriblemente. No te encuentres allí cuando la sorbe, porque, si eso ocurre, ni Poseidón habría de salvarte. Por el contrario, debes acercarte a la cueva en donde vive Escila, y procurar que tu navío pase lo más rápidamente que le sea posible. Pues es mejor que extrañes a seis de tus amigos que a todos ellos. Luego llegarás a la isla de Trinacria, donde pastan las vacas y ovejas del Sol, que nunca tienen cría, pero que nunca mueren. Si los tuyos no tocan el rebaño, regresarán a Ítaca; pero si le provocan algún daño, se perderá la nave con su tripulación, y si logras salvarte, volverás a tu patria después de mucho tiempo.

"Así me dijo Circe, y pronto surgió Eos, la del trono dorado.

⁸⁶ **Argo:** famosa nave mítica en la que viajaron los héroes que acompañaron a Jasón en busca del Vello de Oro.

⁸⁷ **Hera:** hija de Crono y Rea, hermana y esposa de Zeus. Es la más importante de las diosas olímpicas. Se enoja con facilidad, sobre todo con Zeus, y es muy vengativa con las amantes de su marido.

* 103 *



Homero

Las sirenas.

"De regreso en la nave, les ordené a los míos que subieran y soltaran amarras. Enseguida zarpamos, y batieron las olas con los remos. Nos conducía un viento favorable, enviado por Circe. Les expliqué a mis hombres lo que me había aconsejado Circe. Mientras nos acercábamos a la isla de las sirenas, tomé un pan de cera, corté pequeños trozos, los ablandé en mis manos y tapé los oídos de la tripulación. Ellos me ataron a su vez al mástil con firmes ligaduras, y luego se sentaron para seguir remando.

"No tardaron mucho las sirenas en percibir que nos aproximábamos, y pronto se pusieron a cantar:

"—¡Odiseo famoso, gloria de los aqueos, ven aquí! Acércate y detén la marcha de tu nave para que escuches nuestra bella voz. Nadie ha pasado por aquí en su nave sin escuchar la suave voz que fluye de nuestra boca, sino que se marchan tras recrearse en ella y aprender muchas cosas: pues sabemos lo mucho que han sufrido aqueos y troyanos por voluntad divina, y también conocemos cualquier cosa que ocurre sobre la fértil tierra.



Odiseo y las sirenas. Mosaico del siglo II.

• 104 •

Odiseo

"Así decían con su hermosa voz, y en mi alma yo anhelaba continuar escuchándolas. Llegué incluso a gritarles a los míos que me dejaran libre, pero no me escucharon. Luego les hice señas con las cejas, pero ellos se encontraban concentrados remando; yo les había advertido que no me hicieran caso aunque les suplicara.

Escila y Caribdis.

"Una vez que dejamos atrás a las sirenas, mis leales compañeros se quitaron la cera que tapaba sus oídos y soltaron los nudos que me sujetaban. Poco después, noté delante de nosotros el vapor de unas olas gigantescas y llegó a mis oídos un ruido atronador. El miedo se adueñó de mi tripulación y los remos cayeron de sus manos. La nave se detuvo. Entonces, exhorté así a mis compañeros:

"—¡Amigos! Ya sabemos lo que es sufrir desgracias. Esta amenaza no es peor que el ciclope. De él nos escapamos también por mi valor, decisión y prudencia, como no dudo que recordarán. Hagan lo que les digo: permanezcan sentados en los bancos y batan con los remos el oleaje del mar, por si Zeus quisiera concedernos escapar de la ruina. Y a ti, piloto, yo te ordeno esto: aparta nuestra nave del vapor y las olas, y procura acercarla a aquel escollo.

"Así dije y los hombres pronto me obedecieron. No les hablé de Escila, sin embargo: me había decidido por el mal menor, evitando la ruta de las Rocas Erráticas, y manteniendo nuestra embarcación lo más lejos posible de Caribdis. Cruzamos el estrecho entre lamentos: de un lado estaba Escila y del otro, Caribdis, sorbiendo enormes cantidades de agua y arrojándolas luego con violencia por sus horribles fauces. El pálido terror se apoderó de todos, y mientras nuestros ojos se posaban en Caribdis, nos atacaba Escila por el otro costado.

"El monstruo arrebató con sus seis bocas al mismo número de compañeros, que aullaban de agonía y extendían los brazos, suplicantes, mientras los devoraba la infausta criatura. De los horrores que sufrí en el mar, aquel fue el más penoso.

• 105 •



Homero



Escila arrebató a los hombres del barco de Odiseo.
Cuenco de bronce romano del siglo I.

Los rebaños del Sol.

"Cuando al fin escapamos de Caribdis y Escila, llegamos a Trinacria, la hermosa isla del Sol, donde pastaban muchas vacas y ovejas gordas. Recordé los presagios de Tiresias y Circe y les dije a mis hombres:

"—Compañeros, escuchen mis palabras. Tiresias el tebano y Circe me han predicho que debía evitar a toda costa la isla de Trinacria, que alegra a los mortales, puesto que nos esperan allí grandes desgracias.

"Así les dije, y todos se sintieron molestos. Y Euriloco, que al llegar a la isla de la hechicera Circe había hecho gala de proverbial prudencia, me espetó, fastidiado, estas palabras:

"—¡Eres cruel, Odiseo! Eres muy vigoroso y tu cuerpo no se cansa. Seguramente eres de hierro, puesto que no permites que los tuyos, fatigados, amarremos la nave en esta isla y tomemos la cena y durmamos aquí. Al alba nos pondremos en marcha una vez más.

• 106 •

Odiseo

"Los demás apoyaron la moción. Entonces comprendí que algún dios tramaba una desgracia contra nosotros, y le hablé de esta forma:

"—Euriloco, soy uno contra todos ustedes. Pero proméтанme esto: si nos topamos con una manada de vacas o de ovejas, ninguno matará, cediendo a la locura, ni una vaca tan solo, ni una oveja, sino que comerán lo que Circe nos dio.

"Así le dije, y ellos prestaron juramento de que lo harían así.

"Atracamos la nave y bajamos a la isla. Mis hombres prepararon la comida, y después de comer y de beber, lloraron recordando a los que habían muerto en las fauces de Escila. Luego el sueño se apoderó de ellos. Durante todo un mes sopló sin pausa el Noto, y no nos fue posible emprender el regreso. Mientras hubo comida y rojo vino, mis hombres se abstuvieron de tocar los rebaños del Sol. Agotados los víveres, fabricaron anzuelos e intentaron pescar o cazar pájaros, puesto que el hambre nos atormentaba. Yo me interné en la isla, para orar a los dioses y ver si alguno de ellos me mostraba el camino de regreso a la patria. Me alejé de los míos y me lavé las manos y les rogué a los dioses del Olimpo, los cuales derramaron sobre mis párpados el dulce sueño. Y mientras yo dormía, así exhortaba Euriloco a los otros:

"—Compañeros, escuchen mis palabras. Cualquier clase de muerte es odiosa a los hombres, pero morir de hambre es la forma más misera de cumplir el destino que tenemos fijado. Tomemos, pues, a las mejores vacas del rebaño del Sol y hagamos sacrificios en honor de los dioses que habitan en el cielo. Si nos es concedido regresar a la patria, construiremos para el Sol un templo ricamente labrado. Y si, irritado por sus vacas, quiere el hijo de Hiperión destruir nuestra nave y así lo aprueban los restantes dioses, preferiría morir tragando el agua de las olas a consumirme lentamente aquí.

"Así les dijo Euriloco, y los otros se mostraron de acuerdo. De modo que eligieron las mejores vacas, elevaron las súplicas, degollaron las reses, las trozaron y las pusieron en los asadores.

• 107 •



PRIMERA PARTE

Capítulo I

Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se horaba con su vellori de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de «Quijada», o «Quesada», que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verisímiles se deja entender que se llamaba «Quijana». Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso -que eran los más del año-, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y, de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: «La razón de la simazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura». Y también cuando leía: «Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza...»

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianis daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y darle fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaban. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar -que era hombre docto, graduado en Cigüenza- sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo, que

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUI- XOTE DE LA MANCHA,

*Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.*

DIRIGIDO AL DVQUE DE BETAIR;
Marques de Gibraltor, Conde de Benalcazar, y Raña-
res, Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burguillos.



Año,

1605.

CON PRIVILEGIO,
EN MADRID, Por Juan de la Cuesta.

Vradesc en casa de Francisco de Robles, Libro del Rey año 1605.



no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Rolán, el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando alógó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldo de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en alfende robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galán, al ama que tenía, y aun a su sobrina de añadidura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa a poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada que, encajada con el morrión, hacían una apriencia de celada entera. Es verdad que, para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, que «tantum pellis et ossa fuit», le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque - según se decía él a sí mismo - no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así procuraba acomodárselo, de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mandando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estuendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar «Rocinante», nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérselo a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar «don Quijote»; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que sin duda se debía de llamar «Quijada», y no «Quesada», como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse «Amadís» a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó «Amadís de Gaula», así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse «don Quijote de la Mancha», con que a su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmando a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él:

-Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarte presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: «Yo, señora, soy el gigante Caraculambro, señor de la insula Maludramia, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante?»

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni le dio cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla «Dulcinea del Toboso» porque era natural del Toboso: nombre, a su parecer, másico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.



Capítulo II

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote.

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que emendar y abusos que mejorar y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vio en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero y que, conforme a ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero, y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas, pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse amar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armario; y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo:

-¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel».

Y era la verdad que por él caminaba. Y añadió diciendo:

-Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! Ruegote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.

Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado:

-¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes hecho en despedirme y reprocharme con el rigoroso fucamiento de mandarme no parecer ante la vuestra

fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece.

Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera.

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento, pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha es que él anduvo todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre, y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio, no lejos del camino por donde iba, una venta, que fue como si viera una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba. Diose prisa a caminar y llegó a ella a tiempo que anochecía.

Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada; y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de lucente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vio que se tardaban y que Rocinante se daba prisa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta y vio a las dos distraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastros una manada de puercos (que sin perdón así se llaman) tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida; y, así, con extraño contento llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta; pero don Quijote, coligiendo por su lunda su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo:

-Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguasado alguno, ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe hacerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Mirábanle las mozas y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa y fue de manera que don Quijote vino a correrse y a decirles:

-Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante, que el mio non es de il que de serviros.

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal tallo de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de



armas tan designales como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar a las doncellas en las maestras de su contento. Mas, en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente y, así, le dijo:

-Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho, porque en esta venta no hay ninguno, todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza, que tal le pareció a él el ventero y la venta, respondió:

-Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque «mis arreos son las armas, mi descanso el pelear», etc.

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiantado paje y, así, le respondió:

-Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar; y siendo así bien se puede aguar, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y diciendo esto fue a tener el estribo a don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado.

Dijo luego al huésped que leoviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y, acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él; las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los nudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera y, así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

-«Nunca fuera caballero de
damas tan bien servido
como fuera don Quijote
cuando de su alden vino:
doncellas curaban del;
princesas, del su rocino».

o Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que, puesto que no quisiera descubrirme lista que las fazañas hechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; solo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

-Cualquiera yantaría yo -respondió don Quijote-, porque, a lo que entiendo, me haría mucho al caso.

A dicha, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela, que no había otro pescado que dalle a comer.

-Como haya muchas truchuelas -respondió don Quijote-, podrán servir de una trucha, porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos que en una pieza de a ocho. Quanto más, que podría ser que fuesen estas truchuelas como la temera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero, sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

Puséronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trájole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao y un pan tan negro y magriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y, así, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y, puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo y que le servían con música y que el abadejo eran truchas, el pan candelal y las ramerías damas y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.



Capítulo III

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero.

Y, así, fatigado deste pensamiento, abrevió su ventrilo y limitada cena; la cual acabada, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

-No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, hasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y portaba con él que se levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

-No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío -respondió don Quijote-, y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes faenas es inclinado.

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos hurtos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones y, por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y, así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía y que tal propuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que él asimismo, en los años de su inocencia, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Ritrán, Campús de Sevilla, Azognejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Petro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos tueros, recuando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que, a lo último, se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él a todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condición que fuesen, solo por la mucha afición que les tenía y porque partiesen con él de sus haberes, en pago de su buen deseo.

Dijole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo, pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar dondequiera y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo.

Preguntóle si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba, que, puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido a los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse como

eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron, y, así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o eramo con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido; mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran liras y ungüentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos -que eran pocas y raras veces-, ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, a las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia, porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo, pues aun se lo podía mandar como a su ahijado, que tan presto lo había de ser, que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase.

Prometióle don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad; y, así, se dio luego orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba, y recogióndolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba y, embrazando su adarga, así de su lanza y con gentil continente, se comenzó a pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballería que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura y fuéronse a mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademán unas veces se paseaba; otras, arrojado a su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua, y fue menester quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo:

-¡Oh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada! Mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.

No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes, trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo y, puesto el pensamiento -a lo que pareció- en su señora Dulcinea, dijo:

-¡Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo.

Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan maltrecho, que, si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado -porque aún estaba aturrido el arriero-, llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos y, llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza y, sin hacerla pedazos, hizo más



de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, empujó su adarga y, puesta mano a su espada, dijo:

-¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! Ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que tanta aventura está atendiendo.

Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga y no se osaba apartar de la pila, por no desarmar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase a todos. También don Quijote les daba, mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros; y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera a entender su alevosía:

-Pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasia.

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos y tomó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese. Y, así, llegándose a él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna, pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Dijo como ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria, que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer, y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, que él estaba allí pronto para obedecerle y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese, porque, si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría.

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y, leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le cíniese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fue menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenía la risa a raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora:

-Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la hora que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya, y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese don y se llamase «doña Tolosa». Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera y que era hija de un honrado molinero de Antequera; a la cual también rogó don Quijote que se pusiese don y se llamase «doña Molinera», ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras, y, ensillado luego a Rocinante, subió en él y, abrazando a su huésped, le dijo cosas tan estruñas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas y, sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buena hora.



Capítulo IV

De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta.

La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole a la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver a su casa y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir a un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para el oficio escudero de la caballería. Con este pensamiento guió a Rocinante hacia su aldea, el cual, casi conociendo la querenza, con tanta gana comenzó a caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había andado mucho cuando le pareció que a su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba, y apenas las hubo oído, cuando dijo:

-Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante donde yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces, sin duda, son de algún menesteroso o menesterosa que ha menester mi favor y ayuda.

Y, volviendo las riendas, encaminó a Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían, y, a pocos pasos que entró por el bosque, vio atada una yegua a una encina, y atado en otra a un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen tallo, y cada azote le acompañaba con una reprehensión y consejo. Porque decía:

-La lengua queda y los ojos listos.

Y el muchacho respondía:

-No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hilo.

Y viendo don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo:

-Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza -que también tenía una lanza arrimada a la encina adonde estaba atendida la yegua-, que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.

El labrador, que vio sobre sí aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro, tuvo por muerto, y con buenas palabras respondió:

-Señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado, que cada día me falta una; y porque castigo su descuido, o bellaquería, dice que lo hago de miserable, por no pagarme la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente.

-¿«Mientes» delante de mí, ruin villano? -dijo don Quijote- Por el sol que nos alumbrá, que estoy por pasáros de parte a parte con esta lanza. Pagadle luego sin más réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto. Desatadlo luego.

El labrador bajó la cabeza y, sin responder palabra, desató a su criado, al cual preguntó don Quijote que cuánto le debía su amo. Él dijo que nueve meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quijote y halló que montaban setenta y tres reales, y dijo al labrador que al momento los desembolsase, si no quería morir por ello. Respondió el medroso villano que para el paso en que estaba y juramento que había hecho -y aún no había jurado nada-, que no eran tantos, porque se le habían de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le había dado, y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo.

-Bien está todo eso -replicó don Quijote-, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado, que, si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habéis roto el de su cuerpo, y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado; así que por esta parte no os debe nada.

-El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo a mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.

-¿Irme yo con él? -dijo el muchacho-. Mas ¿un año! No, señor, ni por pienso, porque en viéndose solo me desnulle como a un San Bartolomé.

-No hará tal -replicó don Quijote- basta que yo se lo mande para que me tenga respeto; y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre y asegurará la paga.

-Mire vuestra merced, señor, lo que dice -dijo el muchacho-, que este mi amo no es caballero, ni ha recibido orden de caballería alguna, que es Juan Haldado el rico, el vecino del Quintanar.

-¿Importa poco eso -respondió don Quijote-, que Haldados puede haber caballeros; cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras.

-Así es verdad -dijo Andrés-, pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo?

-No niego, hermano Andrés -respondió el labrador-, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo de pagaros, como tengo dicho, un real sobre otro, y aun salmudados.

-Del salmudero os hago gracia -dijo don Quijote- dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado: si no, por el mismo juramento os juro de volver a buscáros y a castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondáis más que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado a cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y surazones, y a Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena pronunciada.

Y, en diciendo esto, picó a su Rocinante y en breve espacio se apartó dellos. Significó el labrador con los ojos, cuando vio que había traspuesto del bosque y que ya no parecía, volvióse a su criado



Andrés y díjole:

-Venid acá, hijo mío, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel desfacedor de agravios me dejó mandado.

-Eso juro yo -dijo Andrés-, y cómo que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que, según es de valeroso y de buen juez, vive Roque que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo!

-También lo juro yo -dijo el labrador-, pero, por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga.

Y, asióndole del brazo, le tornó a atar a la encina, donde le dio tantos azotes, que le dejó por muerto.

Capítulo V

Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero.

Viendo, pues, que, en efeto, no podía menearse, acordó de acogerse a su ordinario remedio, que era pensar en algún paso de sus libros, y trijole su locura a la memoria aquel de Valdovinos y del marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña, historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y muy creída de los viejos, y, con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció a él que le venía de molde para el paso en que se hallaba, y así, con tristezas de grande sentimiento, se comenzó a volcar por la tierra y a decir con debilitado aliento lo mesmo que dicen decía el herido caballero del bosque:

-¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal.

Y desta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

-¡Oh noble marqués de Mantua,
mi tío y señor carnal!

Y quiso la suerte que, cuando llegó a este verso, acertó a pasar por allí un labrador de su mesmo lugar y vecino suyo, que venía de llevar una carga de trigo al molino; el cual, viendo aquel hombre allí tendido, se llegó a él y le preguntó que quién era y qué mal sentía, que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó sin duda que aquel era el marqués de Mantua, su tío, y, así, no le respondió otra cosa sino fue proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la mesma manera que el romance lo canta.

El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos, de los palos, le limpió el rostro, que le tenía cubierto de polvo; y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció y le dijo:

-Señor Quijana -que así se debía de llamar cuando él tenía juicio y no había pasado de hidalgo sosegado a caballero andante-, ¿quién ha puesto a vuestra merced desta suerte?

Pero él seguía con su romance a cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenía alguna herida, pero no vio sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo, bien pensativo de oír los disparates que don Quijote decía; y no menos iba don Quijote, que, de puro molido y quebrantado, no se podía tener sobre el berrico y de cuando en cuando daba unos suspiros, que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó a que el labrador le preguntase le dijese qué mal sentía; y no parece sino que el diablo le traía a la memoria los cuentos acomodados a sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del micro Abindarriéz, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo a su alcázar. De suerte que, cuando el labrador le volvió a preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mesmas



palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él había leído la historia en La Diana de Jorge de Montemayor, donde se escribe; agrovechándose della tan a propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oír tanta máquina de necedades; por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábale prisa a llegar al pueblo por excusar el enfado que don Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo cual dijo:

-Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, vean si verán en el mundo.

A esto respondió el labrador:

-Mire vuestra merced, señor, pecador de mí, que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana.

-Yo sé quién soy -respondió don Quijote-, y sé que puedo ser, no solo los que he dicho, sino todos los Doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las lazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías.

En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar, a la hora que anohecía, pero el labrador aguardó a que fuese algo más noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegó, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en la casa de don Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quijote, que estaba diciéndoles su ama a voces:

-¿Qué le parece a vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez -que así se llamaba el cura-, de la desgracia de mi señor? Tres días ha que no parecen él, ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí!, que me doy a entender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante e irse a buscar las aventuras por esos mundos. Encorrendados sean a Satán y a Barrabás tales libros, que así han echado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha.

La sobrina decía lo mismo, y aun decía más:

-Sepa, señor maese Nicolás (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció a mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y ponía mano a la espada, y andaba a cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que los remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes.

-Esto digo yo también -dijo el cura-, y a fee que no se pase el día de mañana sin que dellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasión a quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.

Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino y, así, comenzó a decir a voces:

-Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor marqués de Mantua, que viene malferido, y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera.

A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos a su amigo, las otras a su amo y tío, que aún no se había apeado del jumento, porque no podía, corrieron a abrazarle. Él dijo:

-Ténganse todos, que vengo malferido, por la culpa de mi caballo. Llévenme a mi lecho, y llámese, si fuere posible, a la sabia Urganda, que cure y cote de mis heridas.

-¡Mirá, en hora maza -dijo a este punto el ama-, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora, que, sin que venga esa burgada, le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado a vuestra merced!

Llevaronle luego a la cama, y, catándole las heridas, no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante, su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los más desaforados y atrevidos que se pudiesen fallar en gran parte de la tierra.

-¿Ta, ta! -dijo el cura-. ¡Jayanes hay en la danza? Para mi santiguada que yo los quemé mañana antes que llegue la noche.

Hicieronle a don Quijote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Hizose así, y el cura se informó muy a la larga del labrador del modo que había hallado a don Quijote. Él se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle había dicho, que fue poner más deseo en el licenciado de hacer lo que otro día hizo, que fue llamar a su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino a casa de don Quijote.



Capítulo VI

Del denoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El cual aún todavía dormía. Pidió las llaves a la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y, así como el ama los vio, volvióse a salir del aposento con gran prisa, y tomó luego con una escudilla de agua bendita y un lasopo, y dijo:

-Tome vuestra merced, señor licenciado; rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar echándolos del mundo.

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

-No -dijo la sobrina-, no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojillos por las ventanas al patio y hacer un riuero dellos y pegarles fuego, y, si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el linaje.

Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dio en las manos fue Los cuatro de Amadis de Gaula, y dijo el cura:

-Parece cosa de misterio esta, porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste; y, así, me parece que, como a dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego.

-No, señor -dijo el barbero-, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como a único en su arte, se debe perdonar.

-Así es verdad -dijo el cura-, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto a él.

-Es -dijo el barbero- Las sergas de Esplandián, hijo legítimo de Amadis de Gaula.

-Pues en verdad -dijo el cura- que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.

Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fue volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

-Adelante -dijo el cura.

-Este que viene -dijo el barbero- es Amadis de Grecia, y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mismo linaje de Amadis.

-Pues vayan todos al corral -dijo el cura-, que a trueco de quemar a la reina Pintiquinestra, y al pastor Darinel, y a sus églogas, y a las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemaré con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

-De ese parecer soy yo -dijo el barbero.

-Y aun yo -añadió la sobrina.

-Pues así es -dijo el ama-, vengán, y al corral con ellos.

Diéronselos, que eran muchos, y ella aborrió la escalera y dio con ellos por la ventana abajo.

-¿Quién es ese tonel? -dijo el cura.

-Este es -respondió el barbero- Don Olivante de Laura.

-El autor de ese libro -dijo el cura- fue el mismo que compuso a Jardín de flores, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero o, por decir mejor, menos mentiroso; solo sé decir que este irá al corral, por disparatado y arrogante.

-Este que se sigue es Florismarte de Hircania -dijo el barbero.

-¿Ahí está el señor Florismarte? -replicó el cura-. Pues a fe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él, y con esotro, señora ama.

-Que me place, señor mío -respondía ella; y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

-Este es El caballero Platir -dijo el barbero.

-Antiguo libro es ese -dijo el cura-, y no hallo en él cosa que merezca venia. Acompañe a los demás sin réplica.

Y así fue hecho. Abrióse otro libro y vieron que tenía por título El caballero de la Cruz.

-Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas también se mele decir «tras la cruz está el diablo». Vaya al fuego.

Tomando el barbero otro libro, dijo:

-Este es Espejo de caballerías.

-Ya conozco a su merced -dijo el cura-. Ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los Duce Pares, con el verdadero historiador Turpín, y en verdad que estoy por condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejió su tela el cristiano



poeta Ludovico Ariosto; al cual, si aquí le halló, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno, pero, si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

-Pues yo le tengo en italiano -dijo el barbero-, mas no le entiendo.

-Ni aun fuera bien que vos le entendierades -respondió el cura-, y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído a España y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que tuestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efeto, que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se ven lo que se ha de hacer dellos, ecetando a un Bernardo del Carpio que anda por ahí, y a otro llamado Roncevalles; que estos, en llegando a mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego, sin remisión alguna.

Todo lo confirmó el barbero y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vio que era Palmerín de Oliva, y junto a él estaba otro que se llamaba Palmerín de Inglaterra; lo cual visto por el licenciado, dijo:

Capítulo VII

De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha.

Estando en esto, comenzó a dar voces don Quijote, diciendo:

-¡Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo!

Por acudir a este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban, y así se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oídos, La Carolea y León de España, con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis de Avila, que sin duda debían de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera no pasaran por tan rigurosa sentencia.

Cuando llegaron a don Quijote, ya él estaba levantado de la cama y proseguía en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reverses a todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho, y después que hubo sosegado un poco, volviéndose a hablar con el cura le dijo:

-Por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos Doce Pares dejar tan sin más ni más llevar la vitoria deste torneo a los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres días antecedentes.

-Calle vuestra merced, señor compadre -dijo el cura-, que Dios será servido que la suerte se mude y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced a su salud por agora, que me parece que debe de estar demasadamente cansado, si ya no es que está malferido.

-Ferido, no -dijo don Quijote-, pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido a palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaría yo Reinaldo de Montalbán, si en levantándose deste lecho no me lo pagare, a pesar de todos sus encantamientos; y por agora trágame de yantar, que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo del vengarme a mi cargo.

Hicieronlo así: diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos, admirados de su locura.

Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador, y así se cumplió el refrán en ellos de que pagan a las veces justos por pecadores.

Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo fue que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase -quizá quitando la causa cesaría el efeto-, y que dijessen que un encantador se los había llevado, y el aposento y todo; y así fue hecho con mucha presteza. De allí a dos días, se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fue ir a ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvió los ojos por todo, sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza



preguntó a su ama que hacía qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo:

-¿Qué aposento o qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

-No era diablo -replicó la sobrina-, sino un encantador que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió, y, apeinándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que a cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos a mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno: solo se nos acuerda muy bien a mí y al ama que al tiempo del partirse aquel mal viejo dijo en altas voces que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería. Dijo también que se llamaba «el sabio Muñatón».

-«Frestón» diría -dijo don Quijote.

-No sé -respondió el ama- si se llamaba «Frestón» o «Fritón», solo sé que acabó en tón su nombre.

-Así es -dijo don Quijote-, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

-¿Quién duda de eso? -dijo la sobrina-. Pero ¿quién le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?

-¡Oh sobrina mía -respondió don Quijote-, y cuán mal que estás en la cuenta! Primero que a mí me tresquilen tendré peladas y quitadas las barbas a cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.

No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera.

En, pues, el caso que él estuvo quince días en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos; en los cuales días pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que él decía que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecía y otras concedía, porque si no guardaba este artificio no había poder averiguarse con él.

En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien -si es que este título se puede dar al que es pobre-, pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase, en quitarme allá esas pajas, alguna insula, y le dejase a él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer y hijos y asentó por escudero de su vecino.

Dio luego don Quijote orden en buscar dineros, y, vendiendo una cosa y empeñando otra y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela que pidió prestada a un su amigo y, pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó a su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester. Sobre todo, le encargó que llevase alforjas. Él dijo que si llevaría y que asimismo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba duecho a andar mucho a pie. En lo del asno reparó un poco don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero asnalmente, pero nunca le vino alguno a la memoria; mas, con todo esto, determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado; todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la insula que su amo le había prometido. Acertó don Quijote a tomar la misma derrota y camino que el que él había tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del sol no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza a su amo:

-Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la insula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar, por grande que sea.

A lo cual le respondió don Quijote:

-Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos de las insulas o reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarme en ella: porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban a que sus escuderos fuesen viejos, y, ya después de hurtos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de conde, o por lo mucho de marqués, de algún valle o provincia de poco más a menos; pero si tú vives y yo vivo bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros a él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas y casos acontecen a los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aun más de lo que te prometo.

-De esa manera -respondió Sancho Panza-, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutiérrez, mi oislo, vendría a ser reina, y mis hijos infantes.

-Pues ¿quién lo dará? -respondió don Quijote.

-Yo lo dado -replicó Sancho Panza-, porque tengo para mí que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina, condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.



-Encomiéndalo tú a Dios, Sancho -respondió don Quijote-, que Él dará lo que más le convenga;
pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado.

-No haré, señor mío -respondió Sancho-, y más temiendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

Capítulo VIII

Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

-La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

-¿Qué gigantes? -dijo Sancho Panza.

-Aquellos que allí ves -respondió su amo-, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

-Mire vuestra merced -respondió Sancho- que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

-Bien parece -respondió don Quijote- que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo quítate de allí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y, diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas:

-Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

-Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrahado por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con el Rocinante.



-¡Válame Dios! -dijo Sancho-. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

-Calla, amigo Sancho -respondió don Quijote-, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

-Dios lo haga como puede -respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tomó a subir sobre Rocinante, que medio despalado estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesadoso, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

-Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndose en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre «Machuca», y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante «Vargas y Machuca». Hete dicho esto porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a verlas y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

-A la mano de Dios -dijo Sancho-. Yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero entérrese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del movimiento de la caída.

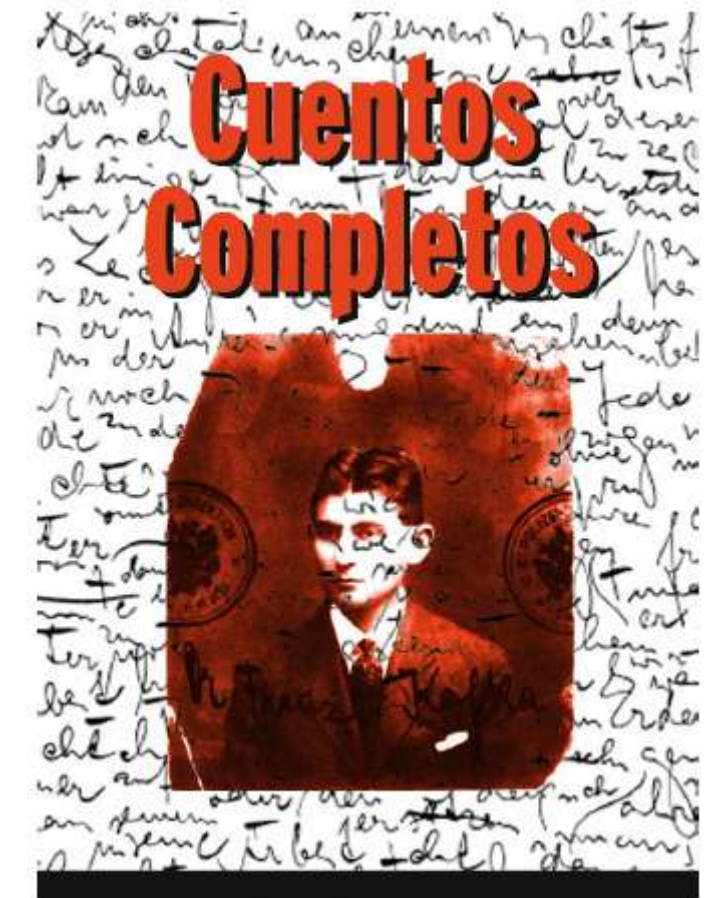
-Así es la verdad -respondió don Quijote-, y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.

-Si eso es así, no tengo yo que replicar -respondió Sancho-; pero sabe Dios si yo me holgaria que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y, así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella, que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Dijole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y, sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empujaba la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que así le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se

le había quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no lo llamara, los ruyos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse, dio un tiento a la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tomaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron.



5. EL COMERCIANTE[5]

Es posible que algunos me tengan compasión, pero yo no advierto nada. Mi pequeño negocio me abruma de preocupaciones que me provocan dolores internos en las sienes y en la frente, pero sin darme la más mínima perspectiva de satisfacción, pues mi negocio, como he dicho, es pequeño.

Tengo que tomar decisiones por adelantado, mantener despierta la memoria de los empleados, advertir de los errores que temo y prever en una temporada la moda de la siguiente, y no la que dominará entre gente de mi clase, sino en la población inaccesible de las provincias.

Mi dinero lo tiene gente extraña. Sus recursos no me resultan del todo claros; no logro sospechar la desgracia que puede caer sobre esas personas. ¡Cómo puedo entonces defender mi dinero! Tal vez se han vuelto derrochadores y dan una fiesta en el jardín de una hostería, y otros se quedan un rato en la fiesta en plena huida a América.

Cuando cierro el comercio la noche de un día laborable y de repente veo ante mí horas en las que no trabajaré para las incesantes exigencias de mi negocio, entonces se arroja sobre



mí la excitación ya anticipada por la mañana, como si fuera la subida de una marea, pero no soporta quedarse en mi interior y me arrebata sin objetivo alguno.

Y, sin embargo, no puedo utilizar ese estado de ánimo, sólo puedo irme a casa, pues tengo el rostro y las manos sucios y sudorosos, el traje lleno de manchas y polvoriento, la gorra del negocio en la cabeza y las botas arañadas por las esquinas de las cajas. Entonces me desplazo como si fuera sobre olas, hago chascar los dedos y acaricio el pelo de los niños que vienen a mi encuentro.

Pero el camino es demasiado corro. Llego en seguida a mi casa, abro la puerta del ascensor y entro.

Ahora compruebo de repente que estoy solo. Otros, que tienen que subir las escaleras, se cansan algo al hacerlo, tienen que esperar con la respiración acelerada hasta que alguien les abre la puerta de la casa, así que tienen un motivo para enfadarse y para mostrar una actitud impaciente. Luego entran en el recibidor, donde cuelgan el sombrero, y al llegar a su habitación, después de atravesar el pasillo pasando por algunas puertas de cristal, es cuando se encuentran solos.

Yo, sin embargo, ya estoy solo en el ascensor y, apoyándome en la rodilla, contemplo el delgado espejo. Cuando el ascensor comienza a elevarse, digo:

«Permaneced tranquilos, retroceded, ¿queréis ir bajo la sombra de los árboles, detrás de las cortinas de las ventanas, en la cúpula de follaje?».

Hablo entre dientes, y las barandillas de la escalera se deslizan hacia abajo por el cristal opalino como una catarata.

«Volad lejos; que vuestras alas, jamás vistas, os lleven hasta el valle de vuestra aldea, o a París, si es allí hacia donde os impulsan. »

Pero disfrutad de la vista que os ofrece la ventana cuando las procesiones vienen por las tres calles, y no se evitan, sino que se confunden y dejan de nuevo espacio libre entre sus últimas filas. Saludad con los pañuelos, horrorizaos, conmoveos, alabad a la bella dama que pasa de largo. »

Id hacia el puente de madera sobre el arroyo, saludad a los niños que se bañan y asombraos por los “hurras” de los miles de marineros en el lejano acorazado.

»Perseguid sólo al hombre modesto y cuando lo hayáis empujado hacia la puerta de una cochera, robadle y luego contemplad con qué tristeza continúa su camino por la calle de la izquierda, con las manos en los bolsillos.

»La policía, galopando dispersa sobre sus caballos, frena a los animales y os hace retroceder. Dejadlos, las calles vacías les harán infelices, lo sé. Ya cabalgan en parejas torciendo lentamente las esquinas y volando sobre las plazas».



Entonces tengo que abandonar el ascensor, tocar el timbre, y la muchacha abre la puerta mientras saludo.

Ser infeliz

Franz Kafka

Cuando ya eso se había vuelto insoportable -una vez al atardecer, en noviembre-, y yo me deslizaba sobre la estrecha alfombra de mi pieza como en una pista, estremecido por el aspecto de la calle iluminada, me di vuelta otra vez, y en lo hondo de la pieza, en el fondo del espejo, encontré no obstante un nuevo objetivo, y grité, solamente por oír el grito al que nada responde y al que tampoco nada le sustrae la fuerza de grito, que por lo tanto sube sin contrapeso y no puede cesar aunque enmudezca; entonces desde la pared se abrió la puerta hacia afuera así de rápido porque la prisa era, ciertamente, necesaria, e incluso vi los caballos de los coches abajo, en el pavimento, se levantaron como potros que, habiendo expuesto los cuellos al enemigo, se hubiesen enfurecido en la batalla.

Cual pequeño fantasma, corrió una niña desde el pasillo completamente oscuro, en el que todavía no alumbraba la lámpara, y se quedó en puntas de pie sobre una tabla del piso, la cual se balanceaba levemente encandilada en seguida por la penumbra de la pieza, quiso ocultar rápidamente la cara entre las manos, pero de repente se calmó al mirar hacia la ventana, ante cuya cruz el vaho de la calle se inmovilizó por fin bajo la oscuridad. Apoyando el codo en la pared de la pieza, se quedó erguida ante la puerta abierta y dejó que la corriente de aire que venía de afuera se moviese a lo largo de las articulaciones de los pies, también del cuello, también de las sienas. Miré un poco en esa dirección, después dije: “buenas tardes”, y tomé mi chaqueta de la pantalla de la estufa, porque no quería estarme allí parado, así, a medio vestir. Durante un ratito mantuve la boca abierta para que la excitación me abandonase por la boca. Tenía la saliva pesada; en la cara me temblaban las pestañas. No me faltaba sino justamente esta visita, esperada por cierto. La niña estaba todavía parada contra la pared en el mismo lugar; apretaba la mano derecha contra aquélla, y, con las mejillas encendidas, no le molestaba que la pared pintada de blanco fuese ásperamente granulada y raspase las puntas de sus dedos. Le dije:

-¿Es a mí realmente a quien quiere ver? ¿No es una equivocación? Nada más fácil que equivocarse en esta enorme casa. Yo me llamo así y asá; vivo en el tercer piso. ¿Soy entonces yo a quien usted desea visitar?

-¡Calma, calma! -dijo la niña por sobre el hombro-; ya todo está bien.

-Entonces entre más en la pieza. Yo querría cerrar la puerta.

-Acabo justamente de cerrar la puerta. No se moleste. Por sobre todo, tranquilícese.

-¡Ni hablar de molestias! Pero en este corredor vive un montón de gente. Naturalmente todos son conocidos míos. La mayoría viene ahora de sus ocupaciones. Si oyen hablar en una pieza creen simplemente tener el derecho de abrir y mirar qué pasa. Ya ocurrió una vez. Esta gente ya ha terminado su trabajo diario; ¿a quién soportarían en su provisoria libertad nocturna? Por lo demás, usted también ya lo sabe. Déjeme cerrar la puerta.

-¿Pero qué ocurre? ¿Qué le pasa? Por mí, puede entrar toda la casa. Y le recuerdo; ya he cerrado la puerta; créalo. ¿Solamente usted puede cerrar las puertas?



-Está bien, entonces. Más no quiero. De ninguna manera tendría que haber cerrado con la llave. Y ahora, ya que está aquí, póngase cómoda; usted es mi huésped. Tenga plena confianza en mí. Lo único importante es que no tema ponerse a sus anchas. No la obligaré a quedarse ni a irse. ¿Es que hace falta decírselo? ¿Tan mal me conoce?

-No. En realidad no tendría que haberlo dicho. Más todavía: no debería haberlo dicho. Soy una niña; ¿por qué molestarse tanto por mí?

-¡No es para tanto! Naturalmente, una niña. Pero tampoco es usted tan pequeña. Ya está bien crecida. Si fuese una chica no habría podido encerrarse, así no más, conmigo en una pieza.

-Por eso no tenemos que preocuparnos. Solamente quería decir: no me sirve de mucho conocerle tan bien; sólo le ahorra a usted el esfuerzo de fingir un poco ante mí. De todos modos, no me venga con cumplidos. Dejemos eso, se lo pido, dejémoslo. Y a esto hay que agregar que no lo conozco en cualquier lugar y siempre, y de ninguna manera en esta oscuridad. Sería mucho mejor que encendiese la luz. No. Mejor no. De todos modos, seguiré teniendo en cuenta que ya me ha amenazado.

-¿Cómo? ¿Yo la amenacé? ¡Pero por favor! ¡Estoy tan contento de que por fin esté aquí! Digo “por fin” porque ya es tan tarde. No puedo entender por qué vino tan tarde. Además es posible que por la alegría haya hablado tan incongruentemente, y que usted lo haya interpretado justamente de esa manera. Concedo diez veces que he hablado así. Sí. La amenacé con todo lo que quiera. Una cosa: por el amor de Dios, ¡no discutamos! ¿Pero, cómo pudo creerlo? ¿Cómo pudo ofenderme así? ¿Por qué quiere arruinarme a la fuerza este pequeño momentito de presencia suya aquí? Un extraño sería más complaciente que usted.

-Lo creo. Eso no fue ninguna genialidad. Por naturaleza estoy tan cerca de usted cuanto un extraño pueda complacerle. También usted lo sabe. ¿A qué entonces esa tristeza? Diga mejor que está haciendo teatro y me voy al instante.

-¿Así? ¿También esto se atreve a decirme? Usted es un poco audaz. ¡En definitiva está en mi pieza! Se frota los dedos como loca en mi pared. ¡Mi pieza, mi pared! Además, lo que dice es ridículo, no sólo insolente. Dice que su naturaleza la fuerza a hablarme de esta forma. Su naturaleza es la mía, y si yo por naturaleza me comporto amablemente con usted, tampoco usted tiene derecho a obrar de otra manera.

-¿Es esto amable?

-Hablo de antes.

-¿Sabe usted cómo seré después?

-Nada sé yo.

Y me dirigí a la mesa de luz, en la que encendí una vela. Por aquel entonces no tenía en mi pieza luz eléctrica ni gas. Después me senté un rato a la mesa, hasta que también de eso me cansé. Me puse el sobretodo; tomé el sombrero que estaba en el sofá, y de un soplo apagué la vela. Al salir me tropecé con la pata de un sillón. En la escalera me encontré con un inquilino del mismo piso.

-¿Ya sale usted otra vez, bandido? -preguntó, descansando sobre sus piernas bien abiertas sobre dos escalones.



-¿Qué puedo hacer? -dije-. Acabo de recibir a un fantasma en mi pieza.

-Lo dice con el mismo descontento que si hubiese encontrado un pelo en la sopa.

-Usted bromea. Pero tenga en cuenta que un fantasma es un fantasma.

-Muy cierto: ¿pero cómo, si uno no cree absolutamente en fantasmas?

-¡Ajá! ¿Es que piensa usted que yo creo en fantasmas? ¿Pero de qué me sirve este no creer?

-Muy simple. Lo que debe hacer es no tener más miedo si un fantasma viene realmente a su pieza.

-Sí. Pero es que ése es el miedo secundario. El verdadero miedo es el miedo a la causa de la aparición. Y este miedo permanece, y lo tengo en gran forma dentro de mí.

De pura nerviosidad, empecé a registrar todos mis bolsillos.

-Ya que no tiene miedo de la aparición como tal, habría debido preguntarle tranquilamente por la causa de su venida.

-Evidentemente, usted todavía nunca ha hablado con fantasmas; jamás se puede obtener de ellos una información clara. Eso es un de aquí para allá. Estos fantasmas parecen dudar más que nosotros de su existencia, cosa que por lo demás, dada su fragilidad, no es de extrañar.

-Pero yo he oído decir que se les puede seducir.

-En ese punto está bien informado. Se puede. ¿Pero quién lo va a hacer?

-¿Por qué no? Si es un fantasma femenino, por ejemplo -dijo, y subió otro escalón.

-¡Ah, sí...! -dije-, pero aún así no vale la pena. Recapacité.

Mi vecino estaba ya tan alto que para verme tenía que agacharse por debajo de una arcada de la escalera.

-Pero no obstante -grité-, si usted ahí arriba me quita mi fantasma, rompemos relaciones para siempre.

-¡Pero si fue solamente una broma! -dijo, y retiró la cabeza.

-Entonces está bien -dije.

Y ahora sí que, a decir verdad, podría haber salido tranquilamente a pasear; pero como me sentí tan desolado preferí subir, y me eché a dormir.

13. NIÑOS EN LA CARRETERA[13]

Oí cómo pasaban los coches de caballos ante la verja del jardín, a veces los veía también a través del casi estático follaje. ¡Cómo crujía la madera bajo los rigores del verano en sus radios y troncos! Había trabajadores que venían de los campos y reían que era una vergüenza.



Yo estaba sentado en mi pequeño columpio; en ese preciso instante descansaba entre los árboles en el jardín de mis padres.

Ante la verja no había descanso. Acababan de cruzar niños con paso rápido; carros con grano sobre los que iban hombres y mujeres encima de gavillas y que oscurecían a su alrededor los arriates; por la noche vi pasear lentamente a un señor con bastón, así como a dos muchachas que, cogidas del brazo, iban a su encuentro, pisando el césped mientras se saludaban.

Luego revolotearon pájaros como si fueran llamaradas, yo los seguí con la vista, vi cómo ascendían en un suspiro, hasta que ya no creí que subían, sino que yo caía, y me así fuertemente de las cuerdas por debilidad cuando comencé a balancearme ligeramente. Pronto me balanceé con más fuerza, cuando el viento soplaba más frío y, en vez de aparecer pájaros en el cielo, aparecían estrellas reverberantes.

Recibí la cena a la luz de la vela. A menudo apoyaba ambos brazos sobre la tabla y, ya cansado, daba bocados al pan. Las cortinas, rasgadas en muchos puntos, se henchían con el viento cálido y, a veces, uno de los que pasaba las sujetaba con fuerza cuando quería verme mejor y hablar conmigo. Normalmente la vela se apagaba pronto y los mosquitos revoloteaban todavía un rato a su alrededor, en la oscuridad surcada por el humo. Si alguien se dirigía a mí desde la ventana, lo miraba como si mirase a la montaña o al aire, y tampoco él mostraba mucho interés en una respuesta.

Saltaba alguno sobre el antepecho de la ventana y anunciaba que los demás ya se encontraban ante la casa, entonces me levantaba, aunque suspirando.

«No, ¿por qué suspiras así? ¿Qué ha ocurrido? ¿Alguna desgracia especial e irreversible? ¿Jamás podremos recuperarnos? ¿Está realmente todo perdido?».

Nada estaba perdido. Corrimos hasta la parte delantera de la casa. «¡Gracias a Dios, por fin habéis llegado! ¡Casi siempre llegas demasiado tarde!». «¿Por qué yo?». «Precisamente tú, permanece en casa si no quieres venir. ¡Sin misericordia!». «¿Qué? ¿Sin misericordia? ¿De qué hablas?».

Atravesamos la noche con la cabeza. No había tiempo diurno ni nocturno. Pronto comenzaron a rozarse los botones de nuestros chalecos como si fueran dientes y, con fuego en la boca, como animales en los trópicos, corrimos una distancia que permaneció invariable. Como los coraceros en guerras pasadas, dando fuertes pisadas y bien alto en el cielo, bajamos la corta calle, uno al lado del otro, y con el mismo ímpetu en las piernas, subimos la carretera. Algunos penetraron en las cunetas; apenas habían desaparecido ante el oscuro talud, aparecían como gente extraña arriba del todo, en la senda, y miraban hacia abajo.

«¡Ven hacia abajo!». «¡Ven primero hacia arriba!». «¿Para que nos empujéis hacia abajo?, ni pensarlo, todavía tenemos dos dedos de frente». «¡Así sois de cobardes, queréis



decir! ¡Atrevedos a subir, atrevedos!». «¿Sí? ¿Vosotros? ¿Precisamente vosotros nos queréis echar abajo? No sois capaces».

Atacamos, pero fuimos rechazados, y nos echamos por propia voluntad en el césped de las cunetas. Todo estaba templado de un modo uniforme, no sentíamos calor ni frío en la hierba, sólo cansancio.

Si nos apoyábamos sobre el costado derecho y poníamos la mano bajo la oreja, nos hubiera gustado dormir. Es cierto que se quería hacer un nuevo esfuerzo y elevar la barbilla, pero para caer en una cuneta todavía más profunda. Luego, colocando el brazo atravesado hacia adelante y las piernas oblicuas, queríamos arrojarnos contra el viento para, así, caer de nuevo con seguridad en una cuneta aún más profunda. Y nadie quería dejar de hacerlo.

Apenas se pensaba en cómo podría alguien estirarse en la última cuneta para dormir, sobre todo qué se podría hacer con las rodillas; simplemente yacíamos sobre la espalda, como un enfermo presto a llorar. Se pestañeaba cuando un joven, con los codos en las caderas y oscuras suelas saltaba sobre nosotros desde el talud hacia la calle.

Ya se podía ver la luna, un coche postal pasó de largo con su luz. Se levantó un ligero viento, también percibido en las cunetas, y el bosque, en las cercanías, comenzó a susurrar. Entonces no importaba mucho estar solo.

«¿Dónde estáis? ¡Venid! ¡Todos juntos! ¿Por qué te escondes? ¡Deja de hacer tonterías! ¿No sabéis que el coche postal ya ha pasado?». «¡Pero, no!, ¿ya ha pasado?». «Naturalmente, ha pasado mientras tú dormías». «¿Que yo dormía? ¡Nada de eso!». «Cállate, se te nota a la legua». «Pero, por favor». «¡Ven!».

Corrimos juntos y unidos, algunos se cogieron de las manos, la cabeza no se podía mantener lo suficientemente elevada, ya que se iba hacia abajo. Uno dio un grito de guerra indio y nuestras piernas cogieron un galope como nunca. Al saltar, el viento nos alzaba por las caderas. Nada podría habernos detenido. Alcanzamos tal ritmo en la carrera que al adelantar cruzábamos tranquilamente los brazos y nos podíamos mirar.

Nos detuvimos en el puente sobre el torrente. Los que habían seguido, regresaron. El agua, abajo, golpeaba las rocas y las raíces como si no fuera ya noche avanzada. No había ningún motivo que impidiera saltar sobre la barandilla del puente.

Tras la maleza, en la lejanía, surgía un tren convoy, con todos los compartimientos iluminados y las ventanas bajadas. Uno de nosotros comenzó a cantar una canción de moda, pero todos queríamos cantar. Cantamos mucho más deprisa cuando el tren pasó y balanceamos los brazos, ya que la voz no bastaba. Alcanzamos con nuestras voces una densidad en la que nos sentimos bien. Cuando se mezcla la voz con la de otros es como si se nos hubiera capturado con un anzuelo.



Así cantamos, con el bosque a nuestras espaldas y los ya lejanos viajeros en los oídos. Los adultos estaban todavía despiertos en el bosque, las madres preparaban las camas para la noche.

Ya era tiempo. Besé al que estaba a mi lado, a los tres más próximos les alcancé la mano, comencé a desandar el camino, ninguno me llamó. Llegado al primer cruce, donde ya no me podían ver, me desvié y marché de nuevo por senderos a través del bosque. Pretendía ir a la ciudad en el sur, de la que se dice en nuestro pueblo:

«¡Allí hay gente, pensad, que nunca duerme!

¿Y por qué no?

Porque nunca se cansan.

¿Y por qué no?

Porque están locos.

¿No se cansan acaso los locos?

¡Cómo podrían cansarse los locos!»

14. EL TIMADOR DESENMASCARADO

Finalmente, a eso de las diez de la noche, llegué ante la casa señorial a la que había sido invitado, acompañado por un hombre al que había conocido previamente de un modo pasajero, y que se había unido a mí de improviso, callejeando a mi lado durante dos horas.

—Bien —dije, y di una palmada como signo de la absoluta necesidad de despedirme. Durante el camino había realizado toda una serie de intentos, aunque no tan específicos como éste. Ya estaba bastante cansado.

—¿Sube usted ahora mismo? —preguntó. Y oí un ruido extraño procedente de su boca, como de dientes que rechinan.

—Sí.

Yo estaba invitado, se lo acababa de decir. Pero estaba invitado a entrar, no a permanecer frente a la puerta y a mirar por encima de las orejas de mi acompañante. Y para colmo ahora permanecía mudo a su lado, como si nos hubiéramos decidido a quedarnos largo tiempo en aquel sitio. Las casas de alrededor tomaban parte, por añadidura, en nuestro silencio, así como la oscuridad por encima de ellas hasta las estrellas; además de las pisadas de paseantes invisibles, cuyo camino no tenía ganas de adivinar, y el viento, que una y otra vez soplaba contra la acera de enfrente; también un gramófono, que sonaba frente a la ventana cerrada de una habitación cualquiera. Todos se dejaban oír a través del silencio, como si éste fuera de su propiedad desde siempre y para siempre.



Y mi acompañante se sumó en su nombre y, después de una sonrisa, también en el mío, extendió el brazo derecho a lo largo del muro y apoyó su rostro en él, cerrando los ojos.

Sin embargo, no pude ver esa sonrisa hasta el final, pues la vergüenza me obligó a darme la vuelta. Después de esa sonrisa había reconocido que se trataba de un timador, nada más. Y yo llevaba ya meses en la ciudad, había creído conocer por completo a esos timadores, cómo salían por la noche de las calles laterales, cómo rondaban alrededor de las columnas de anuncios en las que nos parábamos, cómo, en pleno juego del escondite, espiaban, al menos con un ojo, detrás de la columna, cómo en los cruces, cuando nos asustábamos, aparecían sorpresivamente ante nosotros en el borde de nuestra acera. Los comprendía tan bien; en realidad habían sido mis primeros conocidos en la ciudad, en las pequeñas tabernas, y les debía la primera visión de una intransigencia que ahora me era tan imposible dissociar de la tierra, que ya prácticamente la empezaba a sentir en mi interior. ¡Cómo permanecían todavía frente a uno, aun cuando ya se les había dado esquinazo, es decir cuando ya no había nada que atrapar! ¡Cómo no se sentaban, cómo no se caían, sino que dirigían miradas que siempre convencían, aunque fuese desde la lejanía! Y sus tácticas eran siempre las mismas: se plantaban ante nosotros, tan aplanados como podían; trataban de apartarnos de nuestro destino; nos preparaban, como sustituto, una vivienda en su propio corazón y, finalmente, surgía en nosotros un sentimiento concentrado que era tomado como un abrazo, al que se arrojaban con el rostro por delante.

Y esta vez sólo había podido reconocer todos esos viejos trucos después de tanto tiempo de mutua compañía. Froté las puntas de los dedos para hacer que aquella vergüenza no hubiese sucedido.

Mi hombre, sin embargo, se mantuvo apoyado como antes, se tenía todavía por un timador, y la satisfacción con su destino le sonrojó la mejilla libre.

—¡Te reconocí! —dije, y le di un ligero golpe en el hombro. Inmediatamente después me apresuré a subir las escaleras, y los rostros fieles del servicio, arriba, en el recibidor, me alegraron como una bella sorpresa. Los miré a todos por turno, mientras me quitaban el abrigo y limpiaban el polvo de las botas. Respiré profundamente y entré en la sala bien erguido.

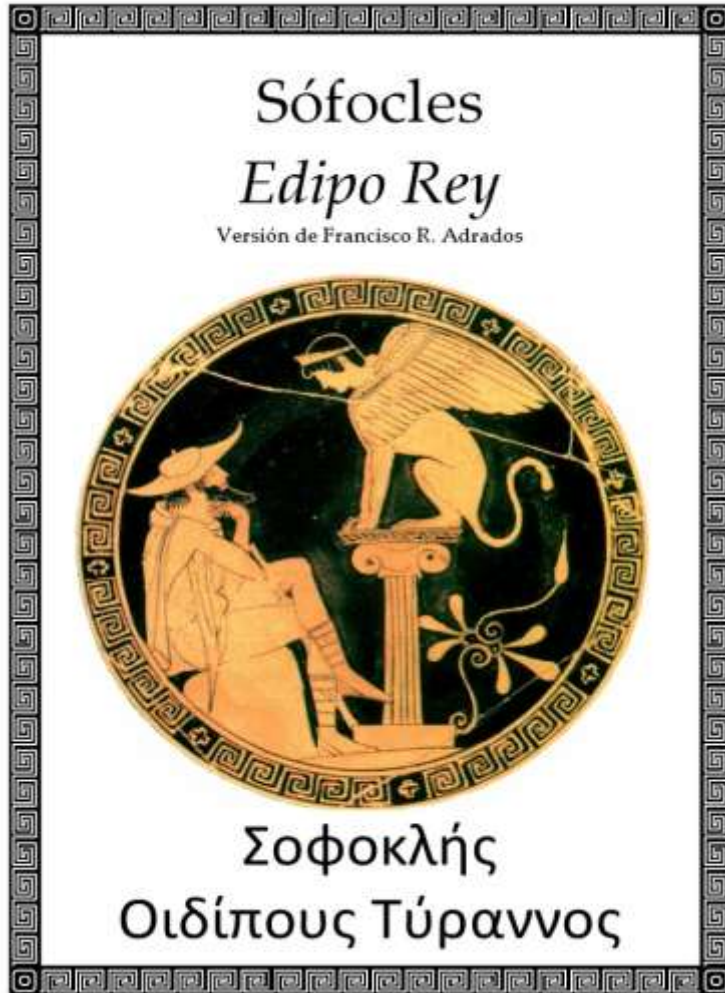
Unidad 3

El drama a lo largo de la historia

-Orígenes del teatro. Estructura. El teatro griego. El héroe trágico en Sófocles: Edipo rey

-El teatro isabelino. Características de la comedia. Sueño de una noche de verano de Shakespeare

Año 2026



PERSONAJES:

EDIPO.
SACERDOTE.
CREONTE.
CORO DE ANCIANOS TEBANOS.
TIRESIAS.
YOCASTA.
MENSAJERO.
SERVIDOR DE LAYO.
OTRO MENSAJERO.

(Delante del palacio de Edipo, en Tebas. Un grupo de ancianos y de jóvenes están sentados en las gradas del altar, en actitud suplicante, portando ramas de olivo. El Sacerdote de Zeus se adelanta solo hacia el palacio. Edipo sale seguido de dos ayudantes y contempla al grupo en silencio. Después les dirige la palabra.)

EDIPO. —¡Oh hijos, descendencia nueva del antiguo Cadmo ¿Por qué estáis en actitud sedente ante mí, coronados con ramos de suplicantes? La ciudad está llena de incienso, a la vez que de cantos, de súplica y de gemidos, y yo, porque considero justo no enterarme por otros mensajeros, he venido en persona, yo, el llamado Edipo, famoso entre todos. Así que, oh anciano, ya que eres por tu condición a quien corresponde hablar, dime en nombre de todos: ¿cuál es la causa de que estéis así ante mí? ¿El temor, o el ruego? Piensa que yo querría ayudaros en todo. Sería insensible, si no me compadeciera ante semejante actitud.

SACERDOTE. —¡Oh Edipo, que reinas en mi país! Ves de qué edad somos los que nos sentamos cerca de tus altares: unos, sin fuerzas aún para volar lejos; otros, torpes por la vejez, somos Sacerdotes —yo lo soy de Zeus—, y otros, escogidos entre los aún jóvenes. El resto del pueblo con sus ramos permanece sentado en las plazas en actitud de súplica, junto a los dos templos de Palas y junto a la ceniza profética de Ismeno. La ciudad, como tú mismo puedes ver, está ya demasiado agitada y no es capaz todavía de levantar la cabeza de las profundidades por la sangrienta sacudida. Se debilita en las plantas fructíferas de la tierra, en los rebaños de bueyes que pacen y en los partos infecundos de las mujeres. Además, la divinidad que produce la peste,



precipitándose, aflige la ciudad. ¡Odiosa epidemia, bajo cuyos efectos está despoblada la morada Cadmea, mientras el negro Hades se enriquece entre suspiros y lamentos! Ni yo ni estos jóvenes estamos sentados como suplicantes por considerarte igual a los dioses, pero sí el primero de los hombres en los sucesos de la vida y en las intervenciones de los dioses. Tú que, al llegar, liberaste la ciudad Cadmea del tributo que ofrecíamos a la cruel cantora y, además, sin haber visto nada más ni haber sido informado por nosotros, sino con la ayuda de un dios, se dice y se cree que enderezaste nuestra vida. Pero ahora, ¡oh Edipo, el más sabio entre todos!, te imploramos todos los que estamos aquí como suplicantes que nos consigas alguna ayuda, bien sea tras oír el mensaje de algún dios, o bien lo conozcas de un mortal. Pues veo que son efectivos, sobre todo, los hechos llevados a cabo por los consejos de los que tienen experiencia. ¡Ea, oh el mejor de los mortales!, endereza la ciudad. ¡Ea!, apresta tu guardia, porque esta tierra ahora te celebra como su salvador por el favor de antaño. Que de ninguna manera recordemos de tu reinado que vivimos, primero, en la prosperidad, pero caímos después; antes bien, levanta con firmeza la ciudad. Con favorable augurio, nos procuraste entonces la fortuna. Séanos también igual en esta ocasión. Pues, si vas a gobernar esta tierra, como lo haces, es mejor reinar con hombres en ella que vacía, que nada es una fortaleza ni una nave privadas de hombres que las pueblen.

EDIPO. —¡Oh hijos dignos de lástima! Venís a hablarme porque anhelaís algo conocido y no ignorado por mí. Sé bien que todos estáis sufriendo y, al sufrir, no hay ninguno de vosotros que padezca tanto como yo. En efecto, vuestro dolor llega sólo a cada uno en sí mismo y a ningún otro, mientras que mi ánimo se duele, al tiempo, por la ciudad y por mí y por tí. De modo que no me despertáis de un sueño en el que estuviera sumido, sino que estad seguros de que muchas lágrimas he derramado yo y muchos caminos he recorrido en el curso de mis pensamientos. El único remedio que he encontrado, después de reflexionar a fondo, es el que he tomado: envié a Creonte, hijo de Meneceo, mi propio cuñado, a la morada Pítica de Febo, a fin de que se enterara de lo que tengo que hacer o decir para proteger esta ciudad. Y ya hoy mismo, si lo calculo en comparación con el tiempo pasado, me inquieta qué estará haciendo, pues, contra lo que es razonable, lleva ausente más tiempo del fijado. Sería yo malvado si, cuando llegue, no cumplo todo cuanto el dios manifieste.

SACERDOTE. —Con oportunidad has hablado. Precisamente éstos me están indicando por señas que Creonte se acerca.

EDIPO. —¡Oh soberano Apolo! ¡Ojalá viniera con suerte liberadora, del mismo modo que viene con rostro radiante!

SACERDOTE. —Por lo que se puede adivinar, viene complacido. En otro

caso no vendría así, con la cabeza coronada de frondosas ramas de laurel.

EDIPO. —Pronto lo sabremos, pues ya está lo suficientemente cerca para que nos escuche. ¡Oh príncipe, mi pariente, hijo de Meneceo! ¿Con qué respuesta del oráculo nos llegas?

(Entra Creonte en escena.)

CREONTE. —Con una buena. Afirmo que incluso las aflicciones, si llegan felizmente a término, todas pueden resultar bien.

EDIPO. —¿Cuál es la respuesta? Por lo que acabas de decir, no estoy ni tranquilo ni tampoco preocupado.

CREONTE. —Si deseas oírlo estando éstos aquí cerca, estoy dispuesto a hablar y también, si lo deseas, a ir dentro.

EDIPO. —Habla ante todos, ya que por ellos sufro una aflicción mayor, incluso, que por mi propia vida.

CREONTE. —Diré las palabras que escuché de parte del dios. El soberano Febo nos ordenó, claramente, arrojar de la región una mancuella que existe en esta tierra y no mantenerla para que llegue a ser irremediable.

EDIPO. —¿Con qué expiación? ¿Cuál es la naturaleza de la desgracia?

CREONTE. —Con el destierro o liberando un antiguo asesinato con otro, puesto que esta sangre es la que está sacudiendo la ciudad.

EDIPO. —¿De qué hombre denuncia tal desdicha?

CREONTE. —Teníamos nosotros, señor, en otro tiempo a Layo como soberano de esta tierra, antes de que tú rigieras rectamente esta ciudad.

EDIPO. —Lo sé por haberlo oído, pero nunca lo vi.

CREONTE. —Él murió y ahora nos prescribe claramente que tomemos venganza de los culpables con violencia,

EDIPO. —¿En qué país pueden estar? ¿Dónde podrá encontrarse la huella de una antigua culpa, difícil de investigar?

CREONTE. —Afirmó que en esta tierra. Lo que es buscado puede ser cogido, pero se escapa lo que pasamos por alto.

EDIPO. —¿Se encontró Layo con esta muerte en casa, o en el campo, o en algún otro país?

CREONTE. —Tras haber marchado, según dijo, a consultar al oráculo, y una vez fuera, ya no volvió más a casa.

EDIPO. —¿Y ningún mensajero ni compañero de viaje lo vio, de quien,



informándose, pudiera sacarse alguna ventaja?

CREONTE. —Murieron, excepto uno, que huyó despavorido y sólo una cosa pudo decir con seguridad de lo que vio.

EDIPO. —¿Cuál? Porque una sola podría proporcionarnos el conocimiento de muchas, si consiguiéramos un pequeño principio de esperanza.

CREONTE. —Decía que unos ladrones con los que se tropezaron le dieron muerte, no con el rigor de una sola mano, sino de muchas.

EDIPO. —¿Cómo habría llegado el ladrón a semejante audacia, si no se hubiera proyectado desde aquí con dinero?

CREONTE. —Éso era lo que se creía. Pero, después que murió Layo, nadie surgía como su vengador en medio de las desgracias.

EDIPO. —¿Qué tipo de desgracia se presentó que impedía, caída así la soberanía, averiguarlo?

CREONTE. —La Esfinge, de enigmáticos cantos, nos determinaba a atender a lo que nos estaba saliendo al paso, dejando de lado lo que no teníamos a la vista.

EDIPO. —Yo lo volveré a sacar a la luz desde el principio, ya que Febo, merecidamente, y tú, de manera digna, pusisteis tal solicitud en favor del muerto; de manera que veréis también en mí, con razón, a un aliado para vengar a esta tierra al mismo tiempo que al dios. Pues no para defensa de lejanos amigos sino de mí mismo alejaré yo en persona esta mancha. El que fuera el asesino de aquél tal vez también de mí podría querer vengarse con violencia semejante. Así, pues, auxiliando a aquél me ayudo a mí mismo. Vosotros, hijos, levantaos de las gradas lo más pronto que podáis y recoged estos ramos de suplicantes. Que otro congregue aquí al pueblo de Cadmo sabiendo que yo voy a disponerlo todo. Y con la ayuda de la divinidad apareceré triunfante o fracasado.

(Entran Edipo y Creonte en el palacio.)

SACERDOTE. —Hijos, levantémonos. Pues con vistas a lo que él nos promete hemos venido aquí. ¡Ojalá que Febo, el que ha enviado estos oráculos, llegue como salvador y ponga fin a la epidemia!

(Salen de la escena y, seguidamente, entra en ella el Coro de ancianos tebanos.)

CORO. ESTROFA 1ª ¡Oh dulce oráculo de Zeus! ¿Con qué espíritu has llegado desde Pito, la rica en oro, a la ilustre Tebas? Mi ánimo está tenso por el miedo, temblando de espanto, ¡oh dios, a quien se le dirigen agudos gritos, Delios, sanador! Por ti estoy lleno de temor. ¿Qué obligación de nuevo me vas

a imponer, bien inmediatamente o después del transcurrir de los años? Dímelo, ¡oh hija de la áurea Esperanza, palabra inmortal!

ANTÍSTROFA 1ª Te invoco la primera, hija de Zeus, inmortal Atenea, y a tu hermana, Artemis, protectora del país, que se asienta en glorioso trono en el centro del ágora y a Apolo el que flecha a distancia. ¡Ay! Haceos visibles para mí, los tres, como preservadores de la muerte. Si ya anteriormente, en socorro de una desgracia sufrida por la ciudad, conseguisteis arrojar del lugar el ardor de la plaga, presentaos también ahora.

ESTROFA 2ª ¡Ay de mí! Soporto dolores sin cuento. Todo mi pueblo está enfermo y no existe el arma de la reflexión con la que uno se pueda defender. Ni crecen los frutos de la noble tierra ni las mujeres tienen que soportar quejumbrosos esfuerzos en sus partos. Y uno tras otro, cual rápido pájaro, puedes ver que se precipitan, con más fuerza que el fuego irresistible, hacia la costa del dios de las sombras.

ANTÍSTROFA 2ª La población parece en número incontable. Sus hijos, abandonados, yacen en el suelo, portadores de muerte, sin obtener ninguna compasión. Entretanto, esposas y, también, canosas madres gimen por doquier en las gradas de los templos, en actitud de suplicantes, a causa de sus tristes desgracias. Resuena el peán y se oye, al mismo tiempo, un sonido de lamentos. En auxilio de estos males, ¡oh dura hija de Zeus!, envía tu ayuda, de agraciado rostro.

ESTROFA 3ª. Concede que el terrible Ares, que ahora sin la protección de los escudos me abrasa saliéndome al encuentro a grandes gritos, se dé la vuelta en su carrera, lejos de los confines de la patria, bien hacia el inmenso lecho de Anfitrita, bien hacia la inhóspita agitación de los puertos tracios. Pues si la noche deja algo pendiente, a terminarlo después llega el día. A ése, ¡oh tú, que repartes las fuerzas de los abrasadores relámpagos, oh Zeus padre!, destrúyelo bajo tu rayo.

ANTÍSTROFA 3ª. Soberano Liceo, quisiera que tus flechas invencibles que parten de cuerdas trenzadas en oro se distribuyeran, colocadas delante, como protectoras y, también, las antorchas llameantes de Artemis con las que corre por los montes de Licia. Invoco al de la mitra de oro, el que da nombre a esta región, a Baco, el de rojizo color, al del evohé, compañero de las ménades, ¡que se acerque resplandeciente con refulgente antorcha contra el dios odioso entre los dioses!

(Sale Edipo y se dirige al Coro.)

EDIPO. —Suplicas. Y de lo que suplicas podrías obtener remedio y alivio en tus desgracias, si quisieras acoger mis palabras cuando las oigas y prestar servicio en esta enfermedad. Y yo diré lo que sigue, como quien no tiene nada



que ver con este relato ni con este hecho. Porque yo mismo no podría seguir por mucho tiempo la pista sin tener ni un rastro. Pero, como ahora he venido a ser un ciudadano entre ciudadanos, os diré a todos vosotros, cadmeos, lo siguiente: aquel de vosotros que sepa por obra de quién murió Layo, el hijo de Lábdaco, le ordeno que me lo revele todo y, si siente temor, que aleje la acusación que pesa contra sí mismo, ya que ninguna otra pena sufrirá y saldrá sano y salvo del país. Si alguien, a su vez, conoce que el autor es otro de otra tierra, que no calle. Yo le concederé la recompensa a la que se añadirá mi gratitud. Si, por el contrario, calláis y alguno temiendo por un amigo o por sí mismo trata de rechazar esta orden, lo que haré con ellos debéis escucharme. Prohíbo que en este país, del que yo poseo el poder y el trono, alguien acoja y dirija la palabra a este hombre, quienquiera que sea, y que se haga partícipe con él en súplicas o sacrificios a los dioses y que le permita las abluciones. Mando que todos le expulsen, sabiendo que es una impureza para nosotros, según me lo acaba de revelar el oráculo pitico del dios. Ésta es la clase de alianza que yo tengo para con la divinidad y para el muerto. Y pido solemnemente que, el que a escondidas lo ha hecho, sea en solitario, sea en compañía de otros, desventurado, consuma su miserable vida de mala manera. E impreco para que, si llega a estar en mi propio palacio y yo tengo conocimiento de ello, padezca yo lo que acabo de desear para éstos. Y a vosotros os encargo que cumpláis todas estas cosas por mí mismo, por el dios y por este país tan consumido en medio de esterilidad y desamparo de los dioses. Pues, aunque la acción que llevamos a cabo no hubiese sido promovida por un dios, no sería natural que vosotros la dejarais sin expiación, sino que debíais hacer averiguaciones por haber perecido un hombre excelente y, a la vez, rey. Ahora, cuando yo soy el que me encuentro con el poder que antes tuvo aquél, en posesión del lecho y de la mujer fecundada, igualmente, por los dos, y hubiéramos tenido en común el nacimiento de hijos comunes, si su descendencia no se hubiera malogrado —pero la adversidad se lanzó contra su cabeza—, por todo esto yo, como si mi padre fuera, lo defenderé y llegaré a todos los medios tratando de capturar al autor del asesinato para provecho del hijo de Lábdaco, descendiente de Polidoro y de su antepasado Cadmo, y del antiguo Agenor. Y pido, para los que no hagan esto, que los dioses no les hagan brotar ni cosecha alguna de la tierra ni hijos de las mujeres, sino que perezcan a causa de la desgracia en que se encuentran y aún peor que ésta. Y a vosotros, los demás Cadmeos; a quienes esto os parezca bien, que la Justicia como aliada y todos los demás dioses os asistan con buenos consejos.

CORIFEO. —Tal como me has cogido inmerso en tu maldición, te hablaré, oh rey. Yo ni le maté ni puedo señalar a quien lo hizo. En esta búsqueda, era propio del que nos la ha enviado, de Febo, decir quién lo ha hecho.

EDIPO. —Con razón hablas. Pero ningún hombre podría obligar a los dioses a algo que no quieran.

CORIFEO. —En segundo lugar, después de eso, te podría decir lo que yo creo.

EDIPO. —También, si hay un tercer lugar, no dejes de decirlo.

CORO. —Sé que, más que ningún otro, el noble Tiresias ve lo mismo que el soberano Febo, y de él se podría tener un conocimiento muy exacto, si se le inquiriera, señor.

EDIPO. —No lo he echado en descuido sin llevarlo a la práctica; pues, al decírmelo Creonte, he enviado dos mensajeros. Me extraña que no esté presente desde hace rato.

CORIFEO. —Entonces los demás rumores son ineficaces y pasados.

EDIPO. —¿Cuáles son? Pues atiendo a toda clase de rumor.

CORIFEO. —Se dijo que murió a manos de unos caminantes.

EDIPO. —También yo lo oí. Pero nadie conoce al que lo vio.

CORIFEO. —Si tiene un poco de miedo, no aguardará después de oír tus maldiciones.

EDIPO. —El que no tiene temor ante los hechos tampoco tiene miedo a la palabra.

(Entra Tiresias con los enviados por Edipo. Un niño le acompaña.)

CORIFEO. —Pero ahí está el que lo dejará al descubierto. Éstos traen ya aquí al sagrado adivino, al único de los mortales en quien la verdad es innata.

EDIPO. —¡Oh Tiresias, que todo lo manejas, lo que debe ser enseñado y lo que es secreto, los asuntos del cielo y los terrenales! Aunque no ves, comprendes, sin embargo, de qué mal es víctima nuestra ciudad. A ti te reconocemos como único defensor y salvador de ella, señor. Porque Febo, si es que no lo has oído a los mensajeros, contestó a nuestros embajadores que la única liberación de esta plaga nos llegaría si, después de averiguarlo correctamente, dábamos muerte a los asesinos de Layo o les hacíamos salir desterrados del país. Tú, sin rehusar ni el sonido de las aves ni ningún otro medio de adivinación, sálvate a ti mismo y a la ciudad y sálvame a mí, y libranos de toda impureza originada por el muerto. Estamos en tus manos. Que un hombre preste servicio con los medios de que dispone y es capaz, es la más bella de las tareas.

TIRÉSÍAS. —¡Ay, ay! ¡Qué terrible es tener clarividencia cuando no aprovecha al que la tiene! Yo lo sabía bien, pero lo he olvidado, de lo contrario no hubiera venido aquí.

EDIPO. —¿Qué pasa? ¡Qué abatido te has presentado!



TIRESIAS. —Déjame ir a casa. Más fácilmente soportaremos tú lo tuyo y yo lo mío si me haces caso.

EDIPO. —No hablas con justicia ni con benevolencia para la ciudad que te alimentó, si le privas de tu augurio.

TIRESIAS. —Porque veo que tus palabras no son oportunas para ti. ¡No vaya a ser que a mí me pase lo mismo...!

(Hace ademán de retirarse.)

EDIPO. —No te des la vuelta, ¡por los dioses!, si sabes algo, ya que te lo pedimos todos los que estamos aquí como suplicantes.

TIRESIAS. —Todos han perdido el juicio. Yo nunca revelaré mis desgracias, por no decir las tuyas.

EDIPO. —¿Qué dices? ¿Sabiéndolo no hablarás, sino que piensas traicionarnos y destruir a la ciudad?

TIRESIAS. —Yo no quiero afligirme a mí mismo ni a ti. ¿Por qué me interrogas inútilmente? No te enterarás por mí.

EDIPO. —¿Oh el más malvado de los malvados, pues tú llegarías a irritar, incluso, a una roca! ¿No hablarás de una vez, sino que te vas a mostrar así de duro e inflexible?

TIRESIAS. —Me has reprochado mi obstinación, y no ves la que igualmente hay en ti, y me censuras.

EDIPO. —¿Quién no se irritaría al oír razones de esta clase con las que tú estás perjudicando a nuestra ciudad?

TIRESIAS. —Llegarán por sí mismas, aunque yo las proteja con el silencio.

EDIPO. —Pues bien, debes manifestarme incluso lo que está por llegar.

TIRESIAS. —No puedo hablar más. Ante esto, si quieres irrite de la manera más violenta.

EDIPO. —Nada de lo que estoy advirtiendo dejaré de decir, según estoy de encolerizado. Has de saber que parece que tú has ayudado a maquinar el crimen y lo has llevado a cabo en lo que no ha sido darle muerte con tus manos. Y si tuvieras vista, diría que, incluso, este acto hubiera sido obra de ti solo.

TIRESIAS. —¿De verdad? Y yo te insto a que permanezcas leal al edicto que has proclamado antes y a que no nos dirijas la palabra ni a éstos ni a mí desde el día de hoy, en la idea de que tú eres el azote impuro de esta tierra.

EDIPO. —¿Con tanta desvergüenza haces esta aseveración? ¿De qué manera crees poderte escapar a ella?

TIRESIAS. —Ya lo he hecho. Pues tengo la verdad como fuerza.

EDIPO. —¿Por quién has sido enseñado? Pues, desde luego, de tu arte no procede.

TIRESIAS. —Por ti, porque me impulsaste a hablar en contra de mi voluntad.

EDIPO. —¿Qué palabras? Dílo, de nuevo, para que aprenda mejor.

TIRESIAS. —¿No has escuchado antes? ¿O es que tratas de que hable?

EDIPO. —No como para decir que me es comprensible. Dílo de nuevo.

TIRESIAS. —Afirmo que tú eres el asesino del hombre acerca del cual están investigando.

EDIPO. —No dirás impunemente dos veces estos insultos.

TIRESIAS. —En ese caso, ¿digo también otras cosas para que te irrites aún más?

EDIPO. —Di cuanto gustes, que en vano será dicho.

TIRESIAS. —Afirmo que tú has estado conviviendo muy vergonzosamente, sin advertirlo, con los que te son más queridos y que no te das cuenta en qué punto de desgracia estás.

EDIPO. —¿Crees tú, en verdad, que vas a seguir diciendo alegremente esto?

TIRESIAS. —Sí, si es que existe alguna fuerza en la verdad.

EDIPO. —Existe, salvo para ti. Tú no la tienes, ya que estás ciego de los oídos, de la mente y de la vista.

TIRESIAS. —Eres digno de lástima por echarme en cara cosas que a ti no habrá nadie que no te reproche pronto.

EDIPO. —Vives en una noche continua, de manera que ni a mí, ni a ninguno que vea la luz, podrías perjudicar nunca.

TIRESIAS. —No quiere el destino que tú caigas por mi causa, pues para ello se basta Apolo, a quien importa llevarlo a cabo.

EDIPO. —¿Esta invención es de Creonte o tuya?

TIRESIAS. —Creonte no es ningún dolor para ti, sino tú mismo.

EDIPO. —¿Oh riqueza, poder y saber que aventajas a cualquier otro saber en una vida llena de encontrados intereses! ¡Cuánta envidia acecha en



vosotros, sí, a causa de este mando que la ciudad me confió como un don — sin que yo lo pidiera—, Creonte, el que era leal, el amigo desde el principio, desea expulsarme deslizando a escondidas, tras sobornar a semejante hechicero, maquinador y charlatán engañoso, que sólo ve en las ganancias y es ciego en su arte! Porque, ¡leal, dime, ¿en qué fuiste tú un adivino infalible? ¿Cómo es que no dijiste alguna palabra que liberara a estos ciudadanos cuando estaba aquí la perra cantora? Y, ciertamente, el enigma no era propio de que lo discursiera cualquier persona que se presentara, sino que requería arte adivinatoria que tú no mostraste tener, ni procedente de las aves ni conocida a partir de alguno de los dioses. Y yo, Edipo, el que nada sabía, llegué y la hice callar consiguiéndolo por mi habilidad, y no por haberlo aprendido de los pájaros. A mí es a quien tú intentas echar, creyendo que estarás más cerca del trono de Creonte. Me parece que tú y el que ha urdido esto tendréis que lograr la purificación entre lamentos. Y si no te hubieses hecho valer por ser un anciano, hubieras conocido con sufrimientos qué tipo de sabiduría tienes.

CORIFEYO. —Nos parece adivinar que las palabras de éste y las tuyas, Edipo, han sido dichas a impulsos de la cólera. Pero no debemos ocuparnos en tales cosas, sino en cómo resolveremos los oráculos del dios de la mejor manera.

TIRESIAS. —Aunque seas el rey, se me debe dar la misma oportunidad de replicarte, al menos con palabras semejantes. También yo tengo derecho a ello, ya que no vivo sometido a tí sino a Loxias, de modo que no podré ser inscrito como seguidor de Creonte, jefe de un partido. Y puesto que me has echado en cara que soy ciego, te digo: aunque tú tienes vista, no ves en qué grado de desgracia te encuentras ni dónde habitas ni con quiénes transcurre tu vida. ¿Acaso conoces de quiénes descendes? Eres, sin darte cuenta, odioso para los tuyos, tanto para los de allí abajo como para los que están en la tierra, y la maldición que por dos lados te golpea, de tu madre y de tu padre, con paso terrible te arrojará, algún día, de esta tierra, y tú, que ahora ves claramente, entonces estarás en la oscuridad. ¡Qué lugar no será refugio de tus gritos!, ¡qué Citerón no los recogerá cuando te des perfecta cuenta del infausto matrimonio en el que tomaste puerto en tu propia casa después de conseguir una feliz navegación! Y no adviertes la cantidad de otros males que te igualarán a tus hijos. Después de esto, ultraja a Creonte y a mi palabra. Pues ningún mortal será aniquilado nunca de peor forma que tú.

EDIPO. —¿Es que es tolerable escuchar esto de ése? ¡Maldito seas! ¿No te irás cuanto antes? ¿No te irás de esta casa, volviendo por donde has venido?

TIRESIAS. —No hubiera venido yo, si tú no me hubieras llamado.

EDIPO. —No sabía que ibas a decir necedades. En tal caso, difícilmente te hubiera hecho venir a mi palacio.

Tiresias. —Yo soy tal cual te parezco, necio, pero para los padres que te engendraron era juicioso.

EDIPO. —¿A quiénes? Aguarda. ¿Qué mortal me dio el ser?

TIRESIAS. —Este día te engendrará y te destruirá.

EDIPO. —¿De qué modo enigmático y oscuro lo dices todo!

TIRESIAS. —¿Acaso no eres tú el más hábil por naturaleza para interpretarlo?

EDIPO. —Échame en cara, precisamente, aquello en lo que me encuentras grande.

TIRESIAS. —Esa fortuna, sin embargo, te hizo parecer.

EDIPO. —Pero si salvo a esta ciudad, no me preocupa.

TIRESIAS. —En ese caso me voy. Tú, niño, conducíeme.

EDIPO. —Que te lleve, sí, porque aquí, presente, eres un molesto obstáculo; y, una vez fuera, puede ser que no atormentes más.

TIRESIAS. —Me voy, porque ya he dicho aquello para lo que vine, no porque tema tu rostro. Nunca me podrás perder. Y te digo: ese hombre que, desde hace rato, buscas con amenazas y con proclamas a causa del asesinato de Layo está aquí. Se dice que es extranjero establecido aquí, pero después saldrá a la luz que es tebano por su linaje y no se complacerá de tal suerte. Ciego, cuando antes tenía vista, y pobre, en lugar de rico, se trasladará a tierra extraña tanteando el camino con un bastón. Será manifiesto que él mismo es, a la vez, hermano y padre de sus propios hijos, hijo y esposo de la mujer de la que nació y de la misma raza, así como asesino de su padre. Entra y reflexiona sobre esto. Y si me coges en mentira, di que yo ya no tengo razón en el arte adivinatorio.

(Tiresias se aleja y Edipo entra en palacio.)

CORO ESTROFA 1ª ¿Quién es aquel al que la profética roca délfica nombró como el que ha llevado a cabo, con sangrientas manos, acciones indecibles entre las indecibles? Es el momento para que él, en la huida, fuerce un paso más poderoso que el de caballos rápidos como el viento, pues contra él se precipita, armado con fuego y relámpagos, el hijo de Zeus. Y, junto a él, siguen terribles las infalibles diosas de la Muerte.

ANTÍSTROFA 1ª No hace mucho resonó claramente, desde el nevado Parnaso, la voz que anuncia que, por doquier, se siga el rastro al hombre desconocido. Va de un lado a otro bajo el agreste bosque y por cuevas y grutas, cual un toro que vive solitario, desgraciado, de desgraciado andar, rehuyendo los oráculos procedentes del centro de la tierra. Pero éstos, siempre



vivos, revolotean alrededor.

ESTROFA 2ª De terrible manera, ciertamente, de terrible manera me perturba el sabio adivino, ya lo crea, ya niegue. ¿Qué diré? Lo ignoro. Estoy traído y llevado por las esperanzas, sin ver ni el presente ni lo que hay detrás. Yo nunca he sabido, ni antes ni ahora, qué motivo de disputa había entre los Labdácidas y el hijo de Pólibo, que, por haberlo probado, me haga ir contra la pública fama de Edipo, como vengador para los Labdácidas de muertes no claras.

ANTIESTROFA 2ª Por una parte, cierto es que Zeus y Apolo son sagaces y conocedores de los asuntos de los mortales, pero que un adivino entre los hombres obtenga mayor éxito que yo, no es un juicio verdadero. Un hombre podría contraponer sabiduría a sabiduría. Y yo nunca, hasta ver que la profecía se cumpliera, haría patentes los reproches. Porque, un día, llegó contra él, visible, la alada doncella y quedó claro, en la prueba, que era sabio y amigo para la ciudad. Por ello, en mi corazón nunca será culpable de maldad

(Entra Creonte.)

CREONTE. —Ciudadanos, habiéndome enterado de que el rey Edipo me acusa con terribles palabras, me presento sin poder soportarlo. Pues si en los males presentes cree haber sufrido de mi parte con palabras o con obras algo que le lleve a un perjuicio, no tengo deseo de una vida que dure mucho tiempo con esta fama. El daño que me reporta esta acusación no es sin importancia, sino gravísimo, si es que voy a ser llamado malvado en la ciudad, y malvado ante ti y ante los amigos.

CORIFEEO. —Tal vez haya llegado a este ultraje forzado por la cólera, más que intencionadamente.

CREONTE. —¿Fue declarado por éste abiertamente que, persuadido por mis consejeros, el adivino decía palabras falaces?

CORIFEEO. —Eso dijo, pero no sé con qué intención.

CREONTE. —¿Y, con la mirada y la mente rectas, lanzó esta acusación contra mí?

CORIFEEO. —No sé, pues no conozco lo que hacen los que tienen el poder. Pero él, en persona, sale ya del palacio.

(Entra Edipo en escena.)

EDIPO. —¡Tú, ése! ¿Cómo has venido aquí? ¿Eres, acaso, persona de tanta osadía que has llegado a mi casa, a pesar de que es evidente que tú eres el asesino de este hombre y un usurpador manifiesto de mi soberanía? ¡Ea, dime, por los dioses! ¿Te decidiste a actuar así por haber visto en mí alguna cobardía o locura? ¿O pensabas que no descubriría que tu acción se deslizaba

con engaño, o que no me defendería al averiguarlo? ¿No es tu intento una locura: buscar con ahínco la soberanía sin el apoyo del pueblo y de los amigos, cuando se obtiene con la ayuda de aquél y de las riquezas?

CREONTE. —¿Sabes lo que vas a hacer? Opuestas a tus palabras, escúchame palabras semejantes y, después de conocerlas, juzga tú mismo.

EDIPO. —Tú eres diestro en el hablar y yo soy torpe para comprenderte, porque he descubierto que eres hostil y molesto para mí.

CREONTE. —En lo que a esto se refiere, óyeme primero cómo lo voy a contar.

EDIPO. —En lo que a esto se refiere, no me digas que no eres un malvado.

CREONTE. —Si crees que la presunción separada de la inteligencia es un bien, no razones bien.

EDIPO. —Si crees que perjudicando a un pariente no sufrirás la pena, no razones correctamente.

CREONTE. —De acuerdo contigo en que has dicho esto con toda razón. Pero infórmame qué perjuicio dices que has recibido.

EDIPO. —¿Intentabas persuadirme, o no, de que era necesario que enviara a alguien a buscar al venerable adivino?

CREONTE. —Y soy aún el mismo en lo que a ese consejo se refiere.

EDIPO. —¿Cuánto tiempo hace ya desde que Layo...

CREONTE. —¿Qué fue lo que hizo? No entiendo.

EDIPO. —... sin que fuera visible, pereciera en un asesinato?

CREONTE. —Podrían contarse largos y antiguos años.

EDIPO. —¿Ejercería entonces su arte ese adivino?

CREONTE. —Sí, tan sabiamente como antes y honrado por igual.

EDIPO. —¿Hizo mención de mí para algo en aquel tiempo?

CREONTE. —No, ciertamente, al menos cuando yo estaba presente.

EDIPO. —Pero, ¿no hicisteis investigaciones acerca del muerto?

CREONTE. —Las hicimos, ¿cómo no? Y no conseguimos nada.

EDIPO. —¿Y cómo, pues, ese sabio no dijo entonces estas cosas?

CREONTE. —No lo sé. De lo que no comprendo, prefiero guardar silencio.

EDIPO. —Sólo lo que sabes podrías decirlo con total conocimiento.



CREONTE. —¿Qué es ello? Si lo sé, no lo negaré.

EDIPO. —Que, si no hubiera estado concertado contigo, no hubiera hablado de la muerte de Layo a mis manos.

CREONTE. —Si esto dice, tú lo sabes. Yo considero justo informarme de ti, lo mismo que ahora tú lo has hecho de mí.

EDIPO. —Haz averiguaciones. No seré hallado culpable de asesinato.

CREONTE. —¿Y qué? ¿Estás casado con mi hermana?

EDIPO. —No es posible negar la pregunta que me haces.

CREONTE. —¿Gobernas el país administrándolo con igual poder que ella?

EDIPO. —Lo que desea, todo lo obtiene de mí.

CREONTE. —¿Y no es cierto que, en tercer lugar, yo me igualo a vosotros dos?

EDIPO. —Por eso, precisamente, resultas ser un mal amigo.

CREONTE. —No si me das la palabra como yo a ti mismo. Considera primeramente esto: si crees que alguien preferiría gobernar entre temores a dormir tranquilo, teniendo el mismo poder. Por lo que a mí respecta, no tengo más deseo de ser rey que de actuar como si lo fuera, ni ninguna otra persona que sepa razonar. En efecto, ahora lo obtengo de ti todo sin temor, pero, si fuera yo mismo el que gobernara, haría muchas cosas también contra mi voluntad. ¿Cómo, pues, iba a ser para mí más grato el poder absoluto, que un mando y un dominio exentos de sufrimientos? Aún no estoy tan mal aconsejado como para desear otras cosas que no sean los honores acompañados de provecho. Actualmente, todos me saludan y me acogen con cariño. Los que ahora tienen necesidad de ti me halagan, pues en esto está, para ellos, el obtener todo. ¿Cómo iba yo, pues, a pretender aquello desprendiéndome de esto? Una mente que razona bien no puede volverse torpe. No soy, por tanto, amigo de esta idea ni soportaría nunca la compañía de quien lo hiciera. Y, como prueba de esto, ve a Delfos y entérate si te he anunciado fielmente la respuesta del oráculo. Y otra cosa: si me sorprendes habiendo tramado algo en común con el adivino, tras hacerlo, no me condenes a muerte por un solo voto, sino por dos, por el tuyo y el mío; pero no me inculpes por tu cuenta a causa de una suposición no probada. No es justo considerar, sin fundamento, a los malvados honrados ni a los honrados malvados. Afirmo que es igual rechazar a un buen amigo que a la propia vida, a la que se estima sobre todas las cosas. Con el tiempo, podrás conocer que esto es cierto, ya que sólo el tiempo muestra al hombre justo, mientras que podrías conocer al perverso en un solo día.

CORIFEEO. —Bien habló él, señor, para quien sea cauto en errar. Pues los que se precipitan no son seguros para dar una opinión.

EDIPO. —Cuando el que conspira a escondidas avanza con rapidez, preciso es que también yo mismo planee con la misma rapidez. Si espero sin moverme, los proyectos de éste se convertirán en hechos y los míos, en frustraciones.

CREONTE. —¿Qué pretendes, entonces? ¿Acaso arrojarme fuera del país?

EDIPO. —En modo alguno. Que muera quiero, no que huyas.

CREONTE. —Cuando expliques cuál es la clase de aborrecimiento...

EDIPO. —¿Quieres decir que no me obedecerás ni me darás crédito?

CREONTE. —...pues veo que tú no razones con cordura.

EDIPO. —Sí, al menos, en lo que me afecta.

CREONTE. —Pero es preciso que lo hagas también en lo mío.

EDIPO. —Tú eres un malvado.

CREONTE. —¿Y si es que tú no comprendes nada?

EDIPO. —Hay que obedecer, a pesar de ello.

CREONTE. —No al que ejerce mal el poder.

EDIPO. —¡Oh ciudad, ciudad!

CREONTE. —También a mí me interesa la ciudad, no sólo a ti.

CORIFEEO. —Cesad, príncipes. Veo que, a tiempo para vosotros, sale de palacio Yocasta, con la que debéis dirimir la disputa que estáis sosteniendo.

(Yocasta sale de palacio.)

YOCASTA. —¿Por qué, oh desdichados, originasteis esta irreflexiva discusión? ¿No os da vergüenza ventilar cuestiones particulares estando como está sufriendo la ciudad? ¿No irás tú a palacio y tú, Creonte, a tu casa sin transformar un disgusto que no es nada en algo importante?

CREONTE. —Hermana, Edipo, tu esposo, pretende llevar a cabo decisiones terribles respecto a mí, habiendo elegido entre dos calamidades: o desterrarme de la patria o, tras hacerme prisionero, matarme.

EDIPO. —Asiento. Pues le he sorprendido, mujer, tramando contra mí persona con mañas ruines.

CREONTE. —¿Que no sea feliz, sino que perezca maldito, si he realizado contra ti algo de lo que me imputas!



YOCASTA. —¿Por los dioses!, Edipo, da crédito a esto, sobre todo si sientes respeto ante un juramento en nombre de los dioses y, después, también por respeto a mí y a los que están ante ti.

ESTROFA 1ª CORO. —Obedece de grado y por prudencia, señor, te lo suplico.

EDIPO. —¿En qué quieres que ceda?

CORO. —En respetar al que nunca antes fue necio y ahora es fuerte en virtud del juramento.

EDIPO. —¿Sabes lo que pides?

CORIFEEO. —Lo sé.

EDIPO. —Explicame qué dices.

CORO. —Que, por un rumor poco probado, nunca lances una acusación de deshonor a un pariente obligado por su propio juramento.

EDIPO. —Entérate bien ahora: cuando esto pretendes, me estás buscando la ruina o mi destierro de este país.

ESTROFA 2ª CORO. —No, ¡por el dios primero entre todos los dioses el Sol! ¡Qué muera sin dios, sin amigos, de la peor manera, si tengo semejante pensamiento! Pero esta tierra que se consume aflige mi ánimo, desventurado, si los males que os atañen a vosotros dos se unen a los que ya había.

EDIPO. —¡Que se vaya éste, aun cuando deba yo morir irremediamente o ser expulsado por la fuerza, deshonrado, de esta tierra! Ante tus palabras dignas de lástima me apiado, que no ante las de éste. Él, en donde se encuentre, será objeto de mi aborrecimiento.

CREONTE. —Es evidente que lleno de odio cedés, y estarás molesto cuando termines de estar airado. Las naturalezas como la tuya son, con motivo, las que más se duelen de soportarse a sí mismas.

EDIPO. —¿No me dejarás tranquilo y te irás fuera?

CREONTE. —Me voy sin que me hayas entendido, pero para éstos soy el mismo.

(Se aleja.)

ANTÍSTROFA 1ª CORO. —Mujer, ¿qué estás esperando para llevarlo a palacio?

YOCASTA. —Conocer qué es lo que ocurre.

CORO. —Una oscura sospecha surgió de unas palabras, pero también me desgarró lo que puede ser injusto.

YOCASTA. —¿Del uno y del otro?

CORIFEEO. —Sí.

YOCASTA. —¿Y cuál fue el motivo?

CORO. —Basta, me parece que es suficiente, estando atormentado el país. Que se quede el asunto allí donde cesó.

EDIPO. —Date cuenta dónde has llegado, aun siendo hombre honesto en tu intención, haciendo caso omiso y embotando mi corazón.

ANTÍSTROFA 2ª. CORO. —¿Oh señor, no te lo he dicho sólo una vez: sabe que habría de mostrarme insensato, falto de razonable juicio, si te abandonara. Tú, que dirigiste con justicia el rumbo de mi querido país, cuando estaba sacudido entre desgracias, llegarás a ser también ahora un buen guía, si puedes.

YOCASTA. —¿En nombre de los dioses! Dime también a mí, señor, por qué asunto has concebido semejante enojo.

EDIPO. —Hablaré. Pues a ti, mujer, te venero más que a éstos. Es a causa de Creonte y de la clase de conspiración que ha tramado contra mí.

YOCASTA. —Habla, si es que lo vas a hacer para denunciar claramente el motivo de la querrela.

EDIPO. —Dice que yo soy el asesino de Layo.

YOCASTA. —¿Lo conoce por sí mismo o por haberlo oído decir a otro?

EDIPO. —Ha hecho venir a un desvergonzado adivino, ya que su boca, por lo que a él en persona concierne, está completamente libre.

YOCASTA. —Tú, ahora, liberándote a ti mismo de lo que dices, escúchame y aprende que nadie que sea mortal tiene parte en el arte adivinatoria. La prueba de esto te la mostraré en pocas palabras. Una vez le llegó a Layo un oráculo —no diré que del propio Febo, sino de sus servidores — que decía que tendría el destino de morir a manos del hijo que naciera de mí y de él. Sin embargo, a él, al menos según el rumor, unos bandideros extranjeros le mataron en una encrucijada de tres caminos. Por otra parte, no habían pasado tres días desde el nacimiento del niño cuando Layo, después de atarle juntas las articulaciones de los pies, le arrojó, por la acción de otros, a un monte infranqueable. Por tanto, Apolo ni cumplió el que éste llegara a ser asesino de su padre ni que Layo sufriera a manos de su hijo la desgracia que él temía. Afirmo que los oráculos habían declarado tales cosas. Por ello, tú para nada te preocupes, pues aquello en lo que el dios descubre alguna utilidad, él en persona lo da a conocer sin rodeos.

EDIPO. —Al acabar de escucharte, mujer, ¡qué delirio se ha apoderado de



mi alma y qué agitación de mis sentidos!

CREONTE. —¿A qué preocupación te refieres que te ha hecho volverte sobre tus pasos?

EDIPO. —Me pareció oírte que Layo había sido muerto en una encrucijada de tres caminos.

YOCASTA. —Se dijo así y aún no se ha dejado de decir.

EDIPO. —¿Y dónde se encuentra el lugar ese en donde ocurrió la desgracia?

YOCASTA. —Fócide es llamada la región, y la encrucijada hace confluir los caminos de Delfos y de Daulia.

EDIPO. —¿Qué tiempo ha transcurrido desde estos acontecimientos?

YOCASTA. —Poco antes de que tú aparecieras con el gobierno de este país, se anunció eso a la ciudad.

EDIPO. —¡Oh Zeus! ¿Cuáles son tus planes para conmigo?

YOCASTA. —¿Qué es lo que te desazona, Edipo?

EDIPO. —Todavía no me interrogues. Y dime, ¿qué aspecto tenía Layo y de qué edad era?

YOCASTA. —Era fuerte, con los cabellos desde hacía poco encanecidos, y su figura no era muy diferente de la tuya.

EDIPO. —¡Ay de mí, infortunado! Parece que acabo de precipitarme a mí mismo, sin saberlo, en terribles maldiciones.

YOCASTA. —¿Cómo dices? No me atrevo a dirigirte la mirada, señor.

EDIPO. —Me pregunto, con tremenda angustia, si el adivino no estaba en lo cierto, y me lo demostrarás mejor, si aún me revelas una cosa.

YOCASTA. —En verdad que siento temor, pero a lo que me preguntes, si lo sé, contestaré.

EDIPO. —¿Iba de incógnito, o con una escolta numerosa cual corresponde a un rey?

YOCASTA. —Eran cinco en total. Entre ellos había un heraldo. Sólo un carro conducía a Layo.

EDIPO. —¡Ay, ay! Esto ya está claro. ¿Quién fue el que entonces os anunció las nuevas, mujer?

YOCASTA. —Un servidor que llegó tras haberse salvado sólo él.

EDIPO. —¿Por casualidad se encuentra ahora en palacio?

YOCASTA. —No, por cierto. Cuando llegó de allí y vio que tú regentabas el poder y que Layo estaba muerto, me suplicó, encarecidamente, cogiéndome la mano, que le enviara a los campos y al pastoreo de rebaños para estar lo más alejado posible de la ciudad. Yo lo envié, porque, en su calidad de esclavo, era digno de obtener este reconocimiento y aún mayor.

EDIPO. —¿Cómo podría llegar junto a nosotros con rapidez?

YOCASTA. —Es posible. Pero ¿por qué lo deseas?

EDIPO. —Temo por mí mismo, oh mujer, haber dicho demasiadas cosas. Por ello, quiero verle.

YOCASTA. —Está bien, vendrá, pero también yo merezco saber lo que te causa desasosiego, señor.

EDIPO. —Y no serás privada, después de haber llegado yo a tal punto de zozobra. Pues, ¿a quién mejor que a ti podría yo hablar, cuando paso por semejante trance? Mi padre era Pólipo, corintio, y mi madre Mérope, doria. Era considerado yo como el más importante de los ciudadanos de allí hasta que me sobrevino el siguiente suceso, digno de admirar, pero, sin embargo, no proporcionado al ardor que puse en ello. He aquí que en un banquete, un hombre saturado de bebida, refiriéndose a mí, dice, en plena embriaguez, que yo era un falso hijo de mi padre. Yo, disgustado, a duras penas me pude contener a lo largo del día, pero, al siguiente, fui junto a mi padre y mi madre y les pregunté. Ellos llevaron a mal la injuria de aquel que había dejado escapar estas palabras. Yo me alegré con su reacción; no obstante, eso me atormentaba sin cesar, pues me había calado hondo. Sin que mis padres lo supieran, me dirigí a Delfos, y Febo me despidió sin atenderme en aquello por lo que llegué, sino que se manifestó anunciándome, infortunado de mí, terribles y desgraciadas calamidades: que estaba fijado que yo tendría que unirme a mi madre y que traería al mundo una descendencia insoportable de ver para los hombres y que yo sería asesino del padre que me había engendrado. Después de oír esto, calculando a partir de allí la posición de la región corintia por las estrellas, iba, huyendo de ella, adonde nunca viera cumplirse las atrocidades de mis funestos oráculos. En mi caminar llego a ese lugar en donde tú afirmas que murió el rey. Y a ti, mujer, te revelaré la verdad. Cuando en mi viaje estaba cerca de ese triple camino, un heraldo y un hombre, cual tú describes, montado sobre un carro tirado por potros, me salieron al encuentro. El conductor y el mismo anciano me arrojaron violentamente fuera del camino. Yo, al que me había apartado, al conductor del carro, le golpeé movido por la cólera. Cuando el anciano ve desde el carro que me aproximaba, apuntándome en medio de la cabeza, me golpea con la pica de doble punta. Y él no pagó por igual, sino que, inmediatamente, fue golpeado con el bastón por esta mano y, al punto, cae redondo de espaldas desde el carro. Maté a todos. Si



alguna conexión hay entre Layo y este extranjero, ¿quién hay en este momento más infortunado que yo? ¿Qué hombre podría llegar a ser más odiado por los dioses, cuando no le es posible a ningún extranjero ni ciudadano recibirle en su casa ni dirigirle la palabra y hay que arrojarle de los hogares? Y nadie, sino yo, es quien ha lanzado sobre mí mismo tales maldiciones. Mancillo el lecho del muerto con mis manos, precisamente con las que le maté. ¿No soy yo, en verdad, un canalla? ¿No soy un completo impuro? Si debo salir desterrado, no me es posible en mi destierro ver a los míos ni pisar mi patria, a no ser que me vea forzado a unirme en matrimonio con mi madre y a matar a Pólipo, que me crió y engendró. ¿Acaso no sería cierto el razonamiento de quien lo juzgue como venido sobre mí de una cruel divinidad? ¡No, por cierto, oh sagrada majestad de los dioses, que no vea yo este día, sino que desaparezca de entre los mortales antes que ver que semejante deshonor impregnado de desgracia llega sobre mí!

CORIFEEO. A nosotros, oh rey, nos parece esto motivo de temor, pero mientras no lo conozcas del todo por boca del que estaba presente, ten esperanza.

EDIPO. —En verdad, ésta es la única esperanza que tengo: aguardar al pastor.

YOCASTA. —Y cuando él haya aparecido, ¿qué esperas que suceda?

EDIPO. —Yo te lo diré. Si descubrimos que dice lo mismo que tú, yo podría ponerme a salvo de esta calamidad.

YOCASTA. —¿Qué palabras especiales me has oído?

EDIPO. —Decías que él afirmó que unos ladrones le habían matado. Si aún confirma el mismo número, yo no fui el asesino, pues no podría ser uno solo igual a muchos. Pero si dice que fue un hombre que viajaba en solitario, está claro: el delito me es imputable.

YOCASTA. —Ten por seguro que así se propagó la noticia, y no le es posible desmentirla de nuevo, puesto que la ciudad, no yo sola, lo oyó. Y si en algo se apartara del anterior relato, ni aun entonces mostrará que la muerte de Layo se cumplió debidamente, porque Loxias dijo expresamente que se llevaría a cabo por obra de un hijo mío. Sin embargo, aquél, infeliz, nunca le pudo matar, sino que él mismo sucumbió antes. De modo que en materia de adivinación yo no podría dirigir la mirada ni a un lado ni a otro.

EDIPO. —Haces un sensato juicio. Pero, no obstante, envía a alguien para que haga venir al labriego y no lo descuides.

(Entran en palacio.) CORO.

ESTROFA 1ª ¡Ojalá el destino me asistiera para cuidar de la venerable

pureza de todas las palabras y acciones cuyas leyes son sublimes, nacidas en el celeste firmamento, de las que Olimpo es el único padre y ninguna naturaleza mortal de los hombres engendró ni nunca el olvido las hará reposar! Poderosa es la divinidad que en ellas hay y no envejece.

ANTÍSTROFA 1ª La insolencia produce al tirano. La insolencia, si se harta en vano de muchas cosas que no son oportunas ni convenientes subiéndose a lo más alto, se precipita hacia un abismo de fatalidad donde no dispone de pie firme. Pido que la divinidad nunca haga cesar la emulación que es favorable para la ciudad. Al dios no cesaré de tener como protector.

ESTROFA 2ª Si alguien se comporta orgullosamente en acciones o de palabra, sin sentir temor de la Justicia ni respeto ante las moradas de los dioses, ¡ojalá le alcance un funesto destino por causa de su infortunada arrogancia! Y si no saca con justicia provecho y no se aleja de los actos impíos, o toca cosas que son intocables en una insensata acción, ¿qué hombre, en tales circunstancias, se jactará aún de rechazar de su alma las flechas de los dioses? Si las acciones de este tipo son dignas de horrores, ¿por qué debo yo participar en los coros?

ANTÍSTROFA 2ª Ya no iré honrando a la divinidad al sagrado centro de la tierra, ni al templo de Abas ni a Olimpia, si estos oráculos no se cumplen como para que sean señalados por todos los hombres. Pero, ¡oh Zeus poderoso!, si con razón eres así llamado, que riges todo, no te pase esto inadvertido ni tampoco a tu poder siempre inmortal. Se diluyen los antiguos oráculos acerca de Layo, extinguiéndose, y Apolo no se manifiesta, en modo alguno, con honores, y los asuntos divinos se pierden.

(Yocasta sale de palacio acompañada de servidoras.)

YOCASTA. —Señores de la región, se me ha ocurrido la idea de acercarme a los templos de los dioses con estas coronas y ofrendas de incienso en las manos. Porque Edipo tiene demasiado en vilo su corazón con aflicciones de todo tipo y no conjetura, cual un hombre razonable, lo nuevo por lo de antaño, sino que está pendiente del que habla si anuncia motivos de temor. Y ya que no consigo nada con mis consejos, me llevo ante ti, oh Apolo Liceo —pues eres el más cercano—, cual suplicante, con estos signos de rogativas para que nos proporciones alguna liberación purificadora, puesto que ahora todos sentimos ansiedad, al ver asustado a aquel que es como el piloto de la nave.

(Entra en escena un mensajero.)

MENSAJERO. —¿Podrías informarme, oh extranjeros, dónde se halla el palacio del rey Edipo?

CORIFEEO. —Ésta es su morada y él mismo está dentro, extranjero. Esta



mujer es la madre de sus hijos.

MENSAJERO. —¿Que llegues a ser siempre feliz, rodeada de gente dichosa, tú que eres esposa legítima de aquél!

YOCASTA. —De igual modo lo seas tú, oh extranjero, pues lo mereces por tus favorables palabras. Pero dime con qué intención has llegado y qué quieres anunciar.

MENSAJERO. —Buenas nuevas para tu casa y para tu esposo, mujer.

YOCASTA. —¿Cuáles son? ¿De parte de quién vienes?

MENSAJERO. —De Corinto. Ojalá te complazca —¿cómo no?— la noticia que te daré a continuación, aunque tal vez te duelas.

YOCASTA. —¿Qué es? ¿Cómo puede tener ese doble efecto?

MENSAJERO. —Los habitantes de la región del Istmo le van a designar rey, según se ha dicho allí.

YOCASTA. —¿Por qué? ¿No está ya el anciano Pólipo en el poder?

MENSAJERO. —No, ya que la muerte lo tiene en su tumba.

YOCASTA. —¿Cómo dices? ¿Ha muerto el padre de Edipo?

MENSAJERO. —Que sea merecedor de muerte, si no digo la verdad.

YOCASTA. —¡Sirvienta, ¿no irás rápidamente a decirle esto al amo? ¡Oh oráculos de los dioses! ¿Dónde estáis? Edipo huyó hace tiempo por el temor de matar a este hombre y, ahora, él ha muerto por el azar y no a manos de aquél.

(Sale Edipo de palacio.)

EDIPO. —¡Oh Yocasta, muy querida mujer! ¿Por qué me has mandado venir aquí desde palacio?

YOCASTA. —Escucha a este hombre y observa, al oírle, en qué han quedado los respetables oráculos del dios.

EDIPO. —¿Quién es éste y qué me tiene que comunicar?

YOCASTA. —Viene de Corinto para anunciar que tu padre, Pólipo, no está ya vivo, sino que ha muerto.

EDIPO. —¿Qué dices, extranjero? Anúnciamelo tú mismo.

MENSAJERO. —Si es preciso que yo te lo anuncie claramente en primer lugar, entérate bien de que aquél ha muerto.

EDIPO. —¿Acaso por una emboscada, o como resultado de una enfermedad?

MENSAJERO. —Un pequeño quebranto rinde los cuerpos ancianos.

EDIPO. —A causa de enfermedad murió el desdichado, a lo que parece.

MENSAJERO. —Y por haber vivido largos años.

EDIPO. —¡Ah, ah! ¿Por qué, oh mujer, habría uno de tener en cuenta el altar vaticinador de Pitón o los pájaros que claman en el cielo, según cuyos indicios tenía yo que dar muerte a mi propio padre? Pero él, habiendo muerto, está oculto bajo tierra y yo estoy aquí, sin haberle tocado con arma alguna, a no ser que se haya consumido por nostalgia de mí. De esta manera habría muerto por mi intervención. En cualquier caso, Pólipo yace en el Hades y se ha llevado consigo los oráculos presentes, que no tienen ya ningún valor.

YOCASTA. —¿No te lo decía yo desde antes?

EDIPO. —Lo decías, pero yo me dejaba guiar por el miedo.

YOCASTA. —Ahora no tomes en consideración ya ninguno de ellos.

EDIPO. —¿Y cómo no voy a temer al lecho de mi madre?

YOCASTA. —Y ¿qué podría temer un hombre para quien los imperativos de la fortuna son los que le pueden dominar, y no existe previsión clara de nada? Lo más seguro es vivir al azar, según cada uno pueda. Tú no sientas temor ante el matrimonio con tu madre, pues muchos son los mortales que antes se unieron también a su madre en sueños. Aquel para quien esto nada supone más fácilmente lleva su vida.

EDIPO. —Con razón hubieras dicho todo eso, si no estuviera viva mi madre. Pero como lo está, no tengo más remedio que temer, aunque tengas razón.

YOCASTA. —Gran ayuda suponen los funerales de tu padre.

EDIPO. —Grande, lo reconozco. Pero siento temor por la que vive.

MENSAJERO. —¿Cuál es la mujer por la que teméis?

EDIPO. —Por Mérope, anciano, con la que vivía Pólipo.

MENSAJERO. —¿Qué hay en ella que os induzca al temor?

EDIPO. —Un oráculo terrible de origen divino, extranjero.

MENSAJERO. —¿Lo puedes aclarar, o no es lícito que otro lo sepa?

EDIPO. —Sí, por cierto. Loxias afirmó, hace tiempo, que yo había de unirme con mi propia madre y coger en mis manos la sangre de mi padre. Por este motivo habito desde hace años muy lejos de Corinto, feliz, pero, sin embargo, es muy grato ver el semblante de los padres.



MENSAJERO. —¿Acaso por temor a estas cosas estabas desterrado de allí?

EDIPO. —Por el deseo de no ser asesino de mi padre, anciano.

MENSAJERO. —¿Por qué, pues, no te he liberado yo de este recelo, señor, ya que bien dispuesto llegué?

EDIPO. —En ese caso recibirías de mi digno agradecimiento.

MENSAJERO. —Por esto he venido sobre todo, para que en algo obtenga un beneficio cuando tú regreses a palacio.

EDIPO. —Pero jamás iré con los que me engendraron.

MENSAJERO. —¡Oh hijo, es bien evidente que no sabes lo que haces...

EDIPO. —¿Cómo, oh anciano? Acláramelo, por los dioses.

MENSAJERO. —...si por esta causa rehúyes volver a casa!

EDIPO. —Temeroso de que Febo me resulte veraz.

MENSAJERO. —¿Es que temes cometer una infamia para con tus progenitores?

EDIPO. —Eso mismo, anciano. Ello me asusta constantemente.

MENSAJERO. —¿No sabes que, con razón, nada debes temer?

EDIPO. —¿Cómo no, si soy hijo de esos padres?

MENSAJERO. —Porque Pólipo nada tenía que ver con tu linaje.

Edipo. —¿Cómo dices? ¿Que no me engendró Pólipo?

MENSAJERO. —No más que el hombre aquí presente, sino igual.

EDIPO. —Y ¿cómo el que me engendró está en relación contigo que no me eres nada?

MENSAJERO. —No te engendramos ni aquel ni yo.

EDIPO. —Entonces, ¿en virtud de qué me llamaba hijo?

MENSAJERO. —Por haberte recibido como un regalo —entérate— de mis manos.

EDIPO. —Y ¿a pesar de haberme recibido así de otras manos, logró amarme tanto?

MENSAJERO. —La falta hasta entonces de hijos le persuadió del todo.

Edipo. —Y tú, ¿me habías comprado o encontrado cuando me entregaste a él?

MENSAJERO. —Te encontré en los desfiladeros selvosos del Citerón.

EDIPO. —¿Por qué recorrías esos lugares?

MENSAJERO. —Allí estaba al cuidado de pequeños rebaños montaraces.

EDIPO. —¿Eras pastor y nómada a sueldo?

MENSAJERO. —Y así fui tu salvador en aquel momento.

EDIPO. —¿Y de qué mal estaba aquejado cuando me tomaste en tus manos?

MENSAJERO. —Las articulaciones de tus pies te lo pueden testimoniar.

EDIPO. —¡Ay de mí! ¿A qué antigua desgracia te refieres con esto?

MENSAJERO. —Yo te desaté, pues tenías perforados los tobillos.

EDIPO. —¡Bello ultraje recibí de mis pañales!

MENSAJERO. —Hasta el punto de recibir el nombre que llevas por este suceso.

EDIPO. —¡Oh, por los dioses! ¿De parte de mi madre o de mi padre la recibí? Dímelo.

MENSAJERO. —No lo sé. El que te entregó a mí conoce esto mejor que yo.

EDIPO. —Entonces, ¿me recibiste de otro y no me encontraste por ti mismo?

MENSAJERO. —No, sino que otro pastor me hizo entrega de ti.

EDIPO. —¿Quién es? ¿Sabes darme su nombre?

MENSAJERO. —Por lo visto era conocido como uno de los servidores de Layo.

EDIPO. —¿Del rey que hubo, en otro tiempo, en esta tierra?

MENSAJERO. —Sí, de ese hombre era él pastor.

EDIPO. —¿Está aún vivo ese tal como para poder verme?

MENSAJERO. —(Dirigiéndose al Coro.) Vosotros, los habitantes de aquí, podríais saberlo mejor.

EDIPO. —¿Hay entre vosotros, los que me rodeáis, alguno que conozca al pastor a que se refiere, por haberle visto, bien en los campos, bien aquí? Indicádmelo, pues es el momento de descubrirlo de una vez por todas.

CORIFEEO. —Creo que a ningún otro se refiere, sino al que tratabas de ver antes haciéndole venir desde el campo. Pero aquí está Yocasta que podría



decirlo mejor.

EDIPO. —Mujer, ¿conoces a aquel que hace poco deseábamos que se presentara? ¿Es a él a quien éste se refiere?

YOCASTA. —¿Y qué nos va lo que dijo acerca de un cualquiera? No hagas ningún caso, no quieras recordar inútilmente lo que ha dicho.

EDIPO. —Sería imposible que con tales indicios no descubriera yo mi origen.

YOCASTA. —¡No, por los dioses! Si en algo te preocupa tu propia vida, no lo investigues. Es bastante que yo esté angustiada.

EDIPO. —Tranquilízate, pues aunque yo resulte esclavo, hijo de madre esclava por tres generaciones, tú no aparecerás innoble.

YOCASTA. —No obstante, obedéceme, te lo suplico. No lo hagas.

EDIPO. —No podría obedecerte en dejar de averiguarlo con claridad.

YOCASTA. —Sabiedo bien que es lo mejor para ti, hablo.

EDIPO. —Pues bien, lo mejor para mí me está importunando desde hace rato.

YOCASTA. —¡Oh desventurado! ¡Que nunca llegues a saber quién eres!

EDIPO. —¿Alguien me traerá aquí al pastor? Dejád a ésta que se complazca en su poderoso linaje.

YOCASTA. —¡Ah, ah, desdichado, pues sólo eso te puedo llamar y ninguna otra cosa ya nunca en adelante!

(Yocasta, visiblemente alterada, entra al palacio.)

CORIFEEO. —¿Por qué se ha ido tu esposa, Edipo, tan precipitadamente bajo el peso de una profunda aflicción? Tengo miedo de que de este silencio estallen desgracias.

EDIPO. —Que estalle lo que quiera ella. Yo sigo queriendo conocer mi origen, aunque sea humilde. Esa, tal vez, se avergüence de mi linaje oscuro, pues tiene orgullosos pensamientos como mujer que es. Pero yo, que me tengo a mí mismo por hijo de la Fortuna, la que da con generosidad, no seré deshonrado, pues de una madre tal he nacido. Y los meses, mis hermanos, me hicieron insignificante y poderoso. Y si tengo este origen, no podría volverme luego otro, como para no llegar a conocer mi estirpe.

CORO ESTROFA Si yo soy adivino y conocedor de entendimiento, ¡por el Olimpo!, no quedarás, ¡oh Citerón!, sin saber que desde el plenilunio de mañana yo te ensalzaré como región de Edipo, al tiempo que nodriza y madre,

y serás celebrado con coros por nosotros como quien se hace protector de mis reyes. ¡Oh Febo, que esto te sirva de satisfacción!

ANTÍSTROFA ¿Cuál a ti, hijo, cuál de las ninfas inmortales te engendró, acercándose al padre Pan que vaga por los montes? ¿O fue una amante de Loxias, pues a él le son queridas todas las agrestes planicies? El soberano de Cilene o el dios báquico que habita en lo más alto de los montes te recibió como un hallazgo de alguna de las ninfas del Helicón con las que juguetea la mayor parte del tiempo (Entra el anciano pastor acompañado de dos esclavos.)

EDIPO. —Si he de hacer yo conjeturas, ancianos, creo estar viendo al pastor que desde hace rato buscamos, aunque nunca he tenido relación con él. Pues en su acusada edad coincide por completo con este hombre y, además, reconozco a los que lo conducen como servidores míos. Pero tú, tal vez, podrías superarme en conocimientos por haber visto antes al pastor.

CORIFEEO. —Lo conozco, ten la certeza. Era un pastor de Layo, fiel cual ninguno.

EDIPO. —A ti te pregunto en primer lugar, al extranjero corintio: ¿es de ése de quien hablabas?

MENSAJERO. —De éste que contemplas.

EDIPO. —Eh, tú, anciano, acércate y, mirándome, contesta a cuanto te pregunte. ¿Perteneceste, en otro tiempo, al servicio de Layo?

SERVIDOR. —Sí, como esclavo no comprado, sino criado en la casa.

EDIPO. —¿En qué clase de trabajo te ocupabas o en qué tipo de vida?

SERVIDOR. —La mayor parte de mi vida conduje rebaños.

EDIPO. —¿En qué lugares habitabas sobre todo?

SERVIDOR. —Unas veces, en el Citerón; otras, en lugares colindantes.

EDIPO. —¿Eres consciente de haber conocido allí a este hombre en alguna parte?

SERVIDOR. —¿En qué se ocupaba? ¿A qué hombre te refieres?

EDIPO. —Al que está aquí presente. ¿Tuviste relación con él alguna vez?

SERVIDOR. —No como para poder responder rápidamente de memoria.

MENSAJERO. —No es nada extraño, señor. Pero yo refrescaré claramente la memoria del que no me reconoce. Estoy bien seguro de que se acuerda cuando, en el monte Citerón, él con doble rebaño y yo con uno, convivimos durante tres períodos enteros de seis meses, desde la primavera hasta Arturo. Ya en el invierno yo llevaba mis rebaños a los establos, y él, a los apriscos de



Layo. ¿Cuento lo que ha sucedido o no?

SERVIDOR. —Dices la verdad, pero ha pasado un largo tiempo.

MENSAJERO. —¡Ea! Dime, ahora, ¿recuerdas que entonces me diste un niño para que yo lo criara como un retoño mío?

SERVIDOR. —¿Qué ocurre? ¿Por qué te informas de esta cuestión?

MENSAJERO. —Éste es, querido amigo, el que entonces era un niño.

SERVIDOR. —¡Así te pierdas! ¿No callarás?

EDIPO. —¡Ah! No le reprendas, anciano, ya que son tus palabras, más que las de éste, las que requieren un reprensor.

SERVIDOR. —¿En qué he fallado, oh el mejor de los amos?

EDIPO. —No hablando del niño por el que éste pide información.

SERVIDOR. —Habla, y no sabe nada, sino que se esfuerza en vano.

EDIPO. —Tú no hablarás por tu gusto, y tendrás que hacerlo llorando.

SERVIDOR. —¡Por los dioses, no maltrates a un anciano como yo!

EDIPO. —¿No le atará alguien las manos a la espalda cuanto antes?

SERVIDOR. —¡Desdichado! ¿Por qué? ¿De qué más deseas enterarte?

EDIPO. —¿Le entregaste al niño por el que pregunta?

SERVIDOR. —Lo hice y ¡ojalá hubiera muerto ese día!

EDIPO. —Pero a esto llegarás, si no dices lo que corresponde.

SERVIDOR. —Me pierdo mucho más aún si hablo.

EDIPO. —Este hombre, según parece, se dispone a dar rodeos.

SERVIDOR. —No, yo no, pues ya he dicho que se lo entregué.

EDIPO. —¿De dónde lo habías tomado? ¿Era de tu familia o de algún otro?

SERVIDOR. —Mío no. Lo recibí de uno.

EDIPO. —¿De cuál de estos ciudadanos y de qué casa?

SERVIDOR. —¡No, por los dioses, no me preguntes más, mi señor!

EDIPO. —Estás muerto, si te lo tengo que preguntar de nuevo.

SERVIDOR. —Pues bien, era uno de los vástagos de la casa de Layo.

EDIPO. —¿Un esclavo, o uno que pertenecía a su linaje?

SERVIDOR. —¡Ay de mí! Estoy ante lo verdaderamente terrible de decir.

EDIPO. —Y yo de escuchar, pero, sin embargo, hay que oírlo.

SERVIDOR. —Era tenido por hijo de aquél. Pero la que está dentro, tu mujer, es la que mejor podría decir cómo fue.

EDIPO. —¿Ella te lo entregó?

SERVIDOR. —Sí, en efecto, señor.

EDIPO. —¿Con qué fin?

SERVIDOR. —Para que lo matara.

EDIPO. —¿Habiéndolo engendrado ella, desdichada?

SERVIDOR. —Por temor a funestos oráculos.

EDIPO. —¿A cuáles?

SERVIDOR. — Se decía que él mataría a sus padres.

EDIPO. —Y ¿cómo, en ese caso, tú lo entregaste a este anciano?

SERVIDOR. —Por compasión, oh señor, pensando que se lo llevaría a otra tierra de donde él era. Y éste lo salvó para los peores males. Pues si eres tú, en verdad, quien él asegura, sábetelo que has nacido con funesto destino.

EDIPO. —¡Ay, ay! Todo se cumple con cesteza. ¡Oh luz del día, que te vea ahora por última vez! ¡Yo que he resultado nacido de los que no debía, teniendo relaciones con los que no podía y habiendo dado muerte a quienes no tenía que hacerlo!

(Entra en palacio.)

CORO ESTROFA 1ª ¡Ah, descendencia de mortales! ¡Cómo considero que vivís una vida igual a nada! Pues, ¿qué hombre, qué hombre logra más felicidad que la que necesita para parecerlo y, una vez que ha dado esa impresión, para declinar? Teniendo este destino tuyo, el tuyo como ejemplo, ¡oh infortunado Edipo!, nada de los mortales tengo por dichoso.

ANTÍSTROFA 1ª Tú, que, tras disparar el arco con incomparable destreza, conseguiste una dicha por completo afortunada, ¡oh Zeus!, después de hacer perecer a la doncella de corvas garras cantora de enigmas, y te alzaste como un baluarte contra la muerte en mi tierra. Y, por ello, fuiste aclamado como mi rey y honrado con los mayores honores, mientras reinabas en la próspera Tebas.

ESTROFA 2ª Y ahora, ¿de quién se puede oír decir que es más desgraciado? ¿Quién es el que vive entre violentas penas, quién entre padecimientos con su vida cambiada? ¡Ah noble Edipo, a quien le bastó el



mismo espacioso puerto para arrojarse como hijo, padre y esposo! ¿Cómo, cómo pudieron los surcos paternos tolerarte en silencio, infortunado, durante tanto tiempo?

ANTÍSTROFA 2ª Te sorprendió, a despecho tuyo, el tiempo que todo lo ve y condena una antigua boda que no es boda en donde se engendra y resulta engendrado. ¡Ah, hijo de Layo, ojalá, ojalá nunca te hubiera visto! Yo gimo derramando lúgubres lamentos de mi boca; pero, a decir verdad, yo tomé aliento gracias a ti y pude adormecer mis ojos. (Sale un mensajero del palacio.)

MENSAJERO. —¡Oh vosotros, honrados siempre, en grado sumo, en esta tierra! ¿Qué sucesos vais a escuchar, qué cosas contemplaréis y en cuánto aumentaréis vuestra aflicción, si es que aún, con fidelidad, os preocupáis de la casa de los Labdácidas! Creo que ni el Istro ni el Fasis podrían lavar, para su purificación, cuanto oculta este techo y los infortunios que, enseguida, se mostrarán a la luz, queridos y no involuntarios. Y, de las amarguras, son especialmente penosas las que se demuestran buscadas voluntariamente.

CORIFEYO. —Los hechos que conocíamos son ya muy lamentables. Además de aquéllos, ¿qué anuncias?

MENSAJERO. —Las palabras más rápidas de decir y de entender: ha muerto la divina Yocasta.

CORIFEYO. —¡Oh desventurada! ¿Por qué causa?

MENSAJERO. —Ella, por sí misma. De lo ocurrido falta lo más doloroso, al no ser posible su contemplación. Pero, sin embargo, en tanto yo pueda recordarlo te enterarás de los padecimientos de aquella infortunada. Cuando, dejándose llevar por la pasión atravesó el vestíbulo, se lanzó derechamente hacia la cámara nupcial mesándose los cabellos con ambas manos. Una vez que entró, echando por dentro los cerrojos de las puertas, llama a Layo, muerto ya desde hace tiempo, y le recuerda su antigua simiente, por cuyas manos él mismo iba a morir y a dejar a su madre como funesto medio de procreación para sus hijos. Deploraba el lecho donde, desdichada, había engendrado una doble descendencia: un esposo de un esposo y unos hijos de hijos. Y, después de esto, ya no sé cómo murió; pues Edipo, dando gritos, se precipitó y, por él, no nos fue posible contemplar hasta el final el infortunio de aquella; más bien dirigíamos la mirada hacia él mientras daba vueltas. En efecto, iba y venía hasta nosotros pidiéndonos que le proporcionásemos una espada y que dónde se encontraba la esposa que no era esposa, seno materno en dos ocasiones, para él y para sus hijos. Algún dios se lo mostró, a él que estaba fuera de sí, pues no fue ninguno de los hombres que estábamos cerca. Y gritando de horrible modo, como si alguien le guiara, se lanzó contra las puertas dobles y, combándolas, abate desde los puntos de apoyo los cerrojos y se precipita en la

habitación en la que contemplamos a la mujer colgada, suspendida del cuello por retorcidos lazos. Cuando él la ve, el infeliz, lanzando un espantoso alarido, afloja el nudo corredizo que la sostenía. Una vez que estuvo tendida, la infortunada, en tierra, fue terrible de ver lo que siguió: arrancó los dorados broches de su vestido con los que se adornaba y, alzándolos, se golpeó con ellos las cuencas de los ojos, al tiempo que decía cosas como éstas: que no le verían a él, ni los males que había padecido, ni los horrores que había cometido, sino que estarían en la oscuridad el resto del tiempo para no ver a los que no debía y no conocer a los que deseaba. Haciendo tales imprecaciones una y otra vez —que no una sola—, se iba golpeando los ojos con los broches. Las pupilas ensangrentadas teñían las mejillas y no destilaban gotas chorreantes de sangre, sino que todo se mojaba con una negra lluvia y granizada de sangre. Esto estalló por culpa de los dos, no de uno sólo, pero las desgracias están mezcladas para el hombre y la mujer. Su legendaria felicidad anterior era entonces una felicidad en el verdadero sentido; pero ahora, en el momento presente, es llanto, infortunio, muerte, ignominia y, de todos los pesares que tienen nombre, ninguno falta.

CORIFEYO. —¿Y ahora se encuentra el desdichado en alguna tregua de su mal?

MENSAJERO. —Está gritando que se descorran los cerrojos y que muestren a todos los Cadmeos al homicida, al que de su madre... profiriendo expresiones impías, impronunciables para mí, como si se fuera a desterrar él mismo de esta tierra y a no permanecer más en el palacio, estando como está sujeto a la maldición que lanzó. Lo cierto es que requiere un soporte y un guía, pues la desgracia es mayor de lo que se puede tolerar. Te lo mostrará también a ti, pues se abren los cerrojos de las puertas. Pronto podrás ver un espectáculo tal, como para mover a compasión, incluso, al que le odiara.

(Se abren las puertas del palacio y aparece Edipo con la cara ensangrentada, andando a tientas.)

CORO. ¡Oh sufrimiento terrible de contemplar para los hombres! ¡Oh el más espantoso de todos cuantos yo me he encontrado! ¿Qué locura te ha acometido, oh infeliz? ¿Qué deidad es la que ha saltado, con salto mayor que los más largos, sobre su desgraciado destino? ¡Ay, ay, desdichado! Pero ni contemplarte puedo, a pesar de que quisiera hacerte muchas preguntas, enterarme de muchas cosas y observarte mucho tiempo. ¡Tal horror me inspira!

EDIPO. —¡Ah, ah, desgraciado de mí! ¿A qué tierra seré arrastrado, infeliz? ¿Adónde se me irá volando, en un arrebato, mi voz? ¡Ay, destino! ¿Adónde te has marchado?

CORIFEYO. —A un desastre terrible que ni puede escucharse ni



contemplarse.

ESTROFA 1ª EDIPO. —¡Oh nube de mi oscuridad, que me aíslas, sobrevinida de indecible manera, inflexible e irremediable! ¡Ay, ay de mí de nuevo! ¡Cómo me penetran, al mismo tiempo, los pinchazos de estos aguijones y el recuerdo de mis males!

CORIFEEO. —No tiene nada de extraño que en estos sufrimientos te lamentes y soportes males dobles.

ANTÍSTROFA 1ª EDIPO. —¡Oh amigo!, tú eres aún mi fiel servidor, pues todavía te encargas de cuidarme en mi ceguera. ¡Uy, uy!, No me pasas inadvertido, sino que, aunque estoy en tinieblas, reconozco, sin embargo, tu voz.

CORIFEEO. —¡Ah, tú que has cometido acciones horribles! ¿Cómo te atreviste a extinguir así tu vista?, ¿qué dios te impulsó?

ESTROFA 2ª EDIPO. —Apolo era, Apolo, amigos, quien cumplió en mí estos tremendos, sí, tremendos, infortunios míos. Pero nadie los hirió con su mano sino yo, desventurado. Pues ¿qué me quedaba por ver a mí, a quien, aunque viera, nada me sería agradable de contemplar?

CORO. —Eso es exactamente como dices.

EDIPO. —¿Qué es, pues, para mí digno de ver o de amar, o qué saludo es posible ya oír con agrado, amigos? Sacadme fuera del país cuanto antes, sacad, oh amigos, al que es funesto en gran medida, al maldito sobre todas las cosas, al más odiado de los mortales incluso para los dioses.

CORIFEEO. —¡Desdichado por tu clarividencia, así como por tus sufrimientos! ¡Cómo hubiera deseado no haberte conocido nunca!

ANTÍSTROFA 2ª EDIPO. —¡Así perezca aquel, sea el que sea, que me tomó en los pastos, desatando los crueles grilletes de mis pies, me liberó de la muerte y me salvó, porque no hizo nada de agradecer! Si hubiera muerto entonces, no habría dado lugar a semejante penalidad para mí y los míos.

CORO. —Incluso para mí hubiera sido mejor.

EDIPO. —No hubiera llegado a ser asesino de mi padre, ni me habrían llamado los mortales esposo de la que nació. Ahora, en cambio, estoy desasistido de los dioses, soy hijo de impuros, tengo hijos comunes con aquella de la que yo mismo —¡desdichado!— nací. Y si hay un mal aún mayor que el mal, ése le alcanzó a Edipo.

CORIFEEO. —No veo el modo de decir que hayas tomado una buena decisión. Sería preferible que ya no existieras a vivir ciego.

EDIPO. —No intentes decirme que esto no está así hecho de la mejor

manera, ni me hagas ya recomendaciones. No sé con qué ojos, si tuviera vista, hubiera podido mirar a mi padre al llegar al Hades, ni tampoco a mi desventurada madre, porque para con ambos he cometido acciones que merecen algo peor que la horca. Pero, además, ¿cómo hubiera sido deseable para mí contemplar el espectáculo que me ofrecen mis hijos, nacidos como nacieron? No por cierto, al menos con mis ojos. Ni la ciudad, ni el recinto amurallado, ni las sagradas imágenes de los dioses, de las que yo, desdichado —que fui quien vivió con más gloria en Tebas—, me privé a mí mismo cuando, en persona, proclamé que todos rechazaran al impío, al que por obra de los dioses resultó impuro y del linaje de Layo. Habiéndose mostrado que yo era semejante mancuerna, ¿iba yo a mirar a éstos con ojos francos? De ningún modo. Por el contrario, si hubiera un medio de cerrar la fuente de audición de mis oídos, no hubiera vacilado en obstruir mi infortunado cuerpo para estar ciego y sordo. Que el pensamiento quede apartado de las desgracias es grato. ¡Ah, Citerón! ¿Por qué me acogiste? ¿Por qué no me diste muerte tan pronto como me recibiste, para que nunca hubiera mostrado a los hombres de dónde había nacido? ¡Oh Pólipo y Corinto y antigua casa paterna —sólo de nombre —, cómo me criasteis con apariencia de belleza, pero corrompido de males por dentro! Ahora soy considerado un infame y nacido de infames. ¡Oh tres caminos y oculta cañada, encinar y desfiladero en la encrucijada, que bebisteis, por obra de mis manos, la sangre de mi padre que es la mía! ¿Os acordáis aún de mí? ¡Qué clase de acciones cometí ante vuestra presencia y, después, viniendo aquí, cuáles cometí de nuevo! ¡Oh matrimonio, matrimonio, me engendraste y, habiendo engendrado otra vez, hiciste brotar la misma simiente y diste a conocer a padres, hermanos, hijos, sangre de la misma familia, esposas, mujeres y madres y todos los hechos más abominables que suceden entre los hombres! Pero no se puede hablar de lo que no es noble hacer. Ocultadme sin tardanza, ¡por los dioses!, en algún lugar fuera del país o matadme o arrojadme al mar, donde nunca más me podáis ver. Venid, dignaos tocar a este hombre desgraciado. Obedecedme, no tengáis miedo, ya que mis males ningún mortal, sino yo, puede arrostrarlos.

CORIFEEO. —A propósito de lo que pides, aquí se presenta Creonte para tomar iniciativas o decisiones, ya que se ha quedado como único custodio del país en tu lugar.

EDIPO. —¡Ay de mí! ¿Qué palabras le voy a dirigir? ¿Qué garantía justa de confianza podrá aparecer en mí? Pues de mi enfrentamiento anterior con él, en todo me descubro culpable.

(Entra Creonte.)

CREONTE. —No he venido a burlarme, Edipo, ni a echarte en cara ninguno de los ultrajes de antes. (Dirigiéndose al Coro.) Pero si no sentís respeto ya por la descendencia de los mortales, sentido, al menos, por el



resplandor del soberano Helios que todo lo nutre y no mostréis así descubierta una mancha tal, que ni la tierra ni la sagrada lluvia ni la luz acogerán. Antes bien, tan pronto como sea posible, metedle en casa; porque lo más piadoso es que las deshonras familiares sólo las vean y escuchen los que forman la familia.

EDIPO. —¡Por los dioses!, ya que me has liberado de mi presentimiento al haber llegado con el mejor ánimo junto a mí, que soy el peor de los hombres, óyeme, pues a ti te interesa, que no a mí, lo que voy a decir.

CREONTE. —¿Y qué necesitas obtener para suplicármelo así?

EDIPO. —Arrójame enseguida de esta tierra, donde no pueda ser abordado por ninguno de los mortales.

CREONTE. —Hubiera hecho esto, sábelo bien, si no deseara, lo primero de todo, aprender del dios qué hay que hacer.

EDIPO. —Pero la respuesta de aquél quedó bien evidente: que yo perezca, el parricida, el impío.

CREONTE. —De este modo fue dicho; pero, sin embargo, en la necesidad que nos encontramos es más conveniente saber qué debemos hacer.

EDIPO. —¿Es que vais a pedir información sobre un hombre tan miserable?

CREONTE. —Sí, y tú ahora sí que puedes creer en la divinidad.

EDIPO. —En ti también confío y te hago una petición: dispón tú, personalmente, el enterramiento que gustes de la que está en casa. Pues, con rectitud, cumplirás con los tuyos. En cuanto a mí, que esta ciudad paterna no consienta en tenerme como habitante mientras esté con vida, antes bien, dejadme morar en los montes, en ese Citerón que es llamado mío, el que mi padre y mi madre, en vida, dispusieron que fuera legítima sepultura para mí, para que muera por obra de aquellos que tenían que haberme matado. No obstante, sé tan sólo una cosa, que ni la enfermedad ni ninguna otra causa me destruirán. Porque no me hubiera salvado entonces de morir, a no ser para esta horrible desgracia. Pero que mi destino siga su curso, vaya donde vaya. Por mis hijos varones no te preocupes, Creonte, pues hombres son, de modo que, donde fuera que estén, no tendrán nunca falta de recursos. Pero a mis pobres y desgraciadas hijas, para las que nunca fue dispuesta mi mesa aparte de mí, sino que de cuanto yo gustaba, de todo ello participaban siempre, a éstas cuidámelas. Y, sobre todo, permíteme tocarlas con mis manos y deplorar mis desgracias. ¡Ea, oh Señor! ¡Ea, oh noble en tu linaje! Si las tocara con las manos, me parecería tenerlas a ellas como cuando veía. ¿Qué digo? (Hace ademán de escuchar.) ¿No estoy oyendo llorar a mis dos queridas hijas? ¿No

será que Creonte por compasión ha hecho venir lo que me es más querido, mis dos hijas? ¿Tengo razón?

(Entran Antígona e Ismene conducidas por un siervo.)

CREONTE. —La tienes. Yo soy quien lo ha ordenado, porque imaginé la satisfacción que ahora sientes, que desde hace rato te obsesionaba.

EDIPO. —¡Ojalá seas feliz y que, por esta acción, consigas una divinidad que te proteja mejor que a mí! ¡Oh hijas! ¿Dónde estáis? Venid aquí, acercaos a estas fraternas manos más que os han proporcionado ver de esta manera los ojos, antes luminosos, del padre que os engendró. Este padre, que se mostró como tal para vosotras sin conocer ni saber dónde había sido engendrado él mismo. Lloro por vosotras dos —pues no puedo miraros—, cuando pienso qué amarga vida os queda y cómo será preciso que paséis vuestra vida ante los hombres. ¿A qué reuniones de ciudadanos llegaréis, a qué fiestas, de donde no volváis a casa bañadas en lágrimas, en lugar de gozar del festejo? Y cuando lleguéis a la edad de las bodas, ¿quién será, quién, oh hijas, el que se expone a aceptar semejante oprobio, que resultará una ruina para vosotras dos como, igualmente, lo fue para mis padres? ¿Cuál de los crímenes está ausente? Vuestro padre mató a su padre, fecundó a la madre en la que él mismo había sido engendrado y os tuvo a vosotras de la misma de la que él había nacido. Tales reproches soportaréis. Según eso, ¿quién querrá desposaros? No habrá nadie, oh hijas, sino que seguramente será preciso que os consumáis estériles y sin bodas. ¡Oh hijo de Meneces!, ya que sólo tú has quedado como padre para éstas —pues nosotros, que las engendramos, hemos sucumbido los dos—, no dejes que las que son de tu familia vaguen mendicantes sin esposos, no las iguales con mis desgracias. Antes bien, apiádate de ellas viéndolas a su edad así, privadas de todo excepto en lo que a ti se refiere. Prométemelo, ¡oh noble amigo!, tocándome con tu mano. Y a vosotras, ¡oh hijas!, si ya tuvierais capacidad de reflexión, os daría muchos consejos. Ahora, suplicad conmigo para que, donde os toque en suerte vivir, tengáis una vida más feliz que la del padre que os dio el ser.

CREONTE. —Basta ya de gemir. Entra en palacio.

EDIPO. —Te obedeceré, aunque no me es agradable.

CREONTE. —Todo está bien en su momento oportuno.

EDIPO. —¿Sabes bajo qué condiciones me iré?

CREONTE. —Me lo dirás y, al oírlo, me enteraré.

EDIPO. —Que me envíes desterrado del país.

CREONTE. —Me pides un don que incumbe a la divinidad.

EDIPO. —Pero yo he llegado a ser muy odiado por los dioses.



CREONTE. —Pronto, en tal caso, lo alcanzarás.

EDIPO. —¿Lo aseguras?

CREONTE. —Lo que no pienso, no suelo decirlo en vano.

EDIPO. —Sácame ahora ya de aquí.

CREONTE. —Márchate y suelta a tus hijas.

EDIPO. —En modo alguno me las arrebatas.

CREONTE. —No quieras vencer en todo, cuando, incluso aquello en lo que triunfaste, no te ha aprovechado en la vida.

(Entran todos en palacio.)

CORIFEEO. —¡Oh habitantes de mi patria, Tebas, mirad: he aquí a Edipo, el que solucionó los famosos enigmas y fue hombre poderosísimo; aquel al que los ciudadanos miraban con envidia por su destino! ¡En qué cúmulo de terribles desgracias ha venido a parar! De modo que ningún mortal puede considerar a nadie feliz con la mira puesta en el último día, hasta que llegue al término de su vida sin haber sufrido nada doloroso.



DRAMATIS PERSONAE

TESEO, duque de Atenas.
EGEO, padre de Hermia.
LISANDRO y DEMETRIO, enamorados de Hermia.
FILÓSTRATO, director de fiestas de Teseo.
QUINCIO, carpintero.
SNUG, ensamblador.
BOTTOM, tejedor.
FLAUTO, componedor de fueles.
SNOWT, calderero.
STARVELING, sastre.
HIPÓLITA, reina de las Amazonas, prometida de Teseo.
HERMIA, hija de Egeo, enamorada de Lisandro.
ELENA, enamorada de Demetrio.
OBERÓN, rey de las hadas.
TITANIA, reina de las hadas.
PUCK, o ROBÍN BUEN-CHICO, duende.
FLOR-DE-GUISANTE, TELARAÑA, POLILLA y GRANO-DE-MOSTAZA, hadas.
PÍRAMO, TISBE, MURO, LUZ DE LUNA y LEÓN, personajes del sainete.
Otras hadas del séquito de su rey y su reina. Séquito de Teseo e Hipólita.
La escena, en Atenas y un bosque de sus alrededores.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Atenas. Cuarto en el palacio de Teseo.



(Entran TESEO, HIPÓLITA, FILÓSTRATO y acompañamiento.)

TESEO.—No está lejos, hermosa Hipólita, la hora de nuestras nupcias, y dentro de cuatro felices días principiará la luna nueva; pero ¡ah!, ¡con cuánta lentitud se desvanece la anterior! Provoca mi impaciencia como una suegra o una tía que no acaba de morirse nunca y va consumiendo las rentas del heredero.

HIPÓLITA.—Pronto declinarán cuatro días en cuatro noches, y cuatro noches harán pasar rápidamente en sueños el tiempo; y entonces la luna, que parece en el cielo un arco encorvado, verá la noche de nuestras solemnidades.

TESEO.—Ve, Filóstrato, a poner en movimiento la juventud ateniense y prepararla para las diversiones: despierta el espíritu vivaz y oportuno de la alegría y quede la tristeza relegada a los funerales. Esa pálida compañera no conviene a nuestras fiestas.

(Sale FILÓSTRATO.)

Hipólita, gané tu corazón con mi espada, causándote sufrimientos; pero me desposaré contigo de otra manera: en la pompa, el triunfo y los placeres.

(Entran EGEO, HERMIA, LISANDRO y DEMETRIO.)

EGEO.—¡Felicidades a nuestro afamado duque Teseo!

TESEO.—Gracias, buen Egeo ¿Qué nuevas traes?

EGEO.—Lleno de pesadumbre vengo, a quejarme contra mi hija Hermia. Avanzad, Demetrio. Noble señor, este hombre había consentido en casarse con ella... Avanzad Lisandro, Pero éste, bondadoso duque, ha seducido el corazón de mi hija. Tú, Lisandro, tú le has dado rimas y cambiado con ella presentes amorosos; has cantado a su ventana en las noches de la luna con engañosa voz versos de fingido afecto, y has fascinado las impresiones de su imaginación con brazaletes de tus cabellos, anillos, adornos, fruslerías, ramilletes, dulces y bagatelas, mensajeros que las más veces prevalecen sobre la inexperta juventud; has extraviado astutamente el corazón de mi hija y convertido la obediencia que me debe en ruda obstinación. Así, mi benévolo duque, si aquí en presencia de vuestra alteza no consiente en casarse con Demetrio, reclamo el antiguo privilegio de Atenas: siendo mía, puedo disponer de ella, y la destino a ser esposa de este caballero o morir según la ley establecida para este caso.

TESEO.—¿Qué decís, Hermia? Tomad consejo, hermosa doncella. Vuestro padre debe ser a vuestros ojos como un dios. Él es autor de vuestras bellezas, sois como una forma de cera modelada por él, y tiene el poder de conservar o borrar la figura. Demetrio es un digno caballero.

HERMIA.—También lo es Lisandro.

TESEO.—Lo es en sí mismo; pero faltándole en esta coyuntura el favor de vuestro padre, hay que considerar como más digno el otro.

HERMIA.—Desearía solamente que mi padre pudiese mirar con mis ojos.

TESEO.—Más bien vuestro discernimiento debería mirar con los ojos de vuestro padre.

HERMIA.—Que vuestra alteza me perdone. No sé qué poder me inspira audacia, ni como podrá convenir a mi modestia el abogar por mis sentimientos en presencia de tan augusta persona; pero suplico a vuestra alteza que se digne decirme cual es el mayor castigo en este caso si rehúso casarme con Demetrio.

TESEO.—O perder la vida o renunciar para siempre a la sociedad de los hombres. Consultad pues, hermosa Hermia, vuestro corazón, daos cuenta de vuestra tierna edad, examinad bien vuestra indole para saber si en el caso de resistir a la voluntad de vuestro padre podréis soportar la librea de una vestal, ser para siempre aprisionada en el sombrío claustro, pasar toda la vida en estéril fraternidad entonando cánticos desmayados a la fría y árida luna. Tres veces benditas aquellas que pueden dominar su sangre y sobrellevar esta casta peregrinación; pero en la dicha terrena más vale la rosa arrancada del tallo que la que marchitándose sobre la espina virgen crece, vive y muere solitaria.

HERMIA.—Así quiero crecer, señor, y vivir y morir, antes que sacrificar mi virginidad a un yugo que mi alma rechaza y al cual no puedo someterme.

TESEO.—Tomad tiempo para reflexionar; y por la luna nueva, día en que se ha de sellar el vínculo de eterna compañía entre mi amada y yo, preparaos a morir por desobediencia a vuestro padre, o a desposaros con Demetrio, o a abrazar para siempre en el altar de Diana la vida solitaria y austera.

DEMETRIO.—Cede, dulce Hermia. Y tú, Lisandro, renuncia a tu loca pretensión ante la evidencia de mi derecho.

LISANDRO.—Demetrio, tenéis el amor de su padre. Dejadme el de Hermia. Casaos con él.

EGEO.—Desdeñoso Lisandro, es verdad que tiene mi amor y por eso le doy lo que es mío. Ella es mía, y cedo a Demetrio todo mi poder sobre ella.

LISANDRO.—Señor, tan bien nacido soy como él y mi posición es igual a la suya; pero mi amor le aventaja. Mi fortuna es en todos los casos considerada tan alta, si no más, que la de Demetrio. Y lo que vale más que todas estas ostentaciones, soy el amado de la hermosa Hermia. ¿Por qué, pues, no habría yo de sostener mi derecho? Demetrio, lo digo en su presencia, cortejó a Elena, la hija de Nedar, y conquistó su corazón; y ella, pobre señora, ama entrañablemente, ama con idolatría a este hombre inconstante y desleal.

TESEO.—Confieso haber oído referir esto mismo y me proponía a hablar



sobre ello con Demetrio; pero agobiado por innumerables negocios, perdí de vista aquel intento. Sin embargo, venid, Egeo y Demetrio; debo comunicaros algunas instrucciones. Y en cuanto a vos, bella Hermia, haced el ánimo de acomodaros a la voluntad de vuestro padre; o, si no, a sufrir la ley de Atenas, que en manera alguna podemos atenuar, la cual os condena a la muerte o al voto de vida célibe. Ven, Hipólita mía, ¿qué regocijo idearemos, amor mío? Venid también Egeo y Demetrio; tengo que emplearos en lo relativo a mis nupcias y conferenciar con vosotros acerca de algo que de un modo más inmediato os concierne.

EGEO.—Por deber y por afecto os seguimos.

(Salen TESEO, HIPÓLITA, EGEO, DEMETRIO y el séquito.)

LISANDRO.—¿Y bien, amor mío? ¿Por qué palidecen tanto tus mejillas? ¿Cómo es que sus rosas se decoloran tan pronto?

HERMIA.—Parece que por falta de lluvia; si bien podría yo regarlas de sobra con la tormenta de mis ojos.

LISANDRO.—¡Ay de mí! Cuanto llegué a leer o a escuchar, ya fuese de historia o de romance, muestra que jamás el camino del verdadero amor se vio exento de borrascas. Unas veces nacen los obstáculos de la diversidad de las condiciones.

HERMIA.—¡Oh manantial de contradicciones y desgracias, el amor que sujeta al príncipe a los pies de la humilde pastora!

LISANDRO.—Otras veces está la desproporción en los años.

HERMIA.—Triste espectáculo ver el otoño unido a la primavera.

LISANDRO.—Otras, en fin, forzaron a la elección las ciegas cabalas de amigos imprudentes.

HERMIA.—¡Oh infierno! ¡Elegir amor por los ojos de otro!

LISANDRO.—O si cabía afecto en la elección, la guerra, la enfermedad, la muerte la asediaron; haciendo que el goce fuese momentáneo como el sonido, rápido como la sombra, breve como un corto sueño y fugaz como el relámpago que en la oscuridad de la noche ilumina cielo y tierra, y antes que el hombre tenga tiempo de decir «¡mira!», se ha perdido ya en el seno de las tinieblas; tan pronto las cosas brillantes se abisman en las sombras de la confusión.

HERMIA.—Pues si los verdaderos amantes siempre fueron contrariados, ha de ser por decreto del destino. Armémonos, pues, de paciencia en nuestra prueba, ya que ésta no es sino una cruz habitual, tan propia del amor como los pensamientos, las ilusiones, los suspiros, los deseos y las lágrimas, triste

séquito de la fantasía.

LISANDRO.—Prudente consejo. Escucha, por tanto, Hermia. Tengo una anciana tía viuda, y muy opulenta y sin hijos, que me considera como su hijo único. Su casa dista siete leguas de Atenas; y allí, gentil Hermia, podremos desposarnos, pues la dura ley de Atenas no puede perseguirnos hasta allí. Si me amas, abandona sigilosamente la casa de tu padre mañana por la noche, que yo te aguardaré en el bosque a una legua de la ciudad, en el punto donde te encontré una vez con Elena para observar el rito de la mañana de mayo.

HERMIA.—Buen Lisandro mío, te juro por el más firme arco de Cupido, por el candor de las palomas de Venus, por cuanto une las almas y ampara los amores y por aquel fuego que abrasaba a la reina de Cartago al ver la vela fugitiva del falso troyano; por todos los juramentos que los hombres han quebrantado y que ninguna mujer podría enumerar, te juro que me encontraré mañana a tu lado en el mismo sitio que designas.

LISANDRO.—Cumple tu promesa, amor mío. Mira, aquí viene Elena.

(Entra ELENA.)

HERMIA.—Sed con Dios, bella Elena. ¿Adónde te vais?

ELENA.—¿Bella me llamas? Retirad ese nombre. Demetrio ama vuestra hermosura. ¡Oh hermosura feliz! Vuestros ojos son estrellas, y la música de vuestra voz en más armoniosa que el canto de la alondra a los oídos del pastor cuando verdea el trigo y asoman los capullos del blanco espino. ¿Por qué, si las enfermedades son contagiosas, no hubo de serlo el favor? Entonces tomaría yo el vuestro antes de irme, mi oído adquiriría vuestra voz, mis ojos el encanto de los vuestros, mi lengua la dulce melodía de la vuestra. Si todo el mundo fuera mío..., excepto Demetrio, os daría el mundo todo. ¡Oh! ¡Enseñadme vuestro hechizo y por qué arte dirigís los impulsos del corazón de Demetrio!

HERMIA.—Lo miro con semblante adusto y, sin embargo, me ama.

ELENA.—¡Ah, si vuestro enojo pudiera enseñar a mis sonrisas semejante destreza!

HERMIA.—Lo maldigo y, sin embargo, me ama.

ELENA.—¿Si pudieran mis súplicas obtener semejante afecto!

HERMIA.—Cuanto más lo aborrezco más, más tenazmente me persigue.

ELENA.—¡Cuanto más lo amo más me aborrece!

HERMIA.—Su insensatez no es culpa mía, Elena.

ELENA.—No, pero lo es de vuestra belleza. Ya quisiera yo ser culpable de esa falta.



HERMIA.—Cobrad aliento, que él no volverá a verme. Lisandro y yo vamos a abandonar este lugar. Antes de conocer a Lisandro me parecía Atenas un paraíso; ¿pues qué seducciones hay en mi amor para que haya convertido un cielo en infierno?

LISANDRO.—Elena, os revelamos nuestro intento. Mañana a la noche, cuando Febe contemple su argentada faz en el cristal de las aguas, convirtiendo en perlas líquidas el rocío sobre las hojas del césped, hora propicia aún a la fuga de los amantes, hemos convenido en salir furtivamente de Atenas.

HERMIA.—Y nos encontraremos en el bosque, allí donde vos y yo solíamos, reclinadas sobre lechos de rosas, confiarnos a nuestros amorosos devaneos; y de allí apartaremos la vista de Atenas para buscar nuevos amigos y la sociedad de los extraños. ¡Adiós, mi dulce compañera; rogad por nosotros, y que la buena suerte os entregue a vuestro Demetrio! Sed fiel a la promesa, Lisandro; hasta mañana a medianoche hemos de privar nuestros ojos del alimento de los amantes.

(Sale HERMIA.)

LISANDRO.—Puedes estar segura de que lo haré, Hermia mía. Adiós Elena, y que Demetrio os ame tanto como vos a él.

(Sale LISANDRO.)

ELENA.—¡Cuánto más felices pueden ser unos que otros! En toda Atenas se me tiene por tan hermosa como ella. Pero, ¿de qué me sirve? Demetrio no piensa así y no quiere saber lo que todos saben. Y así como él se extravía, fascinado por los ojos de Hermia, me ciego yo admirando las cualidades que en él veo. Pero el amor puede transformar en belleza y dignidad cosas bajas y viles, porque no ve con los ojos, sino con la mente, y por eso pinta ciego a Cupido el alado. Ni tiene en su mente el amor señal alguna de discernimiento; como que las alas y la ceguera son signos de imprudente premura. Y por ella se dice que el amor es niño, siendo tan a menudo engañado en la elección. Y como en sus juegos perjuran los muchachos traviesos, así el rapaz amor es perjurado en todas partes; pues antes de ver Demetrio los ojos de Hermia me juró de rodillas que era sólo mío; más apenas sintió el calor de su presencia, deshiciéronse sus juramentos como el grano al sol. Yo le avisaré la fuga de la bella Hermia, y mañana por la noche le acompañaré al bosque para perseguirla; que si por este aviso me queda agradecido, recibiré en ello un alto aprecio, aunque si aspiro a mitigar mi pena, sólo es poder mirarlo a la ida y a la vuelta.

(Sale ELENA.)

ESCENA SEGUNDA

Cuarto en una quinta.

(Entran SNUG, BOTTOM, FLAUTO, QUINCIO, SNOWT y STARVELING.)

QUINCIO.—¿Están aquí todos vuestros compañeros?

BOTTOM.—Mejor haréis en llamarlos uno a uno, según la lista.

QUINCIO.—He aquí la nómina de los que, en toda Atenas, son considerados aptos para desempeñar el sainete que se ha de representar ante el duque y la duquesa en la noche de sus bodas.

BOTTOM.—Primero, buen Pedro Quincio, decid sobre qué asunto versa la representación, leed los nombres de los actores y luego distribuid los papeles.

QUINCIO.—Ciertamente. Nuestra representación es La muy lamentable comedia y muy cruel muerte de Píramo y Tisbe.

BOTTOM.—Hermoso trabajo, os aseguro, y en extremo alegre. Ahora, mi excelente Quincio, llama por lista a vuestros actores. Maestros, presentaos.

QUINCIO.—Responded a medida que os llame. Nick Bottom, el tejedor.

BOTTOM.—Listo. Decid el papel que me toca, y adelante.

QUINCIO.—Vos, Nick Bottom, habéis sido designado para Píramo.

BOTTOM.—¿Qué es Píramo, un tirano o un amante?

QUINCIO.—Un amante que por amor se mata con el más grande heroísmo.

BOTTOM.—Eso para ser bien representado necesita algunas lágrimas: si he de hacer el papel, ya veréis al auditorio llorar a moco tendido. Levantaré una borrasca, y en cierto modo conmoveré algo. Por lo demás, mi vocación es la de tirano. Podría representar a Hércules con rara perfección, o un papel en que se destrozara a un gato, para que todo quedara hecho trizas.

Con trémulos golpes las rocas rabiosas
rompen los candados de toda prisión,
y el faro de Febo que alumbra las nubes
los hados revuelve, girando veloz.

¡Esto es sublime! Decid ahora los nombres de los otros actores. Éste es el estilo de Hércules, el estilo de un tirano. Un amante es más plañidero.



QUINCIO.—Francisco Flauto.

FLAUTO.—Presente, Pedro Quincio.

QUINCIO.—Tisbe es el papel que os corresponde.

FLAUTO.—¿Qué es Tisbe? ¿Un caballero andante?

QUINCIO.—Es la señora a quien ha de amar Píramo.

FLAUTO.—No, a fe mía, no me hagáis representar a una mujer. Ya me está saliendo la barba.

QUINCIO.—Eso no importa. Llevaréis máscara y podréis fingir la voz tanto como queráis.

BOTTOM.—Si es cosa de esconder la cara, dejadme hacer también el papel de Tisbe. Soltaré una vocecita admirable: «¡Ah Píramo, mi adorado amante! ¡Tu idolatrada Tisbe y querida señora!»

QUINCIO.—No, no. Debéis representar a Píramo vos, y a Tisbe, Flauto.

BOTTOM.—Bien. Continúa.

QUINCIO.—Robin Starveling, sastre.

STARVELING.—Heme aquí, Pedro Quincio.

QUINCIO.—Robin Starveling, debéis representar a la madre de Tisbe. Tom Snowt, el calderero.

SNOWT.—Aquí, Pedro Quincio.

QUINCIO.—Vos al padre de Píramo; yo, al de Tisbe. Snug, el ensamblador, vos el papel de león. Y con esto creo que queda bien ordenada la representación.

SNUG.—¿Tenéis escrito el papel de león? Si es así, os suplico que me lo deis, pues no tengo gran facilidad para aprender de memoria.

QUINCIO.—Podéis hacerlo de improviso, pues no tenéis que hacer más que rugir.

BOTTOM.—¡Dejadme hacer también de león! Ya veréis si cada rugido que yo dé no hará saltar de alegría el corazón de cualquiera. Hasta el duque ha de exclamar: «¡Que vuelva a rugir!, ¡que vuelva a rugir!»

QUINCIO.—Pero lo harías de un modo tan terrible que se asustarían la duquesa y las señoras, y se pondrían a dar alaridos, y con eso ya habría lo suficiente para que nos colgaran a todos.

TODOS.—¿A todos?

BOTTOM.—Os garantizo amigos, que si dierais algún gran susto a las

señoras no les volvería el alma al cuerpo mientras no estuviésemos colgados en la horca; pero yo ahuecaré de tal forma la voz que me oiréis rugir tan dulcemente como una palomita recién nacida: rugiré lo mismo que si fuese un ruiseñor.

QUINCIO.—No podéis desempeñar otro papel que el de Píramo; porque Píramo es un hombre simpático, hombre correcto como el que se puede ver en un día de verano, hombre de todo punto amable y caballeroso.

BOTTOM.—Bueno; haré lo que pueda. ¿Qué barba os parece mejor que me ponga para la función?

QUINCIO.—Por supuesto la que se os antoje.

BOTTOM.—Llenaré mi cometido con vuestra barba color de paja, vuestra barba color naranja, vuestra barba color morado oscuro o vuestra barba color de cabeza francesa, vuestro amarillo perfecto.

QUINCIO.—Algunas de vuestras cabezas francesas no tienen cabello alguno, y así seríais un actor calvo. Pero, maestro, he aquí vuestros papeles, y estoy en el deber de insinuaros, requeriros y expresaros mi deseo de ensayarlos mañana por la noche. Nos reuniremos en el bosque de palacio, a una milla distante de la ciudad, y a la luz de la luna. Allí podremos hacer el ensayo, porque en la ciudad se haría conocido nuestro plan y nos asediarían las gentes. Al mismo tiempo haré una lista de los objetos necesarios que la representación requiere; ¡ojo!, y no faltéis.

BOTTOM.—Nos reuniremos y allí podremos ensayar con mayor libertad y osadía. Daos algún trabajo, ser perfectos. Adiós.

QUINCIO.—Nos encontraremos en el roble del duque.

BOTTOM.—Está dicho: cumpliremos, o caiga sobre nosotros la desgracia.

(Salen.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Bosque cerca de Atenas.

(Entran un HADA por un lado y PUCK por otro.)



PUCK.—¿Hacia dónde vagáis ahora, señor espíritu?

HADA.—Sobre la colina, sobre el llano, entre la maleza, entre los matorrales, sobre el parque, sobre el cercado, a través del agua, a través del fuego, por todas partes voy vagando más rápida que la esfera de la luna, y sirvo a la reina de las hadas para llenar de rocío sus verdes dominios. Las altas velloritas son sus discípulas. ¿Veis manchas en sus mantos de oro? Esos son rubies, regalos de hadas; en esas manchas viven sus perfumes, y tengo que ir a buscar allí algunas gotas de rocío y colgar una perla en la oreja de cada primula. Adiós, ¡oh tú, el más pesado de los espíritus! Me voy. Ya nuestra reina y todo su séquito no tardarán en llegar.

PUCK.—El rey viene a celebrar aquí sus fiestas. Cuida tú de que la reina no se presente a su vista, pues Oberón está loco de furor por ella; para que le sirva de paje, le ha robado un hermosísimo muchacho a un rey indio. Jamás había tenido ella un pupilo tan encantador, y Oberón, celoso, habría querido que el muchacho fuese un caballero de su séquito para recorrer los bosques enmarañados. Pero ella retiene por la fuerza al chico, lo corona de flores y se deleita con él. Y por eso ahora nunca se encuentran Oberón y ella en gruta o pradera o clara fuente, alumbrada por las estrellas, sin que se peleen de modo que, asustados todos los duendes, se oculten en los cálices de las botellas de la encina.

HADA.—O yo equívoco enteramente vuestra forma o sois el astuto y maligno espíritu Robín buen-chico. ¿No sois aquél que asusta a las muchachas de la aldea, espuma la leche y a veces trabaja en el molino de mano echando a perder todo el contenido de la mantequera de la pobre mujer hacendosa, y en ocasiones hace que espumee la cerveza? ¿No extraviáis a los que viajan de noche y os reis del daño que sufren? Hacéis el trabajo de los que os llaman buen duende y lindo Puck, y le dais buena ventura. ¿No sois ese espíritu?

PUCK.—Has hablado con acierto. Yo soy aquel alegre peregrino de la noche; yo hago chanzas que hacen sonreír a Oberón, como cuando atraigo algún caballo gordo y bien nutrido de grano imitando el relincho de una potranca, y algunas veces me escondo en el tazón de alguna comadre, pareciendo en todo como un cangrejo asado, y cuando va a beber choco contra su labio y hago caer la cerveza sobre su blanco delantal. Suele acontecer que la tía más prudente, refiriendo un tristísimo cuento, me equivoca con su sitio de tres pies; me escuro al punto y cae a plomo gritando y se apodera de ella un acceso de tos. Entonces toda la concurrencia, apartándose los costados, se ríe y estornuda y jura que nunca se ha pasado allí hora más alegre. Pero haz sitio, que aquí viene Oberón.

HADA.—Y aquí mi señora. Desearía que se hubiese ido.

(Entran OBERÓN por un lado, con su séquito, y TITANIA por otro, con el

suyo.)

OBERÓN.—En mala hora os encuentro a la luz de la luna, orgullosa Titania.

TITANIA.—¿Y bien, celoso Oberón? Hadas, alejaos de aquí. He renegado de su lecho y de su sociedad.

OBERÓN.—Poco a poco, jactanciosa. ¿No soy tu señor?

TITANIA.—Pues entonces debería ser yo tu señora. Pero yo sé cuándo te has deslizado fuera de la tierra de las hadas y has pasado todo el día sentado en forma de Corino el pastor, tocando flautas de tallo de maíz y cantando versos de amores a la enamorada Filida. ¿Por qué te encuentras aquí habiendo venido desde la más remota llanura desierta de la India? Solamente, a fe mía, porque la altiva amazona, vuestra turbulenta señora y amante guerrera, debe desposarse con Teseo, y venis a dar alegría y prosperidad a su lecho.

OBERÓN.—¿Cómo puedes tener la insolencia, de aludir así a mi valimiento con Hipólita, cuando sabes que conozco tu amor por Teseo? ¿No eres tú quien lo guio en la estrellada noche lejos de Perigenio, a quien había reducido? ¿Y no le hiciste quebrantar su promesa a la hermosa Eglé, y a Ariadna, y a Antiope?

TITANIA.—Todo eso es puro invento de los celos. Nunca, desde las noches de la canícula, nos hemos encontrado en colina o llanura, en bosque o en pradera, junto al surtidor esculpido o el arroyo fugaz, o en la arenosa playa del mar, para bailar nuestras danzas en el viento silbador, sin que hayas venido a perturbar nuestra fiesta con tus disputas. Y por eso los vientos, llamándonos en vano con su música, han absorbido, como por venganza, las nieblas contagiosas del mar, y cayendo éstas sobre la tierra han engrandecido de tal modo los más modestos ríos que rebosaron por encima de sus márgenes. Así es que en vano jadeaba el buey bajo su yugo y que el Labrador haya prodigado su sudor. El verde maíz se ha podrido antes que el penacho coronase su espiga, el redil permanece vacío en el campo inundado, y los cuervos se ceban en los rebaños muertos. Desierto y lleno de lodo está el sitio de las danzas con tamboriles y castañuelas, y por la falta de tráfico es imposible de discernir las caprichosas masas de verduras en el laberinto rústico. Aquí falta a los mortales su invierno y no hay noche alguna alegrada por un himno o una canción. La luna, que preside a las inundaciones, pálida de cólera por todo esto, inunda los aires y hace que abunden las enfermedades reumáticas; y a favor de esta perturbación vemos alteradas las estaciones. El granizo de cabeza cana cae en el fresco regazo de la encarnada rosa, y una guirnalda de perfumados botones se pone como por burla sobre la barba del viejo invierno y encima de su corona de hielo. La primavera, el verano, el fértil otoño, el sañudo invierno cambian sus acostumbradas libreas y el mundo, atónito con su aumento, no



sabe ahora distinguir la una de la otra. Y toda esta serie de males se engendra por nuestra disensión. Nosotros somos sus progenitores y su manantial.

OBERÓN.—Pues entonces remédialos, que de ti sola depende. ¿Por qué se empeñaría Titania en contradecir a su Oberón? Todo lo que pido no es más que un tierno rapazuelo para que me sirva de paje.

TITANIA.—Deja tu corazón en paz, que todo el reino de las hadas no bastaría para comprarme ese niño. Su madre era una sacerdotisa de mi orden, y por la noche, en el aire embalsamado de la India, habló conmigo muchas veces y se sentó a mi lado en las amarillas arenas de Neptuno, señalando las veleras naves sobre las olas. Nos refamos al ver las velas hincharse como si hubieran concebido bajo el caprichoso viento, y ella con agraciada ondulación las imitaba, al peso de su seno que ya atesoraba a mi joven caballero, y emprendía viajes para traerme bagatelas, y volvía aun, como de larga navegación, rica de mercancías. Pero, a fuer de mortal, sucumbió al dar a luz al niño, y yo, en amorosa memoria de ella, lo críe, y en memoria de ella no me separé de él.

OBERÓN.—¿Cuánto tiempo pensáis permanecer en este bosque?

TITANIA.—Quizá hasta después del día de las bodas de Teseo. Si queréis pacientemente tomar parte en nuestra danza y ver nuestros juegos en la claridad de la luna, venid con nosotros. Si no, alejaos de mí y yo evitaré los lugares que frecuentáis.

OBERÓN.—Dame a ese chiquillo y yo iré contigo.

TITANIA.—No, ni por todo tu reino. Vámonos, hadas, pues si me quedo más tiempo vamos a reñir de todas todas.

(Salen TITANIA y su séquito.)

OBERÓN.—Bien, sigue tu camino, que no saldrás de esta enramada sin que yo te haya atormentado por esta ofensa. Ven aquí, mi gentil Puck. ¿Te acuerdas de cuando me senté en un promontorio y vi a una sirena sobre el dorso de un delfín entonando un aria tan dulce y melodiosa que hasta el rudo océano se apaciguó al oír su canto, y ciertas estrellas se lanzaron enloquecidas de sus esferas para gozar la música de la marina doncella?

PUCK.—Me acuerdo.

OBERÓN.—En ese mismo tiempo vi, aunque no lo podrías ver tú, volar entre la fría luna y la tierra a Cupido llevando sus armas. Apuntó a cierta hermosa vestal entronizada hacia el oeste y lanzó una saeta de amor con suma destreza, como para atravesar cien mil corazones; más se extinguió el inflamado dardo de Cupido en los húmedos rayos de la casta luna, y la imperial virgen paso sin cuidado en solitaria y tranquila meditación. Observé,

sin embargo, el sitio donde el proyectil de Cupido cayó hiriendo una pequeña flor de occidente, blanca como la leche, y a la cual las doncellas llaman el amor desconsolado. Tráeme esa flor; ya en otra ocasión te mostré la planta. Su jugo, vertido sobre los dormidos párpados, hace que el hombre o la mujer se enamore perdidamente de la primera criatura viva que vea. Tráeme esa hierba y cuida de volver aquí antes que el leviatán pueda haber nadado una legua.

PUCK.—Daré una vuelta completa alrededor de la tierra en cuarenta minutos.

(Sale PUCK.)

OBERÓN.—Una vez en posesión de ese jugo, acecharé el momento en que Titania esté dormida y verteré el líquido sobre sus ojos. La primera cosa que mire al despertar, ya sea un león, un oso, un lobo, un buey, un mico travieso o un afanoso orangután, le inspirará un amor irresistible, y antes que yo libre sus ojos de ese encanto, como puedo hacerlo por medio de otra hierba, le obligaré a que me entregue su paje. Pero, ¿quién viene? Soy invisible y puedo escuchar su conversación.

(Entra DEMETRIO, y ELENA detrás de él.)

DEMETRIO.—No te amo, es inútil que me persigas. ¿Dónde están Lisandro y la hermosa Hermia? Mataré al uno; la otra me mata a mí. Me dijiste que se habían refugiado ocultamente en este bosque, y heme aquí, como un loco, porque no puedo encontrarme con Hermia. Ea, vete de aquí y no me sigas más.

ELENA.—Vos me atraéis, imán de mi corazón empedernido; pero no es hierro lo que atraéis, pues mi corazón es más fino que el acero. Despojaos de ese poder y yo no tendré el de seguirlos.

DEMETRIO.—¿Acaso os solicito? ¿Os hablo con dulzura? ¿O antes bien, no os digo en los términos más claros que no os amo ni puedo amaros?

ELENA.—Y aun por eso mismo os amo más. Soy vuestro sabueso, y cuanto más me golpeáis, Demetrio, más os acariciaré. Tratadme como a vuestro sabueso; echadme, dadme golpes, descuidadme, abandonadme, pero permitid tan sólo que, a pesar de no ser digna de vos, pueda seguirlos. ¿Qué puesto más humilde puedo implorar en vuestro afecto, y sin embargo lo estimo muy alto, que el de ser tratada como tratáis a vuestro perro?

DEMETRIO.—No tienes demasiado la aversión de mi alma, porque sólo el verte me llena de disgusto.

ELENA.—Y a mí me llena de disgusto el no mirarte.

DEMETRIO.—Demasiado acusáis vuestra modestia abandonando la ciudad, entregándoos en manos de quien no os ama, sin desconfiar de la



oportunidad de la noche ni del mal consejo de un lugar desierto, mientras lleváis el tesoro de la virginidad.

ELENA.—Me sirve de escudo vuestra virtud. Para mí no es noche cuando veo vuestro rostro, y así no me parece que estamos en la noche. Ni falta a este bosque un mundo de sociedad, pues para mí vos solo sois todo el mundo. ¿Cómo decir, pues, que estoy sola, si todo el mundo está aquí para verme?

DEMETRIO.—Huiré de ti y me ocultaré en las breñas, y te dejaré a merced de las fieras.

ELENA.—La más feroz no tiene un corazón como el vuestro. Huid adonde queráis; se habrán trocado los papeles de la historia. Apolo huye y Dafne le da caza; la tórtola persigue al milano; la mansa cierva se apresura a atrapar al tigre. ¡Inútil prisa cuando es la cobardía quien persigue y el valor el que huye!

DEMETRIO.—No quiero discusiones contigo. Déjame ir, y si me persigues, ten por seguro que te haré algún mal en el bosque.

ELENA.—Sí; en el templo, en la ciudad, en el campo, me hacéis mal. ¡Qué vergüenza, Demetrio! Vuestras ofensas tienen escandalizado a mi sexo. Nosotras no podemos combatir, como podrían los hombres, por amor. No fuimos hechas para conquistar, sino para ser conquistadas. Te seguiré, y haciendo de un infierno un cielo, moriré por la mano que amo tanto.

(Salen DEMETRIO y ELENA.)

OBERÓN.—Ve con Dios, ninfa. Antes que abandone esta espesura, tú huirás de él y él buscará tu amor.

(Vuelve a entrar PUCK.)

¿Tienes ahí la flor? Bienvenido, peregrino.

PUCK.—Sí; he la aquí.

OBERÓN.—Te ruego que me la des. Conozco un barranco donde crece el tomillo silvestre y se balancea la violeta junto a las primuláceas, sombreado por madreselvas, fragantes rosas y lindos escaramujos. Allí duerme Titania una parte de la noche, arrullada en esas flores con danzas de regocijos, y allí se despoja la serpiente de su esmaltada piel, bastante ancha para servir de vestidura a un hada. Inundaré sus ojos con el jugo de esta flor y quedará llena de odiosas fantasías. Toma un poco de este jugo y busca en el bosque. Hay una dulce niña ateniense que ama a un desdenoso joven. Vierte el bálsamo en los ojos de éste, pero hazlo cuando sea la señora el primer objeto que haya de ver al despertar. Conocerás al hombre por el traje ateniense con que está vestido. Haz todo esto con la debida precaución, a fin de que resulte quedar él más apasionado de ella, que ésta de aquél. Y cuida de encontrarme antes del primer canto del gallo.

PUCK.—Estad tranquilo, señor. Vuestro súbdito hará lo que decís.

(Sale PUCK.)

ESCENA SEGUNDA

Otra parte del bosque.

(Entra TITANIA con su séquito.)

TITANIA.—¡Ea!, bailemos y cantemos, y enseguida, por un tercio de minuto, alejaos: unas a matar al gusano en los olorosos capullos de las rosas, otras a cazar a los murciélagos para hacer con sus alas barnizadas las ropas de mis pequeños duendes, y algunas a mantener alejado al buho chillón que se azora a la vista de nuestros espíritus y turba la noche con sus gritos. Cantad al son para dormirme; luego cada cual a su faena, y dejadme reposar.

HADA 1ª.—(Canta.)

Bilingües sierpes manchadas

y erizos, no os dejéis ver.

Orvetos y lagartijas

a la reina no toquéis.

CORO.—(Canta.)

Los trinos del ruiseñor

arrullen su sueño en paz,

y no le turben encantos,

magia, hechizos ni mal.

HADA 2ª.—(Canta.)

Las arañas tejedoras

ténganse lejos de aquí,

y el oscuro escarabajo

y el empolvado reptil.

CORO.—(Canta.)

Los trinos del ruiseñor

arrullen su sueño en paz,



y no le turben encantos,
magia, hechizos ni mal.

HADA 1ª.—(Canta.)

Partamos. Que a nuestro dueño
una sola vele el sueño.

(Salen las hadas. TITANIA duerme. Entra OBERÓN.)

OBERÓN.—Lo que veas al despertar (exprime la flor en los párpados de Titania), esto sea tu verdadero amor. Ama y languidece por ello; ya sea onza, gato, oso, leopardo o cerdoso verraco, ha de aparecer a tus ojos, cuando despiertes, como digno de ser amado. Y despierta cuando esté cerca algún objeto vil.

(Sale OBERÓN. Entran LISANDRO y HERMIA.)

LISANDRO.—Amor mío, estáis a punto de desmayaros a fuerza de peregrinar por el bosque, y a decir verdad he perdido el camino. Descansemos, Hermia, si os parece bien, y aguardemos la luz del día.

HERMIA.—Sea, Lisandro. Buscad un lecho para vos, que reclinaré la cabeza sobre este banco.

LISANDRO.—El mismo hacecillo de hierbas servirá de almohada para los dos. Un corazón, un lecho, dos pechos y una fe.

HERMIA.—No, buen Lisandro, amado mío. Por amor a mí, yaced a más distancia, no tan cerca.

LISANDRO.—¡Oh! Comprended, vida mía, el sentido inocente de mis palabras. En los coloquios de amor, el amor percibe el intento. Quiero decir que mi corazón está ligado al vuestro de modo que ambos sólo pueden ser uno: dos pechos unidos por un mismo juramento no son sino dos pechos y una sola fe. No me niegues pues, un lecho a tu lado, porque descansando junto a ti no sueño en traiciones.

HERMIA.—Lisandro habla con ingeniosa agudeza; habría ofendido mi educación y mi orgullo si hubiese pensado mal de Lisandro. Pero, por amor y por cortesía, yaced un tanto más lejos, gentil amigo mío. En la modestia humana semejante separación es lo que corresponde a un honrado soltero y a una doncella. Así, alejaos y buenas noches, dulce amigo. Nunca se mude tu amor hasta el fin de tu vida.

LISANDRO.—Y yo digo amén, amén a esa dulce plegaria. Que mi vida acabe donde concluya mi lealtad. He aquí mi lecho. Que te brinde el sueño toda su paz.

HERMIA.—Con la mitad de ese deseo cerraría contenta los párpados.

(Duermen. Entra PUCK.)

PUCK.—He recorrido el bosque, pero no he hallado ateniense alguno en cuyos ojos pueda probar el poder del jugo de esta flor para suscitar una pasión. ¡Noche y silencio! ¿Quién hay allí? Lleva vestido de Atenas. Éste, a lo que dijo mi señor, es aquél que menosprecia a la virgen ateniense. Y he aquí a la pobre doncella dormida profundamente sobre la tierra húmeda y sucia. ¡Pobre paloma! ¡No se atreva a acostarse junto a ese desalmado y descortés villano! Sobre tus ojos vierto todo el poder de este encanto; que cuando despiertes, el amor no te deje cerrar los ojos; y despierta tan luego como me haya ido, pues he de retomar junto a Oberón.

(Sale PUCK. Entran DEMETRIO y ELENA, corriendo.)

ELENA.—Detente, aunque me mates, dulce Demetrio.

DEMETRIO.—Te exijo que te alejes, no me persigas así.

ELENA.—¡Oh, amado mío! ¿Me abandonarías? No, no lo hagas.

DEMETRIO.—Detente o te mato; quiero ir solo.

(Sale DEMETRIO.)

ELENA.—¡Ah! ¡Estoy sin aliento por esta caza de afecto! Cuanto más ardiente mi súplica, menos merced alcanza. Dichosa Hermia, dondequiera que se halle, porque tiene ojos bendecidos y seductores. ¿Qué es lo que les da tanto brillo? No las acerbas lágrimas, que de ser así, mis ojos, que han llorado más, estarían más brillantes que los suyos. No, no. Soy fea como un oso, porque las fieras que me encuentran huyen amedrentadas. No es maravilla que Demetrio, como de un monstruo, huya de mi presencia. ¿Qué engañoso y maligno espejo pudo hacerme comparar mis ojos con los de Hermia? Pero, ¿quién hay aquí? ¡Lisandro! ¡En el suelo! ¿Está muerto o dormido? Pero no veo sangre ni herida. Lisandro, buen caballero, si estáis vivo, despertad.

LISANDRO.—(Despertando.) Y por tu dulce amor me arrojaré al fuego. ¡Transparente Elena! La naturaleza en ti despliega su arte, pues a través de mi pecho me deja ver tu corazón. ¿En dónde está Demetrio? ¡Oh! ¡Cuán bien le estaría morir al filo de mi espada!

ELENA.—No digáis eso, Lisandro, no lo digáis. ¿Qué importa que él ame a Hermia? ¿Qué? A despecho de él, Hermia os ama. Debéis estar contento.

LISANDRO.—¿Contento con Hermia? ¡No! Me arrepiento de los fastidiosos instantes que he pasado con ella. No a Hermia, a Elena es a quien amo. ¿Quién no cambiaría un cuervo por una paloma? La voluntad del hombre es guiada por la razón, y la razón me dice que sois más digna doncella que



Hermia. Nada puede madurar antes de su estación, y yo, siendo tan joven, no he podido madurar a la razón sino desde este momento; someto ahora mi voluntad a mi razón, y ésta me guía hacia vos. Leo en vuestros ojos amorosas historias como escritas en el más rico libro del amor.

ELENA.—¡Ah! ¿Y he nacido para sufrir tan cruel moña? ¿Cuándo he podido merecer que me despreciéis de este modo? ¿No basta, ¡oh joven!, no basta que yo jamás haya alcanzado, no, ni siquiera pueda alcanzar una mirada afectuosa de Demetrio, sino que además habéis de escarnecer mi insuficiencia? En verdad me hacéis agravio; a fe que me lo hacéis en cortejarme de tan desdeñosa manera. Pero adiós. Debo confesar que os creía dotado de más verdadera gentileza. ¡Dios mío! ¡Que una mujer, por ser rechazada por un hombre, tenga que ser insultada por otro!

(Sale ELENA.)

LISANDRO.—No ve a Hermia, ¡Oh tú, Hermia, duerme allí y jamás vuelvas a acercarte a Lisandro! Pues así como el exceso de golosinas trae al estómago la mayor náusea y fatiga; o como las herejías que los hombres abandonan, por nadie son tan odiadas como por los que sufrieron su engaño; así tú, exceso y herejía mía, sé odiada más que todo, y aún más por mí que por otro alguno. Y que todas mis facultades consagren su poder y su amor a honrar a Elena y a ser su caballero.

(Sale LISANDRO.)

HERMIA.—(Levantándose.) ¡Socorro, Lisandro, socorro! ¡Haz cuanto puedas para arrancar esta serpiente que se arrastra sobre mi pecho! ¡Oh, por piedad! ¡Qué pesadilla he tenido! ¡Mira, Lisandro, cómo todavía tiemblo de pavor! Soñé que una serpiente me devoraba el corazón, y que tú, sentado, te reías de su cruel voracidad. ¡Lisandro! ¡Qué! ¡No está aquí! Lisandro, ¡oh, Dios! ¿Ido? ¿Ni al alcance de la voz? ¿Ido? ¿Sin una palabra, sin un signo? ¡Habla, amor de los amores! Habla si me escuchas. ¿No? Pues ya veo bien que estás lejos; fuerza será correr a ti, o a la muerte.

(Sale HERMIA.)

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Un bosque.

(TITANIA reposa, dormida. Entran QUINCIO, SNUG, BOTTOM, FLAUTO, SNOWT y STARVELING.)

BOTTOM.—Señores, ¿estamos reunidos todos?

QUINCIO.—Sí, sí; y he aquí un sitio maravillosamente apropiado a nuestro ensayo. Este pedazo cubierto de verdura será nuestro proscenio; este matorral de espino blanco, nuestro sitio tras de bastidores, y actuaremos ni más ni menos que en presencia del duque.

BOTTOM.—Pero Quincio...

QUINCIO.—¿Qué dices, bravo Bottom?

BOTTOM.—Hay cosas en esta comedia de Piramo y Tisbe que nunca podrán agradar. En primer lugar, Piramo tiene que sacar su espada y matarse, cosa que las señoras no podrán soportar. ¿Qué respondéis a esto?

SNOWT.—Que realmente se morirán de miedo.

STARVELING.—Me parece que debemos omitir eso de matarse, cuando todo esté concluido.

BOTTOM.—Nada de eso. Yo he discurrido un medio de arreglarlo todo. Escríbime un prólogo que parezca decir que no podemos hacer daño con nuestras espadas, y que Piramo no está muerto realmente, y para mayor seguridad que diga que yo, Piramo, no soy Piramo, sino Bottom el tejedor. Con esto ya no tendrán miedo.

QUINCIO.—Bien; tendremos ese prólogo, y se escribirá en versos de ocho y seis sílabas.

BOTTOM.—No. Añádidle dos más y que se escriba en versos de ocho y ocho.

SNOWT.—¿Y las señoras no tendrán miedo al león?

STARVELING.—Mucho lo temo, a fe mía.

BOTTOM.—Maestros, debéis reflexionar en vuestra conciencia que traer, ¡Dios nos asista!, un león entre las señoras es la cosa más terrible, porque no hay entre las aves de rapiña ninguna más temible que un león vivo, y es necesario en esto andarse con mucho cuidado.

SNOWT.—Por lo mismo se necesita otro prólogo que diga que él no es un león.

BOTTOM.—No basta. Es necesario que digáis su nombre, y que se le vea la mitad de la cara por entre la máscara de león. Y él mismo debe hablar dentro de ella diciendo esto, o cosa parecida: «Señoras, oh hermosas señoras: os pido, quisiera o desearia o suplicaría que no tuvieseis susto ni temblaseis;



respondo de vuestra vida con la mía. Si os figuráis que vengo aquí como un león verdadero, mi vida no valdrá un ardite. No, no soy tal cosa, sino hombre como otros». Y en tal coyuntura que diga su nombre y les haga saber que es Snug el ensamblador.

QUINCIO.—Bien; se hará así. Pero hay dos cosas muy difíciles, a saber: traer la luz de la luna a una habitación; porque debéis saber que Piramo y Tisbe se encuentran a la luz de la luna.

SNUG.—Y en la noche de nuestra representación, ¿hay luz de luna?

BOTTOM.—¡Un calendario, un calendario! Buscad en el almanaque a ver si hay luna.

QUINCIO.—Sí; hay luna esa noche.

BOTTOM.—Pues podéis dejar abierta la ventana de la gran cámara en donde representaremos, y la luna alumbrará por allí.

QUINCIO.—Eso es. O bien podrá venir alguno con un haz de espinos y una linterna y decir que ha venido a desfigurar, o sea, a presentar la persona del claro de luna. Y luego hay otra cosa: hemos de tener un muro en la cámara; porque Piramo y Tisbe, según dice la historia, hablaban por una grieta en la pared.

SNUG.—Será posible llevar un muro. ¿Qué os parece, Bottom?

BOTTOM.—Alguien tendrá que representar el muro. Que tenga consigo un poco de yeso o de argamasa o de pedazos de piedra y ladrillo para que signifiquen pared, o que ponga los dedos así, y por entre las aberturas podrán hablar Piramo y Tisbe con toda reserva.

QUINCIO.—Si puede hacerse así, todo está bien. ¡Ea! Que cada cual se siente y ensaye su papel. Principiad, Piramo. Cuando hayáis dicho vuestro discurso, entrad en aquel matorral; y así cada uno, según su papel.

(Entra PUCK por el foro.)

PUCK.—¿Qué groseros patanes andan por ahí metiendo ruido tan cerca del lecho de nuestra hermosa reina? ¡Qué! ¿Tratan de una representación? Pues seré del auditorio, y aun haré de actor si veo ocasión de ello.

QUINCIO.—Hablad, Piramo. Tisbe, avanzad.

BOTTOM.—«Tisbe, las dulces flores de suave sabor...»

QUINCIO.—«Olor, olor.»

BOTTOM.—«De suave olor. Así es tu aliento, cara, carísima Tisbe. ¡Pero oye! ¡Una voz! Quédate aquí un momento, y dentro de poco volveré.»

(Sale BOTTOM.)

PUCK.—(Aparte.) ¡Qué Piramo tan raro!

(Sale PUCK.)

FLAUTO.—¿Debo hablar ahora?

QUINCIO.—Sí, por cierto; pues debéis entender que no sale más que a enterarse de un ruido que oyó, y tiene que volver.

FLAUTO.—«Brillantisimo Piramo, de tinte blanco como el lirio, y del color de la rosa carmesí en el rosal triunfal; tan retozonamente juvenil y sin embargo tan adorable; tan digno de confianza como el más infatigable caballo. Iré a encontrarme contigo, Piramo, en la tumba de Nim.»

QUINCIO.—¡«Tumba de Nino», hombre! Pero eso no debéis decirlo todavía. Eso es lo que respondéis a Piramo. ¡Vos lo decís todo de una vez! Piramo entra; entonces volvéis a hablar. La última frase anterior es «infatigable caballo».

(Vuelven a entrar PUCK, y BOTTOM con cabeza de asno.)

FLAUTO.—«... tan digno de confianza como el más infatigable caballo.»

BOTTOM.—«Si yo fuera hermoso, Tisbe, sólo sería tuyo»

QUINCIO.—¡Oh! ¡Qué cosa tan monstruosa! ¡Tan extraña! Estamos hechizados. ¡Por Dios, maestros, huid! ¡Maestros, socorro!

(Salen corriendo todos menos BOTTOM.)

PUCK.—Yo os seguiré. Yo os haré dar vueltas por todos lados a través de matorrales y malezas, de helechos y de espinos; a veces seré un caballo, otras un sabueso, un cerdo, un oso sin cabeza, y algunas veces un fuego fatuo. Y me sentiréis, alternativamente, relinchar y ladrar, y gruñir y quemar como caballo, perro, cerdo, oso o llama.

(Sale PUCK.)

BOTTOM.—¿Por qué huyen? Esto no es más que una bellaquería de ellos para asustarme.

(Vuelve a entrar SNOWT.)

SNOWT.—¡Oh Bottom! ¡Qué mudanza! ¿Qué veo en ti?

BOTTOM.—¿Qué ves? Una cabeza de asno...; la tuya; ¿no es esto?

(Vuelve a entrar QUINCIO.)

QUINCIO.—¡Dios te ampare, Bottom! ¡Dios te ampare! Estás transformado.



(Sale QUINCIO.)

BOTTOM.—Ya entiendo su artimaña. Querrían convertirme en un borrico y asustarme si pudieran. Pero, hagan lo que hicieren, no he de moverme de aquí. Me pasearé de arriba abajo y cantaré para que me oigan y sepan que no tengo miedo. (Canta.)

El mirlo de negro color
con pico anaranjado oscuro,
el tordo, con su acento puro,
el reyezuelo volador...

TITANIA.—(Despertando.) ¿Qué ángel me despierta en mi lecho de flores?

BOTTOM.—(Canta.)

...la alondra, el pardillo, el pinzón,
el cuco gris, de simples cantos,
que, entre los hombres, oyen tantos
sin arriesgar contestación...

TITANIA.—Te ruego, gentil mortal, que cantes de nuevo. Tu melodía ha cautivado mi oído, así como tu forma ha encantado mi vista. Y la fuerza de tu fascinación me mueve a la primera mirada a decirte, a jurarte que te amo.

BOTTOM.—Paréceme, señora, que tenéis para ello muy poca razón, aunque, a decir verdad, la razón y el amor se avienen bastante mal en estos tiempos, y es lástima que algunos buenos vecinos no los reconcilien.

TITANIA.—Eres tan sensato como hermoso.

BOTTOM.—Ni lo uno ni lo otro, señora; pero si tuviera suficiente seso para salir de este bosque, no faltaría el suficiente para aprovecharme de ello.

TITANIA.—No desees ausentarte de este bosque, pues en él permanecerás, quieras o no. Soy un espíritu superior a lo vulgar. Todavía la primavera engalana mis posesiones, y yo te amo. Ven, pues, conmigo. Te daré hadas que te sirvan, y te traerán joyas del fondo del mar y arrullaran con su canto tu sueño cuando te acuestes en un lecho de flores. Y purificaré tu materia de forma que parezcas también un espíritu. ¡Flor-de-guisante! ¡Telaraña! ¡Polilla! ¡Grano-de-mostaza!

(Entran las cuatro hadas.)

HADA 1ª.—Presente.

HADA 2ª.—Y yo.

HADA 3ª.—Y yo.

HADA 4ª.—Y yo.

TODAS.—¿Dónde vamos?

TITANIA.—Sed bondadosas y atentas con este caballero, juguetead en sus paseos y triscad a su vista. Alimentadlo con albaricoques y frambuesas, con uvas moradas, verdes higos y moras. Sustraed de las humildes abejas la bolsa de miel, y para servirle de bujías cortad las piernas cerosas y encendedlas en el fuego de los ojos de la luciérnaga de luz, cuando el amor mío se acueste y se levante. Y tomad las alas de las pintadas mariposas para defender de los rayos de la luna sus párpados somnolientos. ¡Duendes! Saludadlo y presentadle vuestros respetos.

HADA 1ª.—¡Salud, oh mortal!

HADA 2ª.—¡Salud!

HADA 3ª.—¡Salud!

HADA 4ª.—¡Salud!

BOTTOM.—De corazón imploro vuestro favor. Dignaos decirme vuestro nombre.

TELARAÑA.—Telaraña.

BOTTOM.—Me placereá conoceros más íntimamente, señor Telaraña. Ya me aprovecharé de vos si llego a cortarme el dedo. ¿Y cuál es vuestro nombre, honrado hidalgo?

FLOR-DE-GUISANTE.—Flor-de-guisante.

BOTTOM.—Os ruego que saludéis a la señora Calabaza, vuestra madre, y al señor Estuche-de-guisantes, vuestro padre. También desearía conoceros mejor. ¿Querriais decirme por bondad vuestro nombre?

GRANO-DE-MOSTAZA.—Grano-de-mostaza.

BOTTOM.—Mi buen señor, bien conozco vuestra paciencia. Muchos caballeros de vuestra casa han sido devorados por el cobarde y gigantesco asado de bucy, y os aseguro que ya antes de ahora vuestra parentela me lleno de lágrimas los ojos. Deseo más estrecha relación con vos, señor Grano-de-mostaza.

TITANIA.—Venid y servidlo. Llevadlo a mi retrete. Paréceme que la luna en su manera de brillar anuncia sus lágrimas, y cuando éstas caen cada florecilla gime llorando alguna forzada castidad. Poned silencio a la boca de



mi amor y traedlo sin ruido.

(Salen.)

ESCENA SEGUNDA

Otra parte del bosque.

(Entra OBERÓN.)

OBERÓN.—Quisiera saber si ha despertado Titania y, enseguida, sobre qué objeto recayó su primera mirada, como que ha de estar loca por él.

(Entra PUCK.)

Aquí llega mi mensajero. ¡Y bien, travieso espíritu! ¿Qué nocturnal nueva prevalece ahora en este misterioso bosquecillo?

PUCK.—Mi ama está enamorada de un monstruo. Cerca de su recóndito y consagrado retrete, mientras ella pasaba la lánguida hora del sueño, una partida de ganapanes, rudos artesanos que trabajan en las tienduchas de Atenas, se hallaba reunida para ensayar una representación destinada al día de las bodas del gran Teseo. El más insustancial de los imbéciles, que hacía el papel de Piramo, abandonó la escena y se metió en un matorral, y yo, aprovechando esta ocasión, coloqué sobre sus hombros una cabeza de asno. A la sazón, su Tisbe tenía que recibir su respuesta, aquí en mi sainete. Apenas lo vieron sus compañeros, cuando se dieron a huir en todas direcciones como una bandada de gansos silvestres que divisa al cazador agazapado, o como chovas de patas rojizas que se levantan y caen al estampido del fusil y vuelan desatentadas por el cielo. A nuestro impulso, cae el uno y el otro aquí y allá y grita que lo asesinan y clama por auxilio de Atenas. Así debilitados y extraviados sus sentidos por el temor, convertidos casi en cosas inertes, principiaron a sufrir el mal consiguiente. Desgarraban las espinas y zarzas sus vestidos; quién se hizo jirones una manga, quién pierde el sombrero; en todas partes se dejaban algo. Yo los guie en este frenético terror y deje allí al amoroso Piramo transfigurado, y en ese instante vino a acontecer que despertara Titania y quedara en el acto locamente enamorada de un botrico.

OBERÓN.—Mejor ha salido esto que cuanto yo podía imaginar. Pero, ¿has vertido ya el jugo de flor en los ojos del ateniense, como te lo encargué?

PUCK.—Lo atrapé dormido. Eso también está despachado. Como la mujer ateniense estaba a su lado, claro está que cuando él despierte tendrá que verla.

(Entran DEMETRIO y HERMIA.)

OBERÓN.—Mantente cerca. Éste es el ateniense.

PUCK.—La mujer es la misma, pero no el hombre.

DEMETRIO.—¡Oh! ¿Por qué rechazáis a quien os ama tanto?

HERMIA.—Ahora no hago más que reprender, pero podría tratarte con más severidad, pues recelo que me has dado motivo para maldecirte. Si has asesinado a Lisandro durante su sueño, llega de una vez hasta el fondo del crimen y máteme también. No es más fiel el sol al día que Lisandro a mí. ¿Habría huido él a ocultas de su Hermia dormida? Antes creería que se puede abrir en la tierra un conducto para que la luna pase a través y vaya a perturbar la marea de las antípodas. No puede ser sino que tú lo has matado, y en verdad que un asesino debería tener tu mismo aspecto homicida y sombrío.

DEMETRIO.—Mejor dirías que tengo el del moribundo traspasado de dolor; pero vos, que sois mi asesino, aparecéis tan clara y brillante como ese astro Venus en su fúlgida esfera.

HERMIA.—¿Qué importa eso a mi Lisandro? ¿Dónde está...? ¡Ah, buen Demetrio! ¿Quieres devolvérmelo?

DEMETRIO.—Preferiría arrojar su osamenta a mis perros.

HERMIA.—¡Fuera de aquí, tigre! ¡Fuera, chacal! Me atormentas más allá del límite de toda paciencia. Es decir, ¿tú lo has asesinado? ¿Qué jamás se te vuelva a contar entre los hombres! ¡Oh! Di la verdad, dila siquiera una vez, por piedad. ¿Te atreves a haberlo mirado despierto y lo matas cuando yace dormido? ¡Oh heroísmo! Un gusano, un áspid, ¿no podrían hacer lo propio? Porque nunca áspid alguno pudo herir con lengua más pérfida que la tuya, ¡serpiente!

DEMETRIO.—Gastáis vuestra cólera, víctima de un engaño. No soy culpable de la sangre de Lisandro, ni tengo indicio alguno para pensar que haya muerto.

HERMIA.—Pues entonces te suplico que me digas que está bien.

DEMETRIO.—Y si pudiera hacerlo, ¿qué me valdría?

HERMIA.—El privilegio de no verme jamás. Abandono tu presencia con este voto. No vuelvas a verme, sea que haya muerto o no.

(Sale HERMIA.)

DEMETRIO.—Es inútil seguirla en este arranque de cólera. Así, me quedaré aquí por breve rato y buscaré en el sueño alivio a mi dolor, porque éste se hace doblemente pesado con el insomnio.

(Se acuesta DEMETRIO.)



OBERÓN.—¿Qué has hecho? La has errado por completo, vertiendo el jugo en los ojos de un amante verdadero, y por fuerza tu equivocación hará que se mude un amor sincero, en vez de mudar uno falso.

PUCK.—Eso quiere decir que quien impera es el destino, y que por un hombre verdadero hay un millón que faltan a sus juramentos.

OBERÓN.—Ve por el bosque, más rápido que el viento, y procura encontrar a Elena de Atenas. Triste y abatida está, pálidas las mejillas, suspirando de amor y consumiendo la riqueza de su sangre juvenil. Valiéndote de cualquier ilusión hazla venir. Yo encantaré los ojos de él antes que ella haya llegado.

PUCK.—Voy, voy. Mirad como voy más veloz que la flecha del Tártaro.

(Sale PUCK.)

OBERÓN.—Flor de color de púrpura, herida por la saeta de Cupido, penetra en el globo de sus ojos. Cuando él aceche a su amada, que aparezca ella resplandeciente como la Venus del firmamento, y cuando despiertes, implora de ella, si está cercana, el remedio de tu amor.

(Vuelve a entrar PUCK.)

PUCK.—Caudillo de nuestra hermosa muchedumbre, Elena está próxima, y el joven a quien invoqué le suplica por el premio de su amor. ¡Cómo hemos de divertirnos con sus coloquios! ¡Santo Dios, y que locos son estos mortales!

OBERÓN.—Apártate. El ruido que hacen despertará a Demetrio.

PUCK.—Entonces habrá dos cortejando a una, y eso sólo ya es una diversión. No hay cosa que me guste tanto como lo imprevisto.

(Entran LISANDRO y ELENA.)

LISANDRO.—¿Por qué pensáis que os solicito por burla? La burla y el sarcasmo jamás vierten lágrimas, y ved que cuando os suplico lloro. Decid si semejante manera de pedir vuestro amor no lleva en sí la prueba de toda su verdad.

ELENA.—Refináis vuestra astucia más y más haciendo que la verdad sirva para matar a la verdad. ¡Oh combate infernal y divino a un tiempo! Esos juramentos pertenecen a Hermia. ¿Queréis abandonarla? Pesad esos juramentos y otros, y no pesarán nada. Puestos en una balanza los que hacéis a la una con los que hacéis a la otra, la balanza estará en su fiel y ambos no pesarán más que cualquier mentira.

LISANDRO.—No tuve discernimiento cuando juraba a sus plantas.

ELENA.—Ni los tenéis, a mi juicio, al abandonarla.

LISANDRO.—Demetrio la ama y no os ama.

DEMETRIO.—(Despertando.) ¡Oh, Elena! ¡Diosa! ¡Ninfa perfecta y divina! ¿Con qué podré comparar tus ojos, amor mío? El cristal parecería lodo. ¡Oh! ¡Qué tentadores se ostentan tus labios, como cerezas maduras para los besos! Cuando muestras tu mano parece oscura la nieve de Tauro congelada por el viento de Levante. ¡Oh, déjame besar esta princesa de la casta blancura, este sello de felicidad!

ELENA.—¡Oh despecho! ¡Oh infierno! Veo que estáis todos conjurados contra mí para vuestro pasatiempo. Si fuerais corteses, no me haríais este agravio. ¿No basta que me aborrecáis, como sé que lo hacéis, sino que además habéis de unir vuestras almas para burlaros de mí? Si fuerais hombres, como lo dice vuestra apariencia, no trataríais así a una dama inofensiva; cortejando y jurando y ponderando mis cualidades, cuando sé que me odiáis de corazón. Ambos sois rivales en amar a Hermia, y ahora lo sois en escarnecer a Elena; gran hazaña y varonil empresa, arrancar con vuestras burlas las lágrimas de una pobre doncella. Ningún hombre que tuviera la menor nobleza ofendería así una virgen, atormentando la paciencia de su noble alma, para procurarse una diversión.

LISANDRO.—Malo sois, Demetrio. No seáis así. Sabéis que conozco vuestro amor a Hermia, y aquí, con toda voluntad, con todo corazón, os cedo mi parte en su amor. Dadme la vuestra en el de Elena, a quien amo y amaré hasta la muerte.

ELENA.—Jamás gastaron tan mal sus palabras los burlones.

DEMETRIO.—Lisandro, quédate con tu Hermia. Si alguna vez la amé, ese amor se ha ido y no quiero nada de él. Mi corazón estuvo con ella sólo como un huésped pasajero, y ahora vuelve a su hogar, vuelve a Elena para quedarse aquí.

LISANDRO.—Elena, no es verdad.

DEMETRIO.—No desacredites la fe que no conoces, a menos que la compres caro a costa tuya. Ve ahí a tu amada que viene; ve ahí a la que adoras.

(Entra HERMIA.)

HERMIA.—¡Oscura noche que quitas la vista a los ojos y aguzas el oído, dando a éste lo que quitas a aquellos! Mis ojos no pudieron encontrarte, Lisandro, pero mi oído me hizo seguir tu voz. ¡Ah! ¿Por qué con tanta dureza me has dejado?

LISANDRO.—¿Y por qué se quedaría aquel a quien el amor llama a otra parte?

HERMIA.—¿Qué amor podría apartar a Lisandro de mi lado?



LISANDRO.—El amor de Lisandro, que no podía separarse de la hermosa Elena, que embellece la noche más que el esplendor de todas las estrellas. ¿Por qué me buscas? ¿No basta el que te haya dejado para que conozcas el odio que siento por tí?

HERMIA.—Habláis lo que no pensáis. Eso no puede ser.

ELENA.—¡Ah! ¡También ella toma parte en la conspiración! Ahora veo que os habéis unido los tres para formar este desleal pasatiempo a despecho mío. ¡Oh tú, Hermia, injuriosa e ingrata doncella! ¿Has conspirado con estos, urdiendo esta maligna broma para ofenderme? ¿Y has olvidado las cariñosas pláticas, los juramentos fraternales, las horas que hemos pasado juntas? ¿Lo has olvidado todo; la amistad de nuestra niñez, la compañía inocente de nuestra infancia? Siempre estuvimos unidas, juntas en el mismo asiento, ocupadas en la misma labor, entonando la misma canción como si nuestras mentes, nuestras manos, nuestras voces hubieran sido una sola. Así crecimos como un doble fruto gemelo, que parece partido en dos y, sin embargo, no se puede separar. Éramos dos cuerpos en un solo corazón. ¿Y venís a romper todos estos lazos antiguos para juntaros a estos hombres y escarnecer a vuestra amiga? No; esto no es amistad ni es digno de una doncella. Nuestro sexo, tanto como yo misma, os censurará por ello, aunque sea yo sola quien sufra el agravio.

HERMIA.—¡Vuestras frases apasionadas me dejan estupefacta! Yo no me burlo de vos. Antes me parece que vos os burláis de mí.

ELENA.—¿No habéis inducido a Lisandro a seguirme por burla y a alabar mis ojos y mi cara? ¿No habéis hecho que vuestro otro apasionado, Demetrio, que aun ahora mismo me ha rechazado con el pie, me llame diosa, ninfa divina, preciosa, celestial? ¿Por qué habla así a una que aborrece? ¿Y por qué me niega Lisandro vuestro amor, tan rico en su alma, y me ofrece su afecto si no es porque le inducis a ello y obra con vuestro consentimiento? ¿Qué delito hay en que yo no tenga tantas gracias como vos ni sea tan afortunada en el amor, sino una infeliz que ama sin ser amada? Deberíais compadecirme por esto, no despreciarme.

HERMIA.—No comprendo lo que queréis decir.

ELENA.—Sí, perversidad; fingid tristes miradas y haceos señas cuando vuelvo la espalda; seguid en esta amable diversión que, bien sostenida, será materia de una crónica. Si fueseis capaz de alguna piedad o gentileza, no me tomaríais por tema de vuestra irrisión. Pero adiós. Yo sola tengo la culpa, y pronto la remediaré con la ausencia o con la muerte.

LISANDRO.—Quedaos, gentil Elena, y oíd mi excusa. ¡Hermosa Elena, amor mío, vida mía, alma mía!

ELENA.—¡Oh! Excelente.

HERMIA.—Amigo mío, no la burléis así.

DEMETRIO.—Si no lo alcanzas rogando, yo le forzaré a ello.

LISANDRO.—No puedes compeler más tú que rogar ella, y tus amenazas no tienen más fuerza que sus débiles súplicas. Elena, yo te amo, te lo juro por mi vida, y probaré, aun a costa de perderte, a quien negare la verdad de mi amor, que es un hombre falso.

DEMETRIO.—Digo que te amo más de lo que él pudiera amarte.

LISANDRO.—Si tal dices, retírate y vamos a probarlo.

DEMETRIO.—Al instante, ven.

HERMIA.—Lisandro, ¿a qué conduce todo esto?

LISANDRO.—¡Fuera! ¡Etiopie!

DEMETRIO.—No, no señor. Habla como si la acción fuera a seguir a la palabra, pero no se mueve. Eres un cobarde, ¡bah!

LISANDRO.—Márchate de aquí, cuitado, cosa vil, ¡fuera! O te sacudiré y te arrojaré lejos de mí como a una culebra.

HERMIA.—¿Por qué os habéis vuelto tan rudo? ¿Qué cambio es éste, amor mío?

LISANDRO.—¿Amor tuyo? Vete, vete, maldita pócima, remedio detestado. ¡Vete!

HERMIA.—¿Os estáis chanceando?

ELENA.—Sí, a fe mía; lo mismo que vos.

LISANDRO.—Demetrio, te cumpliré la promesa.

DEMETRIO.—Me alegraría tener alguna prenda de ello, pues no confío en tu palabra.

LISANDRO.—¿Qué! ¿Tendría que darle golpes, lastimarla, maltratarla? Por más que la aborrezco, no le haría tal daño.

HERMIA.—¡Pues qué! ¿Podrías hacerme un daño mayor que aborrecerme? ¡Aborrecerme! ¿Y por qué? ¡Desgraciada de mí! ¿Qué ha pasado, amor mío? ¿No soy Hermia? ¿No eres tú Lisandro? Tan hermosa soy ahora como la noche en que me amaste, como la noche en que me dejaste. No quieran los dioses que hables de veras.

LISANDRO.—¡Sí, por mi vida! Y quisiera no haber vuelto a verte jamás. Así pues, no tengas esperanza ni duda; no es una chanza, no hay tan verdadero



y cierto como el odio que siento hacia ti.

HERMIA.—¡Desgraciada de mí! ¡Oh tú, impostora, ladrona de amor! ¿Has venido de noche para robarme el corazón de ese a quien amo?

ELENA.—A fe mía que os sientan bien estas palabras. ¿No tenéis ya modestia ni rubor y se desvaneció la menor sombra de delicadeza? ¿Quieres arrancar, por ventura, de mi lengua prudente airadas voces? ¡Estás haciendo una comedia, tú, muñeca!

HERMIA.—¿Por qué muñeca? ¡Ah! Ya veo la traza. Ahora caigo en que habrá comparado nuestras estaturas, decantó la suya, y con sus ventajas ha prevalecido sobre él. ¿Y habéis crecido tanto en su afecto por ser yo tan pequeña y baja? ¿Muy baja soy, asta de bandera pintarrajeada? ¡Habla! ¿Muy baja soy? ¡Pues no lo soy tanto que no puedan mis uñas llegar hasta tus ojos!

ELENA.—Os ruego, señores, aunque os burléis de mí, que no la dejéis hacerme daño. No es mi costumbre echar maldiciones, ni tengo aptitud para el mal, sino que a fuer de doncella soy temerosa. No dejéis que me maltrate. Quizá os parece que, por ser ella algo menor de estatura que yo, podré luchar con ella.

HERMIA.—¡La estatura! ¡Otra vez la estatura!

ELENA.—Buena Hermia, no os airéis contra mí. Yo siempre os tuve afecto y seguí en todo vuestros consejos, y nunca os hice mal alguno, a no ser que, por amor a Demetrio, le dije de vuestra fuga a este bosque. Él os siguió, y yo le seguí por amor, pero él me echó de aquí y me amenazo con darme golpes y aun con matarme. Ahora sólo deseo que me dejéis volver en paz a Atenas y no me sigáis más. Dejadme ir. Ya veis cuan simple y afectuosa soy.

HERMIA.—Pues marchaos. ¿Quién os lo estorba?

ELENA.—Un corazón desatentado que dejo tras de mí.

HERMIA.—¡Con quién! ¿Con Lisandro?

ELENA.—Con Demetrio.

LISANDRO.—No temas, Elena. No te hará ningún mal.

DEMETRIO.—No, señor; no lo hará, a no ser que tomes su parte.

ELENA.—¡Oh! Cuando se enfurece es maligna y astuta. Cuando iba a la escuela era una víbora, y aunque pequeña es de indole fiera.

HERMIA.—¿Otra vez pequeña? ¿Siempre baja y pequeña? ¿Por qué permitís que me ultraje así? Dejadme que me entienda con ella.

LISANDRO.—¡Vete, enana, abalorio, puñado de mala paja!

DEMETRIO.—Soy demasiado comedido y solícito en favor de la que desdén vuestros servicios. Dejadla sola; no habléis de Elena ni toméis su defensa. Si intentáis mostrar hacia ella la menor familiaridad, responderéis de ello.

LISANDRO.—Ahora no tiene imperio sobre mí. Sígueme, si te atreves, y probemos quien de los dos tiene mejor derecho a pretender a Elena.

DEMETRIO.—¿Seguirte? No, sino a tu lado.

(Salen LISANDRO y DEMETRIO.)

HERMIA.—Señora mía, toda esta querrela es obra vuestra. No, no os vayáis.

ELENA.—No confié en vos, no. Ni permaneceré más tiempo en vuestra maldita compañía. Mis manos no están, como las vuestras, acostumbradas a las contiendas, y así huyo y me salvo.

(Sale ELENA.)

HERMIA.—Estoy azorada y no sé qué decir.

(Sale HERMIA.)

OBERÓN.—Esto es fruto de tu negligencia. Tú incurriste en esa equivocación, o hiciste eso por bellaquería.

PUCK.—Credme, rey de las sombras, que me equivoqué. ¿No dijisteis que reconocería al hombre por su traje ateniense? Y para probar la inocencia de mi conducta basta ver que he puesto el jugo de la flor en los ojos de un ateniense, aunque es verdad que me alegra y divierte el ver la confusión y el enredo que de ello ha venido a resultar.

OBERÓN.—Ya ves cómo estos enamorados buscan un sitio donde combatir. Ocúltate entre las sombras de la noche, extiende la niebla sobre su estrellado velo hasta que sea oscuro como Aqueronte, y guía de tal manera a estos rivales tan lejos uno de otro que no se puedan encontrar. Unas veces imitando la voz de Lisandro excitarás a Demetrio con graves insultos, y otras harás lo mismo imitando la voz de Demetrio, y así llevarás a uno y otro hasta que caigan rendidos de cansancio y se hundan en el sueño, remedo de la muerte. Exprime entonces en los ojos de Lisandro el jugo de esta hierba, que tiene la virtud de disipar toda ilusión. Cuando despierten, todo lo que ha pasado les parecerá un sueño, y volverán los amantes a Atenas unidos hasta la muerte. Mientras tú te ocupas en esta misión, yo iré en busca de mi reina y le suplicaré que me entregue al muchacho, y entonces desbarataré el encanto de sus ojos y haré que todas las cosas le parezcan como son en realidad.

PUCK.—Aéreo señor mío, es necesario hacer esto aprisa, porque ya



asoman las luces crepusculares que animan la aurora y empiezan a desgarrarse los velos de la noche. Los fantasmas se apresuran en tropel a ganar su albergue en los cementerios; todos ellos son espíritus condenados que tienen su sepultura en los sitios extraviados e inundados, y temen que la luz del día alumbre su vergüenza.

OBERÓN.—Pero nosotros somos espíritus de otra clase. Mil veces he jugueteado con la amorosa aurora y visitado los bosquecillos hasta que las puertas del oriente, radiantes de luz, se han abierto sobre el océano bañando de oro sus verdes aguas salobres. No obstante, apresúrate, y deja esta faena terminada antes de rayar el día.

(Sale OBERÓN.)

PUCK.—Arriba y abajo, arriba y abajo los he de conducir, de un lado para otro. Me temen en el campo y en la ciudad. Globin, llévalos arriba y abajo. Aquí viene uno.

(Entra LISANDRO.)

LISANDRO.—¿Dónde estás, orgulloso Demetrio?

PUCK.—¡Aquí, villano! Con el acero desnudo y pronto.

LISANDRO.—Al instante soy contigo.

PUCK.—Sígueme a mejor terreno.

(Sale LISANDRO como siguiéndolo la voz. Entra DEMETRIO.)

DEMETRIO.—¡Lisandro, habla otra vez! ¡Fugitivo! ¡Cobarde! ¿Adónde has huido? ¿Has ido a esconder tu cabeza en algún matorral?

PUCK.—¡Cobarde! ¿Dices tus balandronadas a las estrellas y cuentas a las malezas que quieres batirte, y sin embargo no vienes? Ven, bribón, ven, que como a un niño te he azotar con un bejuco. El que desnude una espada contra ti se deshonra.

DEMETRIO.—¿Estás ahí?

PUCK.—Sigue mi voz y llegaremos a donde se pueda probar el valor.

(Salen PUCK y DEMETRIO. Vuelve a entrar LISANDRO.)

LISANDRO.—Él va por delante y todavía me provoca. Cuando acudo al punto de donde me llama, ya no está allí. El villano es mucho más ligero de pies que yo, y cuanto más aprisa le seguía más pronto se alejaba. Así he venido a dar en un sendero desigual y oscuro y voy a descansar aquí. ¡Ven, oh grata luz del día! (Se acuesta.) Con los primeros rayos de tu pálido fulgor descubriré a Demetrio y satisfaré mi venganza.

(Se duerme LISANDRO. Vuelven a entrar PUCK y DEMETRIO.)

PUCK.—¡Oh, oh, oh! ¿Por qué no vienes cobarde?

DEMETRIO.—Ven si te atreves, cobarde, pues no haces más que huir de sitio en sitio y no osas aguardarme a pie firme y mirarme de frente. ¿Dónde estás?

PUCK.—Ven hacia aquí; aquí estoy.

DEMETRIO.—No me dejaré burlar una vez más. Caro lo has de pagar si alguna vez alcanzo a verte a la luz del día. Ahora ve a donde quieras. Ya la fatiga me fuerza a reclinar me aquí y esperar la luz del día.

(Se acuesta DEMETRIO y duerme. Entra ELENA.)

ELENA.—¡Oh penosa noche! ¡Noche larga y fastidiosa! ¡Acorta tus horas y deja brillar el consuelo en la luz de oriente, para que pueda yo volver a Atenas con el alba, separándome de la vecindad de los que aborrecen mi pobre compañía! ¡Oh, sueño! ¡Tú que algunas veces cierras de pesar los ojos, haz que por unos momentos me libre yo de mi propia compañía!

(Duerme ELENA.)

PUCK.—¿No más que tres todavía? Dos de cada clase hacen cuatro. Aquí viene otra, triste y colérica. Cupido es un muchacho bien travieso, cuando así hace enloquecer a las pobres mujeres.

(Entra HERMIA.)

HERMIA.—¡Ah! Nunca he estado tan cansada ni tan triste; empapada de rocío, desgarrada por los espinos, ya no puedo arrastrarme más lejos y mis pies se niegan a mi deseo. Aquí me quedaré hasta que llegue el día. ¡Qué los cielos guarden a Lisandro, si ha de haber duelo!

(Se acuesta HERMIA.)

PUCK.—Gentil enamorado, duerme profundamente en el suelo mientras aplico a tus ojos este remedio. (Vierte el jugo en los ojos de LISANDRO.) Cuando despiertes, te deleitarás en la vista de la que primero amaste, y quedará justificado el refrán que dice que «cada cual debe tomar lo suyo», y nada saldrá al revés. El amante recobrará su pareja, y todo quedará en paz.

(Sale PUCK. DEMETRIO, ELENA, LISANDRO y HERMIA duermen.)

ACTO CUARTO



ESCENA PRIMERA

La misma decoración.

(Entran TITANIA y BOTTOM y las hadas que los sirven.)

Tras de ellos, OBERÓN, sin ser visto.)

TITANIA.—Hechizo mío, ven, siéntate sobre este florido lecho, mientras yo acaricio tus adorables mejillas y pongo rosas perfumadas en tu suave cabeza y tus largas y hermosas orejas, gentil deleite mío.

BOTTOM.—¿Dónde está Flor-de-guisante?

FLOR-DE-GUISANTE.—Presente.

BOTTOM.—Ráscame la cabeza, Flor-de-guisante. ¿Dónde está el señor Telaraña?

TELARAÑA.—Presente.

BOTTOM.—Señor Telaraña, mi buen señor, tomad vuestras armas y matad una abeja posada en la cima de un espino, y traedme el saco de miel. Cuidad de no fatigaros mucho y, sobre todo, que no se rompa la bolsa. Sentiría, señor, veros bañado del viscoso líquido. ¿Dónde está el señor Grano-de-mostaza?

GRANO-DE-MOSTAZA.—Presente.

BOTTOM.—Venga esa mano, señor Grano-de-mostaza. Dejad, os ruego, toda cortesía.

GRANO-DE-MOSTAZA.—¿Qué deseáis?

BOTTOM.—Nada, buen señor, sino que ayudéis al caballero Telaraña a rascar. Necesito al barbero señor, porque pienso que tengo la cara asombrosamente velluda, y soy un asno de tan delicada condición, que si un solo pelo me hace cosquillas, por necesidad tengo que rascarme.

TITANIA.—¿Querías oír un poco de música, dulce amor mío?

BOTTOM.—No tengo muy mal oído para la música. Venga el triángulo y el martillo.

(Música de cencerros, música popular.)

TITANIA.—O dime, alma mía, lo que quisieras comer.

BOTTOM.—En verdad, un celemin de heno y cebada. Comería a dos carrillos de vuestra avena seca. Paréceme que me apetece mucho una ración de

heno; no hay nada comparable al buen heno, al heno fresco.

TITANIA.—Tengo un hada muy audaz, que irá a la madriguera de las ardillas y te traerá las nueces frescas.

BOTTOM.—Preferiría un puñado o dos de habas secas. Pero os ruego que ninguno de vuestro séquito me moleste, porque principio a tener un poco de sueño.

TITANIA.—Duerme y yo te estrecharé en mis brazos. Hadas, salid y alejaos en todas direcciones. Así la enredadera, la madreselva, la dulce yedra se enlazan al áspero tronco del olmo. ¡Oh! ¿Cuánto te amo y cómo me deleito en tí?

(Duermen TITANIA y BOTTOM. OBERÓN se adelanta. Entra PUCK.)

OBERÓN.—Bienvenido, buen Robín. ¿Ves este lindo cuadro? Ya empiezo a compadecer su loco amor; porque no ha mucho, habiéndola encontrado tras del bosque, buscando golosinas para este odioso imbécil, la reconvine y tuve con ella un altercado; porque había rodeado con fresas y fragantes flores sus peludas sienes; y ese mismo rocío, que en el cáliz de los botones parecía redondearse en perlas de oriente, se mostraba ahora como lágrimas con que las florecillas lloraban su afrenta. Cuando la hubo reprendido a mi gusto y ella con humilde acento imploró mi paciencia, le pedí que me cediera al niño huérfano, lo cual hizo inmediatamente y lo envió con una de sus hadas para que lo condujera a mi mansión. Ahora que tengo al muchacho, corregiré el odioso error de sus ojos. Quitá tú de la cabeza de este estúpido ateniense el disfraz que lo transforma, de manera que, cuando despierte junto con los demás, puedan regresar todos a Atenas, pensando que el accidente de esta noche no ha sido más que una cruel pesadilla. Pero antes libentaré a mi amada reina.

(Tocando con una hierba los ojos de TITANIA.)

Sé lo que debes ser y ve como debes mirar. El capullo de Diana tiene este feliz poder sobre la flor de Cupido. Y ahora, Titania mía, despierta; despierta, mi dulce reina.

TITANIA.—¿Oberón mío! ¿Qué visiones he tenido en mi sueño! ¡Pienso que estaba enamorada de un asno!

OBERÓN.—Allí yace tu amor.

TITANIA.—¿Cómo ha podido suceder esto? ¡Oh! ¡Y cómo mis ojos detestan ahora su figura!

OBERÓN.—¡Silencio por un momento! Robín, quitale esa cabeza postiza. Titania, haz oír un poco de música y que los sentidos de estos cinco se sumerjan en un sueño más profundo que de ordinario.



TITANIA.—¡Música! ¡Música que acaricie el sueño!

(Sigue la música.)

PUCK.—Cuando despiertes, vuelve a ver con tus propios ojos de necio.

OBERÓN.—Suena la música. (Se oye música suave.) Ven, reina mía, toma mi mano y hagamos retremblar la tierra en que duermen éstos. Ya estamos tú y yo reconciliados de nuevo, y mañana a medianoche bailaremos solemnemente en la casa del duque Teseo y con nuestras bendiciones se llenará de felices hijos. Allí serán desposadas las dos parejas amantes, al mismo tiempo que Teseo con general regocijo.

PUCK.—Rey de las hadas, advierte que ya despunta la mañana.

OBERÓN.—Pues entonces, reina mía, vamos en pos de la sombra; que nosotros podemos recorrer el mundo más rápidamente que la peregrina luna.

TITANIA.—Ven, señor mío, y en nuestra excursión me diréis cómo ha sucedido que yo me haya encontrado aquí dormida en el suelo con estos mortales.

(Salen, se oyen cuernos de caza. Entran TESEO, HIPÓLITA, EGEO y séquito.)

TESEO.—Vaya uno de vosotros a buscar al guardabosque, porque ya ha terminado la ceremonia; y pues ya amanece, mi adorada debe oír la música de los lebreles. Soltad la trailla en el valle del oeste. Daos prisa, y buscad, como he dicho, al guardabosque. Iremos, hermosa reina mía, a la cumbre de la montaña y nos recrearemos con el musical estruendo de los ladridos de los lebreles y de los ecos lejanos.

HIPÓLITA.—Estuve una vez con Hércules y con Cadmo en un bosque de Creta, donde cazaban osos con perros, y nunca he oído más alegre bullicio, porque además de los bosquecillos, el firmamento y las fuentes, cada región vecina parecía unirse a las otras en un grito musical. Nunca he oído tan armoniosa discordancia, tan halagüeño estrépito.

TESEO.—Mis sabuesos son de la raza espartana, hocicones y miopes, y de sus cabezas penden orejas que barren el rocío de la mañana; tienen las patas torcidas como los toros de Tesalia. Son lentos en la persecución, pero de acordadas voces. Jamás se excitó con el cuerno un grito más alegre en Creta, en Esparta o en Tesalia; y ya lo juzgaréis por vos misma. Pero, ¿qué ninfas son esas?

EGEO.—Señor. Ésta es mi hija aquí dormida; y éste Lisandro; este otro es Demetrio; ésta Elena, la Elena del viejo Nedar. Me asombra encontrarlos todos juntos.

TESEO.—Sin duda se levantaron de madrugada a observar el rito de mayo; y, oyendo nuestro intento, han venido atraídos por la solemnidad. Pero di, Egeo, ¿no es hoy el día en que Hermia debía decidir sobre su elección?

EGEO.—Sí, mi señor.

TESEO.—Di a los monteros que los despierten con sus cuernos.

(Suena los cuernos y exclamaciones dentro.)

Buenos días, amigos. Ha pasado ya el día de San Valentín. ¿Principian a ayuntarse ahora estos pájaros del bosque?

LISANDRO.—(Arrodillándose.) Perdonadme, señor.

TESEO.—Te ruego que te levantes. Conozco que sois dos rivales enemigos. ¿Cómo sucede en este mundo tan extraña concordia y el odio se ha vuelto tan poco receloso que pueda dormir sin temor a la venganza?

LISANDRO.—Señor, responderé confuso, medio dormido y medio despierto; sin embargo, puedo jurar que no me es posible decir cómo vine aquí. Paréceme, pues quiero decir la verdad..., y ahora pienso que es así..., que vine con Hermia. Nuestro propósito era partir de Atenas, a donde pudiésemos vivir sin el peligro de su ley.

EGEO.—Basta, basta, mi señor. Pido que caiga sobre su cabeza todo su rigor. Se habrían fugado, Demetrio, y así se habrían burlado de nosotros; de vos, en vuestra esposa; de mí, de mi consentimiento en que ella lo sea vuestra.

DEMETRIO.—Señor, la hermosa Elena me avisó de la fuga de ellos hasta el bosque, y yo, enfurecido los seguí; y Elena tuvo el capricho de seguirme también. No sé, señor, en verdad, por qué poder..., es indudable que medió en ello algún poder..., mi amor por Hermia se fundió como un copo de nieve, y me parece ahora como el recuerdo de un capricho ocioso acariciado en mi niñez; mientras que toda la fe, toda la virtud de mi corazón, el objeto y encanto de mis ojos es sólo Elena. A ella, señor, estaba prometido antes de haber visto a Hermia; y así como en una enfermedad, llegué a aborrecer este alimento; pero ahora, como quien recobra la salud, vuelvo a mi gusto natural; y la deseo, la amo, la espero con impaciencia y la seré para siempre fiel.

TESEO.—La buena suerte os ha reunido, hermosos amantes. Ya oiremos después algo más sobre esto. Egeo, quiero colmar con creces vuestros deseos; porque, en breve, junto a nosotros, estas parejas serán unidas eternamente en el templo. Y por estar ya algo avanzada la mañana, dejaremos vuestro proyecto de caza. Volvamos, pues, a Atenas. Tres parejas seremos para dar a la fiesta gran solemnidad. Venid, Hipólita.

(Salen TESEO, HIPÓLITA, EGEO y séquito.)



DEMETRIO.—Las cosas que nos han pasado parecen ya pequeñas y confusas, como lejanas montañas que se convierten en nubes.

HERMIA.—Diríase que veo estas cosas con ojos desviados, como cuando todos los objetos parecen dobles.

ELENA.—Lo propio me sucede a mí: he encontrado a Demetrio como una joya que fuera mía y no lo fuera.

DEMETRIO.—Pienso que todavía dormimos..., que soñamos. ¿Creéis que el duque estuvo aquí y nos invitó a que lo siguiéramos?

HERMIA.—Sí, y también mi padre.

ELENA.—E Hipólita.

LISANDRO.—Y nos rogó le siguiéramos al templo...

DEMETRIO.—Pues entonces estamos despiertos. Sigámoslo, y en el camino narraremos nuestros sueños.

(Salen. Despierta BOTTOM.)

BOTTOM.—Cuando llegue mi turno, despertadme y yo responderé. Lo que sigue es: «Hermosísimo Píramo.» ¡Ea! ¡Oh! ¡Pedro Quincio! ¡Flauto, el estañador! ¡Snowt, el calderero! ¡Starveling! ¡Dios de mi vida! ¡Se han escurrido de aquí y me han dejado dormido! ¡Qué visión más extraña la mía! ¡He tenido un sueño que ni el hombre más hábil podría narrarlo! ¡Si lo intentara, sería un asno! Me pareció que yo era..., me pareció que tenía..., pero un hombre sería un imbécil incurable si pudiera decir lo que me pareció que tenía. El ojo humano no ha oído nunca, ni su oído ha visto, ni su mano ha gustado, o su lengua concebido y su corazón repetido lo que era mi sueño. He de hacer que Pedro Quincio escriba una balada sobre él y se titulará El sueño de Bottom, porque no tendrá asiento. Yo la cantaré en la última parte de la representación delante del duque; y para que caiga en más gracia, he de entonarla al final de la pieza, con la muerte de Tisbe.

(Sale BOTTOM.)

ESCENA SEGUNDA

Atenas. Cuarto en una quinta.

(Entran QUINCIO, FLAUTO, SNOWT y STARVELING.)

QUINCIO.—¿Habéis enviado recado a casa de Bottom? ¿No ha vuelto aún?

STARVELING.—Nada se sabe de él. Sin duda se lo llevaron los espíritus.

FLAUTO.—Si no viene, adiós comedia...; nada podemos hacer. ¿Verdad?

QUINCIO.—Imposible. No hay en toda Atenas hombre capaz de representar a Píramo como él.

FLAUTO.—No. Indudablemente no hay en Atenas artesano de tanto talento.

QUINCIO.—Ni hombre más cumplido, por cierto; fuera de que es una malvilla para esto de tener una voz dulce.

FLAUTO.—Maravilla, no malvilla, habéis de decir. Una malvilla es una cosa cualquiera, que no vale nada.

(Entra SNUG.)

SNUG.—Maestros, el duque está de vuelta del templo y hay además dos o tres parejas de caballeros y señoras que se han casado también. Si nuestra representación pudiera seguir adelante, nuestra fortuna estaba hecha.

FLAUTO.—¡Oh dulce y bravo Bottom! ¡Ha perdido así seis peniques diarios por toda su vida! Imposible que fuera menos; que me ahorquen si el duque no le hubiera dado seis peniques diarios por haber representado a Píramo. Que me cuelguen si no los merece: seis peniques diarios por Píramo o nada.

(Entra BOTTOM.)

BOTTOM.—¿Dónde están esos muchachos? ¿Dónde están esos corazones?

QUINCIO.—¡Bottom! ¡Oh magnífico día! ¡Oh felicísima hora!

BOTTOM.—Maestros, he de contaros mil prodigios, pero no me preguntéis qué; si os lo digo, llamadme mal ateniense. Os diré punto por punto lo que ocurrió.

QUINCIO.—Contadlo, amable Bottom.

BOTTOM.—De mí no sacaréis palabra. Todo lo que puedo deciros es que el duque ha comido...; disponed vuestros disfraces, poned buenos hilos a vuestras barbas, nuevas cintas a los zapatos y reuníos enseguida en el palacio. Que cada cual recuerde su papel; pues, en sustancia, lo que hay es que se prefiere a todo nuestra representación. En todo caso, que Tisbe se ponga ropa limpia; que no se recorte las uñas el que debe representar al león; porque es necesario que sobresalgan para representar las garras. Y no comáis ajos, por Dios, porque es menester que nos huela bien el aliento; con todo lo cual seguramente exclamarán todos: ¡qué preciosa comedia! Basta de charla. ¡Idos,



idos!

(Salen.)

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Aposento en el palacio de Teseo.

(Entran TESEO, HIPÓLITA, FILOSTRATO, señores y séquito.)

HIPÓLITA.—¡Qué extraña cosa es, Teseo mío, lo que refieren estos amantes!

TESEO.—Más extraña que verdadera. Ya no creeré nunca en las antiguas fábulas ni en esos juegos de hadas. Los enamorados y los locos viven tan alucinados y con tan caprichosas fantasías que imaginan más de lo que la fría razón puede comprender. El lunático, el enamorado y el poeta no son más que un pedazo de imaginación. El uno ve más demonios de los que pueden haber en el infierno; éste es el loco furioso. El enamorado, no menos frenético que éste, ve la belleza de Elena en una cara bronceada de Egipto. El ojo del poeta, girando en medio de su arrobamiento, pasea sus miradas del cielo a la tierra y de la tierra al cielo; y como la imaginación produce formas de cosas desconocidas, la pluma del poeta las diseña y da nombre y habitación a cosas etéreas que no son nada. Tal es el poder alucinador de la imaginación, que le basta concebir una alegría para crear algún ser que se la trae; o en la noche, si presume algún peligro, ¡con cuánta facilidad toma un matorral por un oso!

HIPÓLITA.—Pero el ser repetida unánimemente la narración por todos, y el transfigurarse así la mente de todos ellos, dan testimonio de algo más que imágenes de la fantasía y toma más cuerpo el relato. Como quiera que sea, es extraño y admirable.

(Entran LISANDRO, DEMETRIO, HERMIA y ELENA.)

TESEO.—Aquí vienen los desposados, llenos de regocijo y buen humor. ¡Alegría, gentiles amigos! ¡Alegría y risueños días de amor acompañen vuestros corazones!

LISANDRO.—¡Más que a nosotros acompañen vuestros regios pasos, vuestra mesa y vuestro lecho!

TESEO.—Veamos ahora qué mascaradas, qué bailes tendremos para pasar esta eternidad de tres horas entre la de cenar y la de dormir. ¿Dónde está nuestro director de fiestas? ¿Qué pasatiempos se preparan? ¿No hay algún juego para distraer el fastidio de esta hora de tortura? Llamad a Filóstrato.

FILOSTRATO.—Heme aquí, poderoso Teseo.

TESEO.—Di, ¿cómo vamos a aligerar esta noche? ¿Qué máscaras? ¿Qué música? ¿Cómo engañaremos al perezoso tiempo sino con algún deleite?

FILOSTRATO.—Aquí tengo una relación de los festejos ya dispuestos. Vuestra alteza escogerá el que prefiera ver primero. (Dándole el papel.)

TESEO.—(Leyendo.) «La batalla de los centauros, cantada por un eunuco acompañándose por el arpa». No queremos nada de eso. Ya lo he referido a mi amada en honor de mi pariente Hércules. «El motín de las Bacantes ebrias destrozando en su cólera al cantor de Tracia». Ese es un tema manoseado y ya se exhibió la última vez que volví vencedor de Tebas. «Las nueve musas llorando la muerte del saber, que ha fallecido recientemente en la mendicidad». Esto es una especie de sátira, acerada y punzante, que no se aviene bien con una ceremonia nupcial. «Breve y fastidiosa escena del joven Piramo y su amante Tisbe, sainete muy trágico». ¿Sainete y trágico? ¿Breve y fastidioso? Esto es hielo caliente y nieve de color. ¿Cómo se podrán atar estos cabos?

FILOSTRATO.—Señor, es una representación que apenas pasará de una docena de palabras, lo cual es lo más breve que en punto a representaciones se puede dar. Sin embargo, tiene como doce palabras ociosas; lo cual la hace fastidiosa porque en toda la representación no hay palabra adecuada ni actor idóneo. Y es trágica además, señor, porque en ella se suicida Piramo, Confieso que cuando vi el ensayo me reí hasta que se me saltaron las lágrimas; y a fe que nunca se habrán derramado con más júbilo.

TESEO.—¿Quiénes representan esto?

FILOSTRATO.—Gentes rudas, trabajadores de Atenas que jamás ejercitaron la mente y ahora han sobrecargado su rústica memoria con este trozo en ocasión de vuestras bodas.

TESEO.—Y queremos oírlos.

FILOSTRATO.—No, muy noble señor; no es cosa digna de vos. He oído la obra y no es nada, no vale absolutamente nada; a menos que os divierta su intento y el sobrehumano esfuerzo y la cruelísima labor que se han echado auestas creyendo serviros.

TESEO.—Oíré esa representación; porque nada me parece mal cuando se inspira en la ingenuidad y en el deber. Id a traerlos. Sentaos, señoras.



(Sale FILÓSTRATO.)

HIPÓLITA.—Dueleme ver fracasar a esos infelices en sus esfuerzos, y el celo sucumbir humillado.

TESEO.—¡Cómo, dulce amiga mía! No veréis tal cosa.

HIPÓLITA.—Díce que no son capaces de hacer nada aceptable en este género.

TESEO.—Pues será mayor bondad que les demos gracias por nada. Nos divertiremos con sus yerros. En cuanto emprende el buen deseo, el ánimo noble y generoso considera complacido, no el escaso mérito logrado, sino el de la intención. Adondequiera que fui, grandes letrados me han recibido con muy estudiadas arengas, y los he visto pálidos y temblorosos atascarse en medio de las frases, ahogar en su temor sus habituales acentos, y finalmente quedar callados y no darme bienvenida alguna. Pero ese mismo silencio, amada mía, era para mí cumplido lisonjero; y tan expresiva la modestia del deber tímido, como la bulliciosa lengua de una elocuencia audaz y parltera. El amor y la muda sencillez, a mi juicio, hablan más en menos palabras.

(Entra FILÓSTRATO.)

FILÓSTRATO.—Con la venia de vuestra alteza, el Prólogo está listo.

(Sonido de trompetas.)

TESEO.—Haced que se presente.

(Entra PRÓLOGO.)

PRÓLOGO.—«Si os ofendemos, será con nuestra buena voluntad. Eso debéis pensar, que no venimos a ofender, sino con nuestra buena voluntad. Dar una muestra de nuestro deseo de serviros, es el verdadero principio de nuestro fin. Considerad, pues, que si viniéramos a cansaros no vendríamos. Nuestro verdadero intento es: todo por vuestro deleite. Los actores están prontos; y por su exhibición sabréis lo que debéis saber».

TESEO.—Este mozo no hace mucho caso de la puntuación.

LISANDRO.—Ha pasado por su prólogo como un potro desbocado, no podía detenerse. Gran enseñanza, señor: no basta hablar, sino hablar con propiedad.

HIPÓLITA.—Es verdad que ha repetido su prólogo como un niño su lección: todo sonidos y ningún discernimiento.

TESEO.—Su discurso ha sido como una cadena que se enreda; no faltaba un solo anillo, pero andaban revueltos.

(Entran PÍRAMO y TISBE, MURO, LUZ DE LUNA, y LEÓN, personaje

mudo.)

PRÓLOGO.—«Gentil público. Quizá os admiráis de este espectáculo, pero admiraos en buen hora hasta que la verdad lo haga ver todo claramente. Este hombre es Píramo, si queréis saberlo, y esta bella señora es Tisbe. Este hombre con cal y cimienta representa el muro, el vil muro que separaba a los dos amantes. Y por las grietas del muro los pobrecillos se contentaban con hablarse en voz baja, de lo cual ningún hombre se debe admirar. Este hombre con su linterna y su perro, representa la luz de la luna, porque habéis de saber que estos amantes no tuvieron a menos encontrarse a la luz de la luna junto al sepulcro de Nino, para galantearse allí. Esta pardusca bestia, que tiene por nombre león, asustó, o más bien, espantó a la fiel Tisbe, que llegó primero, y en su fuga dejó caer su manto, que el vil león manchó con su sangrienta boca. A tal punto llega Píramo, bello y arrogante mozo, y encuentra el manto destrozado de su fiel Tisbe, con lo cual echó mano a su espada; la culpable sanguinaria espada atravesó su hirviente y sangriento pecho, y Tisbe, oculta a la sombra de los matorrales, sacó su puñal y murió. Ahora discurren largamente el león, la luz de la luna, el muro y la pareja de amantes mientras estén aquí.»

(Salen PRÓLOGO, TISBE, LEÓN y LUZ DE LUNA.)

TESEO.—Dudoso estoy de si habrá de hablar el león.

DEMETRIO.—No hay que dudarle, señor. Puede muy bien hablar un león cuando lo hacen tantos jumentos.

MURO.—«En este mismo sainete acontece que yo, de apellido Snowt, represento un muro; un muro tal como deseo que os lo imaginéis; que tiene un agujero, o sea, una grieta. Por allí los amantes Píramo y Tisbe se hablan a menudo muy secretamente. Esta cal, esta piedra y este cimienta, muestran que yo soy el muro. Así es la verdad. Y estas aberturas de mi mano derecha y de mi izquierda son las grietas por las cuales cuchichean los temerosos amantes.»

TESEO.—No cabe que la cal y el cimienta hablen mejor.

DEMETRIO.—Es la más ingeniosa relación que he oído jamás, señor.

TESEO.—Píramo se acerca al muro. ¡Silencio!

(Entra PÍRAMO.)

PÍRAMO.—«¡Oh fiera noche! ¡Noche de color tan negro! ¡Oh noche que siempre vienes cuando ya no es de día! ¡Oh noche! ¡Oh noche! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Temo que mi Tisbe haya olvidado su promesa! Y tú, ¡oh muro!, que estás entre las tierras de su padre y la mía. ¡Tú, muro, oh muro, oh dulce y adorable muro, muéstrame tu agujero para poner allí mi ojo y echar una mirada!»



(MURO levanta la mano abriendo los dedos.)

«¡Gracias, cortés muro! ¡Que Júpiter te proteja por tan raro servicio! Pero, ¿qué veo? Veo que no está Tisbe. ¡Oh muro malvado, por entre el cual no veo la dicha, malditas sean tus piedras que así me engañan!»

TESEO.—Se me figura que el muro, si es puntilloso, debería maldecir a su vez.

PÍRAMO.—No, señor, en realidad no debería hacerlo. «Así me engañan» es el punto en que le llega el turno a Tisbe, y ella ha de entrar, y yo he de ponerme a mirar por el agujero. Ya veréis cómo va ocurriendo exactamente cuanto digo. Ella se acerca.

(Entra TISBE.)

TISBE.—«¡Oh muro! Con harta frecuencia has oído mis lamentos por tenerme tú separada de mi hermoso Píramo. Mis labios de cereza han besado a menudo tus piedras, tus piedras unidas con cal y cimientito.»

PÍRAMO.—«Veo una voz. Ahora voy a la abertura para asomarme y oír la cara de mi Tisbe. ¡Tisbe!»

TISBE.—«¡Amor mío! ¡Eres mi amor, a lo que opino!»

PÍRAMO.—«Opina lo que quieras. Soy la gracia de tu amor, y todavía soy fiel como Limandro.»

TISBE.—«Y yo como Elena, hasta que los hados den conmigo en tierra.»

PÍRAMO.—«No fue tan fiel Shafalo a Procro.»

TISBE.—«Pues yo te soy fiel como Shafalo a Procro.»

PÍRAMO.—«Oh, bésame por el agujero de esta maldita pared!»

TISBE.—«Beso el agujero del muro, pero no tus labios.»

PÍRAMO.—«¿Queréis venir a encontramos en el sepulcro de Nino?»

TISBE.—«En vida y en muerte; voy sin demora.»

MURO.—«Yo, muro, he desempeñado ya mi parte; y siendo así, se marcha el muro.»

(Salen MURO, PÍRAMO y TISBE.)

TESEO.—Ya está ahora caída la muralla entre los dos vecinos.

DEMETRIO.—Así ocurre forzosamente, señor, cuando las paredes se atreven a oír sin decir esta boca es mía.

HIPÓLITA.—Esto es la tontería más grande que he oído jamás.

TESEO.—La mejor comedia de este género es pura ilusión, y las peores no son lo peor, si la imaginación las enmienda.

HIPÓLITA.—Entonces el mérito será de vuestra imaginación y no de la suya.

TESEO.—Si no les juzgamos peor de lo que se juzgan ellos, podrán pasar por hombres excelentes. Mirad, ya vienen dos nobles bestias: la luna y un león.

(Entran LEÓN y LUZ DE LUNA.)

LEÓN.—«Señoras, vosotras cuyo tímido corazón amedrenta un ratoncillo que corre por el piso, pudierais acaso temblar de pavor aquí, cuando un león salvaje ruga colérico. Por tanto debéis saber que yo, el ensamblador Snowt, no soy ni león feroz ni siquiera cachorro, porque si viniera a luchar aquí como león de veras, no daría un ardite por mi vida.»

TESEO.—Bestia muy gentil, y de honrada conciencia.

DEMETRIO.—Una fiera fuera de lo corriente, señor.

LISANDRO.—Este león es, por su valor, un verdadero zorro.

TESEO.—Verdad; y un ganso en la prudencia.

DEMETRIO.—No, mi señor, porque el zorro carga con el ganso, y el valor no se acompaña de la prudencia.

TESEO.—Seguro estoy de que su ingenio no cargaría con su valor porque el ganso no carga con el zorro. Bien. Dejémoslo a su voluntad, y oigamos a la luna.

LUNA.—«Esta linterna representa la luna y sus cuernos.»

DEMETRIO.—En la cabeza debería llevarlos.

TESEO.—No está en creciente; los cuernos se le hacen invisibles cuando llega el plenilunio.

LUNA.—«Esta linterna representa la luna y sus cuernos; y yo al hombre de la luna.»

TESEO.—Pues que le metan en la linterna, porque si no, ¿cómo podrá ser el hombre de la luna? Este es el mayor error de todos.

DEMETRIO.—No se atreve a meterse a causa de la bujía, pues como veis ya está en pavesas.

HIPÓLITA.—Ya estoy cansada de esta luna. Me alegraría de que mudara.

LISANDRO.—Proseguid, luna.



LUNA.—Todo lo que tengo que decir, es que esta linterna representa la luna; yo, al hombre en la luna; que este manojito de zarzas es mi manojito de zarzas y que este perro es mi perro.

DEMETRIO.—Pues todas esas cosas debían ir dentro de la linterna, pues están en la luna. Pero, silencio; aquí llega Tisbe.

(Entra TISBE.)

TISBE.—«Esta es la tumba del viejo Nino. ¿Dónde está mi amor?»

LEÓN.—«¡Oh!»

(El LEÓN ruge y TISBE huye.)

DEMETRIO.—¡Bien rugido, león!

TESEO.—¡Bien corrido, Tisbe!

HIPÓLITA.—¡Bien alumbrado, luna! En verdad la luna brilla muy de buen grado.

TESEO.—¡Soberbio chillido de ratoncillo, león!

(LEÓN destroza el manto de TISBE, y sale.)

DEMETRIO.—Y luego viene Píramo.

LISANDRO.—Y desaparece la luna.

(Entra PÍRAMO.)

PÍRAMO.—«¡Dulce luna, te doy gracias por tus rayos solares! ¡Te doy gracias porque brillas con tanto fulgor, pues con tus torrentes de luz graciosos, dorados y chispeantes, confío saborear la más verdadera vista de Tisbe! ¡Pero detente! ¡Oh despecho! Pero observa, pobre caballero, ¿qué terrible dolor se ofrece a mis ojos? ¿Veis? ¿Cómo puede ser esto? ¡Oh delicada tela! ¡Qué! ¡Tu buen manto manchado de sangre! ¡Acercaos, oh furias feroces! ¡Oh hados, venid, venid, cortad hilos y estambre, agostad, aplastad, concludid y matad!»

TESEO.—Este arrebato de pasión y la muerte de una amiga amada, casi, casi podrían poner triste a un hombre.

HIPÓLITA.—No quisiera, pero compadezcó a ese hombre.

PÍRAMO.—«¡Oh naturaleza! ¿Por qué hiciste leones? Pues un vil león ha ajado a mi amada, la cual es... ¡no, no!; la cual era la más hermosa dama que haya amado, vivido, gustado y puesto alegre rostro. Venid, lágrimas, y enturbiad mis sentidos. Sal, espada, y hiere la tetilla de Píramo; sí, esta tetilla izquierda debajo de la que late el corazón. Así muero, así, así. Ya estoy muerto. Ya he volado. Mi alma está en el cielo. Apaga, lengua, tu luz; emprende, luna, tu vuelo. Ahora muero, muero, muero, muero.»

(Muere PÍRAMO. Se va LUZ DE LUNA.)

DEMETRIO.—Morirás, ras, ras; es un as, porque no es más que uno.

LISANDRO.—Menos que un as, hombre. Porque está muerto: no es nada.

TESEO.—Pero con el auxilio de un cirujano puede resucitar hecho un as... no.

HIPÓLITA.—¿Cómo es que la luz de la luna se va antes de que Tisbe vuelva a encontrar a su amante?

TESEO.—Ya lo encontrará a la luz de las estrellas. Aquí viene, y su desolación pone fin al sainete.

(Entra TISBE.)

HIPÓLITA.—Se me antoja que esa desolación no ha de ser muy larga, para semejar a Píramo.

DEMETRIO.—Una hebra de pelo haría inclinar la balanza entre el mérito de Píramo y el de Tisbe.

LISANDRO.—Ya le ha observado con esos dulces ojos.

DEMETRIO.—Y dirá ahora, a saber...

TISBE.—«¿Duermes, amor mío? ¡Qué! ¿Muerto, pichón mío? ¡Oh, Píramo, levántate y habla, habla! ¿Mudo? ¡Muerto! ¡Muerto y frío! Una tumba debe cubrir esos dulces ojos. Esas cejas color de lirio, esa nariz de cereza, esas mejillas color de retama, se ha ido. ¡Se han ido! ¡Gemid, amantes! ¡Sus ojos eran verdes como alfalfa! ¡Oh parcas! ¡Venid a mí, venid, con manos pálidas como la leche, y teñidlas en mi sangre, ya que habéis cortado con vuestras tijeras su sedoso hilo! Lengua, no digas ni una palabra más. Ven, fiel espada; ven, hoja, y queda embutida en mi pecho. Y adiós, amigos, así acaba Tisbe, adiós, adiós.»

(Muere TISBE.)

TESEO.—El león y la luz de la luna quedan para enterrar a los muertos.

DEMETRIO.—Y el muro también.

BOTTOM.—No. Os aseguro que el muro que separaba a sus padres está derribado. ¿Deseáis ver el epílogo, o preferís que baile una pareja una danza bergamasca?

TESEO.—No hay necesidad de epílogo, pues vuestro sainete no necesita excusas. Cuando todos los actores están muertos no hay a quién echar la culpa. A fe mía que si el autor de la pieza hubiera hecho de Píramo y se hubiese ahorcado con una liga de Tisbe, habría sido una linda tragedia. Pero con todo,



lo es, y muy bien desempeñada. Pero veamos el baile.

(Baile de bufones.)

La campana de media noche ha sonado las doce. Amantes, al lecho. Es casi la hora de las hadas. Temo que dormiremos hasta muy entrada la mañana. Y aunque hemos velado un poco, este desatinado sainete nos ha hecho matar bien el pesado tiempo. Al lecho, amables amigos míos. Durante quince días continuaremos esta festividad, con nocturnos pasatiempos y nuevos festejos.

(Salen.)

ESCENA SEGUNDA

(Entra PUCK.)

PUCK.—Ahora ruge el león hambriento y aúlla el lobo a la luna, mientras ronca el cansado labrador, abrumado por su ruda tarea. Ahora arden los tizones abandonados mientras el búho, con agudo chillido, hace que el infeliz hundido en la congoja se acuerde del sudario. Ésta es la hora de la noche en que las tumbas se abren del todo para dejar salir los espectros, que se deslizan por los senderos del cementerio y de la iglesia; y nosotros, duendes y hadas, huimos de la presencia del sol, siguiendo las sombras como un sueño. ¡Qué alegría la nuestra en este instante! No habrá ni un ratón que perturbe este hogar. Enviéronme, escoba en mano, a barrer el polvo detrás de la puerta.

(Entran OBERÓN y TITANIA y séquito.)

OBERÓN.—Brillen alegres luces junto a la lumbre medio apagada. Y cada duende y hada salte tan ligero como el ave sobre los espinos. Y siguiéndome, bailen y canten alegremente.

TITANIA.—Repetid primero esta canción, acompañando cada palabra con melodioso trino. Y con gracia propia de hadas, mano a mano, cantemos y bendigamos este lugar.

TODOS.—(Bailan.)

OBERÓN.—(Canta.)

Ahora hasta rayar el día,
habiten aquí las hadas,
y de las tres desposadas
bendigamos a la mejor.

La prole que nazca de ella
será siempre venturosa;
cada pareja amorosa
siempre fiel será a su amor.
Ni mostrará tacha alguna
su descendencia lejana,
de todas las que importuna
la naturaleza da.

Con las gotas del rocío
consagremos esta casa,
donde a sus dueños escasa
nunca la dicha será.

Cantad y bailad ahora
hasta que raye la aurora.

(Salen.)

PUCK.—(Canta.)


Si nosotros, sombras, os hemos ofendido
pensad esto, y todo queda arreglado:
que no habéis sino soñado
mientras estas visiones surgieron.
Y este tema fútil y ocioso,
producto sino de un sueño,
señores, no reprendáis;
si otorgáis vuestro perdón,
haber hemos de enmendarnos.
Y, puesto que honesto Puck soy,
si alcanzamos la inmerecida gracia
de escapar ahora del silbido de la sierpe,
pronto nos amistaremos,
o mentiroso podéis llamarme.

COLEGIO SAN BERNARDO
LENGUA Y LITERATURA
CUARTO AÑO A, B Y C
PROF. GONZÁLEZ, MARIANELA; ZABALA, ALICIA
2026



Así pues, buenas noches a todos.
Aplaudid, si amigos somos,
y Robin todo lo arreglará.
(Se va PUCK.)

FIN

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es



POESIA GRIEGA MODERNA

Poemas de Kavafis (Alejandría, Egipto, 1963- 1933).

Las ventanas

En estos oscuros cuartos donde paso
días pesados, voy de un lado al otro
para hallar las ventanas. Cuando se abra
una ventana será un consuelo.
Pero las ventanas no aparecen, o yo no puedo
hallarlas. Y quizás sea mejor que no las encuentre.
Quizás la luz sea un nuevo tormento.
Quién sabe qué cosas nuevas mostrará.

Traducción de Horacio Castillo.

Murallas

Sin consideración, sin lástima, sin pena
me encerraron en altas y sólidas murallas.

Ahora estoy sentado aquí sin esperanza.
No pienso en nada más. No hay esperanza.
No pienso en nada más; a mi alma la devoró la suerte.

Eran tantas las cosas que pude hacer afuera.
¿Por qué no me di cuenta cuando levantaron las murallas?

Nunca escuché a los albañiles, nunca un ruido...

Imperceptiblemente me encerraron fuera del mundo.

Traducción de Cayetano Cantú.

Poemas de Vretakos (Esparta, 1911 – Atenas, 1991).

Reparto

Lo más probable es que nadie me pregunte
qué hice con mi alma. Pero yo
necesito dar una respuesta antes de cerrar mi
monólogo en verso.
Pues bien,
corté mi alma con una afilada tijera en pequeñas
hojas, pequeños papeles, relámpagos pequeños,
y la reparto entre los transeúntes.

Traducción de Horacio Castilllo.



Éxodo

Todo termina alguna vez: turbios
ríos y noches. Basta que puedas
salvar al fin tu alma, como
la madre salva al hijo atravesando
un mar o un incendio.

Traducción de Horacio Castillo.

Mis versos se parecen

Mis versos se parecen al dorado contacto del sol sobre la nieve
se parecen a la bondadosa mirada de los caballos
se parecen al peso del alba sobre las margaritas
alba:
se parecen al peso de la esperanza sobre el corazón
se parecen a la apacible lluvia sobre las abnegadas ovejas.

Traducción de Horacio Castillo.

Poesía universal

Amor sin descanso

Goethe

¡A través de la lluvia, de la nieve,

A través de la tempestad voy!

Entre las cuevas centelleantes,

Sobre las brumosas olas voy,

¡Siempre adelante, siempre!

La paz, el descanso, han volado.

Rápido entre la tristeza

Deseo ser masacrado,

Que toda la simpleza

Sostenida en la vida

Sea la adicción de un anhelo,

Donde el corazón siente por el corazón,

Pareciendo que ambos arden,

¿Cómo voy a volar?

¡Vanos fueron todos los enfrentamientos!

Brillante corona de la vida,

Turbulenta dicha...

¡Amor, tu eres esto!



Pareciendo que ambos sienten.

Desayuno

Jacques Prévert

Echó el café	Sin hablarme
En la taza	Sin mirarme
Echó leche	Se puso de pie
En la taza de café	Se puso
Echó azúcar	El sombrero
En el café con leche	Se puso
Con la cucharilla	El impermeable
Lo revolvió	Porque llovía
Bebió el café con leche	Y se fue
Dejó la taza	Bajó la lluvia
Sin hablarme	Sin decir palabra
Encendió	Sin mirarme
Un cigarrillo	Y yo tomé
Hizo anillos de humo	Mi rostro entre las manos
Volcó la ceniza	Y lloré
En el cenicero	

Dos remedios para el amor

Carol Ann Duffy

1. No verle. No llamarle ni escribirle.
2. La vía fácil: llegar a conocerle.